

ACADEMIA ARGENTINA

DE LETRAS

TOMO XXIII. — Nº 90
Octubre - diciembre de 1958



BUENOS AIRES
1958

BOLETÍN DE LA ACADEMIA ARGENTINA DE LETRAS

Director: Académico RAFAEL ALBERTO ARRIETA

SUMARIO

ALFONSO, LUIS, <i>Un lexicógrafo olvidado</i>	479
ARRIETA, RAFAEL ALBERTO, <i>Cuaderno de « San Cosme »</i>	505
BERNÁRDEZ, FRANCISCO LUIS, <i>Páridad de Cervantes y don Quijote</i>	525
BORGES, JORGE LUIS, <i>La lluvia</i>	529
CAPDEVILA, ARTURO, <i>Canto del tiempo alquimista</i>	531
ESTRELLA GUTIÉRREZ, FERMÍN, <i>Recuerdos de un viaje por Alemania</i>	537
GIUSTI, ROBERTO F., <i>Reflexiones a propósito del « Fausto » de Del Campo</i>	559
HOUSSAY, BERNARDO ALBERTO, <i>Obstáculos y estímulo a la investigación científica</i>	571
MARASSO, ARTURO, <i>Poemas</i>	591
MARTÍNEZ ZUVIRÍA, GUSTAVO, <i>Las malas palabras del cura Brochero</i>	599
MUJICA LÁINEZ, MANUEL, <i>Sonetos de Shakespeare</i>	608
ORÍA, JOSÉ A., <i>Toman debida venganza los romances de caballerías</i>	617
PAGANO, JOSÉ LEÓN, <i>Leopoldo Lugones, poeta civil</i>	629
RAGUCCI, S. D. B., RODOLFO M., <i>Evocación isabelina</i>	649
RAMOS, JUAN P., <i>La reencarnación del poeta</i>	657
TORRE, ANTONIO DE LA, <i>Sonetos de la ausencia</i>	677
Acuerdos	679
Noticias	695

NÚMERO CONMEMORATIVO DEL VIGÉSIMO
QUINTO ANIVERSARIO DE LA FUNDACIÓN
DEL *BOLETÍN*. LO CONSTITUYEN EXCLUSI-
VAMENTE COLABORACIONES ESPECIALES
DE LOS SEÑORES ACADÉMICOS.

UN LEXICÓGRAFO OLVIDADO

Guárdase en la Sección de Manuscritos, en la Biblioteca Nacional matritense, un interesante *Diccionario Antibárbaro de la Lengua Castellana*, escrito por el P. Andrés de Jesucristo, religioso de las Escuelas Pías. La portada lleva la siguiente data: Madrid a 6 de Marzo año de 1786 ¹.

¿Quién fue el P. Andrés de Jesucristo? No lo menciona el diligentísimo Conde de la Viñaza en su monumental *Biblioteca Histórica de la Filología Castellana*. El *Diccionario Antibárbaro* no suele aparecer en catálogos, guías bibliográficas e historias de la literatura. No lo citan tampoco los tratadistas de materias lingüísticas o filológicas. Yace en el olvido a que lo condenó su autor ².

¹ *Diccionario Antibarbaro/ de la Lengua Castellana./* Su Autor el P^e. Andres de /J. Chrto Relig^o. delas Escuelas/ Pías./ Madrid a 6 de Marzo año/ de 1786. 320 folios numerados en el ángulo superior derecho de las páginas impares. *Prólogo* [fol. 1 v.]. *Texto* [fol. 13]. Papel: 250 x 145 mm. Caja: 195 x 115 mm. Márgenes variables de pocos milímetros; en el prólogo, margen izquierdo de unos 50 mm. 17 líneas por página. Sangría que destaca los vocablos unos 35 mm. Papel de hilo, con marcas de agua, filigrana con cruz trebolada. Encuadernación en pasta española. Signatura: M.S.20.532.

² « Este Antibárbaro, cruel y sanguinario, no ha de ver la luz pública hasta quinientos años, cuando los Académicos ya reflexionarán sobre los escritos antiguos » (fol. 118 v., s. u. *carpir*).

A pesar de este obstinado silencio, puede afirmarse, sin temor a equivocaciones, que el P. Andrés de Jesucristo es el célebre investigador Andrés Merino, a quien se considera, con sobrados motivos, como el verdadero creador de la paleografía española. Abundan las pruebas de este aserto. Las fechas coinciden: el P. Andrés Merino nació en 1730 y murió en 1787. El *Diccionario Antibárbaro* fue compuesto en los años de 1785 a 1786. El P. Merino tenía entonces cincuenta y cinco años. El P. Andrés de Jesucristo, enfermo y decaído, se sentía ya en la vejez, a fines de 1785 ¹. Sólo le quedaba un año de vida. Mayor coincidencia se nota entre los nombres, excepción hecha del apellido, pero sabemos que el P. Merino acostumbraba firmar omitiendo este último. Por ejemplo, en la *Muestra* que se conserva en el Museo Pedagógico y que editó Emilio Cotarelo y Mori ², la subscripción dice: « P. Andreas ab J. xpto ». Todos sus grabados llevan el nombre « P. Andrés de Jesucristo, de las Escuelas Pías »: el de San José de Calasanz existente en el Museo de Berlín, la *Portada* de las *Constituciones* de la Orden Calasanciana (edición de 1761), propiedad del colegio de San Fernando, etc. En una carta dirigida desde Valencia, el 13 de julio de 1787, al conde de Floridablanca, y que se guarda en el archivo del colegio de San Antonio Abad, firma « Andrés de Xpto ». En ella se interesa por su hermano, Felix Merino de Mena, de 65 años de edad, y por la impresión de dos obras manuscritas: la *Biblia Sacra* y la *Vida de Saladino*. Igual denominación aparece en otros documentos. En carta fechada

¹ Fol. 57, s. u. *almocela*.

² EMILIO COTARELO Y MORI, *Diccionario Biográfico y Bibliográfico de Calígrafos Españoles*, II (Madrid, Imp. de la « Revista de Arch., Bibliotecas y Museos », 1916), pág. 30 y lámina fuera de texto.

el 8 de junio de 1787, don Francisco Fernández de Rávago pide al P. Rector de San Antonio Abad, en cumplimiento de una orden del ministro Floridablanca, la entrega de los « Diccionarios árabes, grande y pequeño ... y demás borradores árabes » del P. Andrés de Jesucristo para imprimirlos, ya « que se dilata la disposición de dicho P. Andrés », gravemente enfermo. Don Santiago de Barafaldi, a quien correspondía hacerse cargo de dichas obras, extiende el siguiente recibo, en Madrid, el 9 de junio de 1787: « Recibí de los PP. Rector y Comunidad de las Escuelas Pías de la calle de Fuencarral ¹ de esta corte, la obra manuscrita *Diccionario árabe grande y pequeño*, su autor el P. Andrés de Jesucristo » ². La orden religiosa es la misma: la de los Padres Escolapios. En el texto de su tratado, el P. Andrés de Jesucristo cita a menudo una *Paleografía* de la que se declara autor. El P. Merino publicó la *Escuela paleográfica, o de leer letras cursivas antiguas y modernas, desde la entrada de los godos en España hasta nuestros tiempos*, « la obra fundamental de Paleografía española en el siglo XVIII », según la autorizada opinión de Agustín Millares Carlo ³. El P. Andrés de Jesucristo revela conocimientos de árabe, no muy comunes aun entre los eruditos, pero explicables en quien confeccionó un *Diccionario Árbiga-Latino*, un *Diccionario Pequeño Árabe-Castellano*, una *Caligrafía* y una *Gramática árabes*. Por

¹ El colegio de San Antonio Abad, que en 1787 estaba en la calle de Fuencarral, donde hoy se levanta el Tribunal de Cuentas. Actualmente, el colegio se encuentra en la calle de Hortaleza, número 63.

² P. CARLOS LASALDE, *El P. Escolapio Andrés Merino y sus obras*, en *Revista Calasancia*, año de 1915, 863.

último, basta el cotejo de otros manuscritos del P. Andrés Merino con el del *Diccionario Antibárbaro* para convencerse de que todos ellos proceden de un origen común.

Nuestros conocimientos acerca del P. Andrés Merino fueron reunidos por sus compañeros de religión, los padres escolapios José Jericó de la Concepción, E. Llanas del Rosario y Carlos Lasalde. El P. Merino casi no tiene biografía. Dedicó su vida al estudio, a la enseñanza y al cumplimiento de los deberes religiosos. Sembró y cosechó. Nació en el lugar de El Ciego, de la provincia de Álava, diócesis de Calahorra, el 25 de diciembre de 1730. En realidad, no se llamaba Andrés, sino Manuel. Cambió de nombre al ingresar en los Escolapios, en el colegio de San Fernando, el 30 de noviembre de 1758. Fue hijo de Juan Merino, natural de Las Mesas, en la provincia de Cuenca, arzobispado de Toledo, casado en segundas nupcias con Francisca de Irigoyen, natural de Bilbao.

No se sabe donde estudió. Probablemente aprendió desde muy joven el arte del grabado, la caligrafía y las lenguas clásicas. No tardó en ingresar en la Orden de los Escolapios, según unos en 1748, según otros en 1758. Recibió el hábito de manos del P. Pedro Herráez, elegido Provincial poco antes. Hizo sólo un año de noviciado, pues observó conducta tan ejemplar que se lo dispensó del segundo. Pronunció los votos solemnes el 6 de enero de 1760 y tres meses después, el 5 de abril, se ordenó de sacerdote. Enseñó en los colegios de San Fernando y de San Antonio Abad. Fue nombrado Vocal para asistir al Capítulo provincial de 1774, Rector del colegio de San Antonio Abad (1774), Asistente (hasta 1778) y Consultor provincial (1778). La vida austera que llevaba y el exceso de trabajo le produjeron una anemia

cerebral. Se lo destinó al colegio de Valencia. Perdida la razón, hubo que internarlo en la casa de dementes, donde murió el 17 de julio de 1787.

Como se ve, la existencia del P. Merino carece de relieve externo. La consagró íntegramente al cultivo del espíritu. Vuelto hacia la vida interior, descuidaba hasta las necesidades más elementales del ser físico. « Erat — dice su *Necrología* — somni cibique ad stuporem parcissimus » (era tan parco en el sueño y en la comida, que causaba estupor). Tenía ante el mundo esa actitud, típicamente española, que con tanta perspicacia y acierto señala Américo Castro : aspiración a la vida ultraterrena y menosprecio de la terrenal. Desestimaba las ciencias de la naturaleza y aun algunas ciencias sociales, cuando se aplicaban a una finalidad práctica o utilitaria. Este concepto lo llevó a censurar a la nación francesa, que cansada de aprender las lenguas maestras — latín, griego, árabe y hebreo —, necesarias para estudiar historia, filosofía, teología, jurisprudencia, derecho natural, retórica y poesía, « dió de mano a todos estos trabajos, y se dejó poseer de la Física experimental, de la Economía Política, del Cálculo, de la Mecánica, y demás juegos de cubilete, que su fantasía le propuso, contentándose con tener la ciencia de mercaderes, mayordomos y ecónomos ». España imitó el mal ejemplo y cayó en « la tentación de civilizarse e ilustrarse y hacerse sabia ». Para ello, formó Academias hasta de criar gallos y gansos, de cálculo, de economía, de hilar esparto, de mejorar las berenjenas y berzas, « en fin, de todo lo demás perteneciente a la Civilización y Economía política, pero con la desgracia que todo sale peor y muy caro ». Los seres humanos han equivocado el concepto de la ciencia y, a este respecto, difieren fundamentalmente los

modernos de los antiguos. En el *Prólogo* de las *Oraciones Selectas de Cicerón*, sostiene que la ciencia consiste en distinguir lo bueno de lo malo, lo justo de lo injusto, lo público de lo privado, lo sagrado de lo profano. Los hombres han de reputarse doctos o sabios si han logrado adquirir esta capacidad de discriminación y no poseer únicamente noticias o conocimientos, pero los modernos se cuidan poco de la verdadera sabiduría y sólo buscan « exterioridades, o como ellos dicen, brillanteces » ¹.

En la historia de la ciencia, el P. Merino sobresalió por sus trabajos paleográficos, en los cuales superó a todos sus antecesores: Cristóbal Rodríguez, el P. Esteban Terreros y Pando, el P. Andrés Marcos Burriel, Fr. Martín Sarmiento, Francisco Xavier de Santiago Palomares, Rafael Floranes y Fr. Domingo Ibarreta. Los aventajó en el cuidado de las copias y en dos conceptos fundamentales: el de que la escritura hispánica no nació por generación espontánea sino que se derivó de la cursiva romana y de que, para conocer las letras antiguas, no basta leerlas, es necesario vincularlas con el tiempo en que fueron escritas, es decir, con la historia y, por lo tanto, con la crítica de los textos. Este fecundo principio « tiende a transformar al paleógrafo, de una mera máquina que descifra las antiguas escrituras, en una persona experta, que analiza y pone á prueba la legitimidad de los documentos » ².

¹ *Oraciones Selectas de Cicerón*, I (Madrid, Imprenta de Ulloa, 1776), 9-12.

² JESÚS MUÑOZ Y RIVERO, *Manual de Paleografía Diplomática Española de los Siglos XII al XVIII*, 2ª ed. (Madrid, Librería de la Sra. Viuda de Hernando y Compañía, [1889]), 12. V. también ZACARÍAS GARCÍA VILLADA, S. I., *Paleografía Española*, I, Texto (Madrid, Centro de Estudios Históricos, 1923), 66-67, y AGUSTÍN MILLARES CARLO, *op. cit.*, 445-446.

Era el P. Merino de una laboriosidad ejemplar. No sólo ejercía las funciones propias de su ministerio; daba, además, clase durante cinco horas diarias, de gramática latina, humanidades y caligrafía, frecuentaba los archivos de Toledo y las bibliotecas de San Lorenzo el Real y de Alcalá de Henares, y escribía obras de enseñanza y de erudición, entre ellas, las *Oraciones Selectas de Cicerón*, traducidas y publicadas (1776), en edición bilingüe, a fin de que «pueda aprovechar à los principiantes y servirles de guía»; el *Breve Tratado de Poesía Latina y Castellana* (1781), para uso del Real Seminario de San Antonio Abad, basado en el *Arte Poética*, de Horacio; la *Colección de las partes más selectas de los mejores autores de pura latinidad, con notas castellanas*; un libro dedicado a «la educación de las señoras que han de vivir en el mundo»: *La Mujer Feliz, dependiente del Mundo y de la Fortuna* (1785), que firmó con el seudónimo de *El Filósofo Incógnito*; una novelita alegórica: *La Monarquía Columbina, su Gobierno y Causas de su Ruina* (inédita hasta 1895) y, por último, la *Impugnación de Palomares*, refutación al *Arte Nueva*, de Francisco Xavier de Santiago Palomares, editada a destiempo, en 1789, y sin permiso del autor, por el abate italiano Domingo María Servidori, enemigo acérrimo de Palomares, siendo así que tanto el P. Merino como los demás escolapios habían aceptado el estilo de Palomares y estos últimos, perfeccionándolo, habían llegado «a crear escuela caligráfica propia, la más nacional y más perfecta y cuya enseñanza prosiguen actualmente»¹. Como ejemplo digno de ser imitado merece señalarse el hecho de que el rey Carlos III, sin mediar petición

¹ EMILIO COTARELO Y MORI, *op. cit.*, 36.

del interesado, le asignó una pensión anual de 30.000 reales para que imprimiera sus obras. Si la enfermedad y la muerte le impidieron hacerlo, no por eso el gobierno dejó de interesarse en ellas, como lo demuestra la carta, antes citada, de don Francisco Fernández de Rávago.

El *Antibárbaro* se basa, esencialmente, en el *Diccionario de Autoridades*, publicado de 1726 a 1739. Puede considerárselo como un comentario y una crítica de él. La censura del escolapio a los miembros de la Real Academia Española suele ser dura y a menudo injusta. « Como ellos erraron mucho, mucho se los castiga », alega. Con frecuencia cae en ese pseudo gracejo que tanto han cultivado los lexicógrafos hispanos y que tan irritante resulta para nuestra sensibilidad. No obstante los indudables conocimientos del P. Merino, a veces sus reparos nacen de una información deficiente. Por ejemplo, hablando de la *acimboga*, el *Diccionario de Autoridades* define : « así llaman en los Reinos de Valencia, y Murcia el árbol que lleva las toronjas, y a su fruto llaman también acimboga », y el P. Merino anota : « Cosa estraña : Veinte años estuve en Valencia, y no pocos meses en diferentes tiempos en Murcia, y nunca oí semejante cosa » (fol. 24). Sin embargo, otros autores permiten demostrar que los académicos no estaban errados : « Cada día — escribe Francisco Cascales — vemos probar en ella [la tierra de Murcia] plantas nuevas, y producir bonísimamente naranjas, limones, limas, *acimbogas*, cidras ... y otros muchos frutos de esse género » (*Discursos históricos de la muy noble y muy leal ciudad de Murcia y su reino*, ed. de 1621, disc. 16, cap. I, pág. 332). Y corrobora el *Diccionario Enciclopédico de Agricultura, Ganadería e Industrias Rurales*, de M. López Martínez, J. Hidalgo y M. Prieto : « *Acimboga*, nombre que

dan en Murcia y en Valencia a la azamboga, fruto del azamboero, variedad de cidra muy arrugada » (s. u. *acimboga*).

Según el P. Merino, sólo « se debe usar el romance puro, y castizo de Castilla ». Todo vocablo o expresión que no pertenezca a él ha de ser considerado como bárbaro y, por lo tanto, ha de eliminarse de la lengua. Debe prescindirse, en consecuencia, de las voces anticuadas, de los términos vulgares, de los provinciales, de los neologismos, de las creaciones individuales, de los vocablos pertenecientes a lenguas extranjeras, de las palabras técnicas, de las impropias y de las mal formadas.

El *Antibárbaro* rechaza las expresiones plebeyas, sin caer en el cultismo. « Voz vulgar debe llamarse aquella de que regularmente se abstienen la gente de honesta educación por llevar consigo cierta bajeza que envilece, ô disminuye la buena opinión de la persona que la usa » (fols. 28 v. y 29, s. u. *a cuento*). Hablando de *follar*, sentencia: « en el sentido de soplar con los fuelles déjala para siempre, es zafia y gallega ». Por ser vulgares no deben de usarse voces como *abarrisco*, atropelladamente, *abastanza*, abundancia, *ábate* (de un supuesto verbo *abarse*), guárdate, *abajamiento*, abatimiento, *abajar*, bajar (*bajar los bríos*, no *abajar los bríos*), *abondo*, abundancia, *abracijo*, abrazo, *absolvederas*, fácil en absolver, *acertajo* y *acertajón*, acertijo, *achuchar*, atizar o estimular a los perros, *alderredor*, al rededor, *alimaña*, animal, bestia, *amargor*, amargura, *amén de esto*, además de esto, a excepción de esto, *ansí* y *ansina*, así, *apiñar*, apretar, amontonar, *aposta*, de propósito, de intento, *blan-dujo*, algo blando, *corajosamente*, animosamente, *denantes*, antes, *desmirlado* (voz de jerigonza), desorejado, *engaitar*, engañar, *engañifa*, promesa engañosa, *engatar* (« voz pueril

y de verduleras »), engañar con arte y disimulo, engatusar, *inquina*, mala voluntad, aversión, etc.

La belleza de un texto poético hace vacilar el rigör de la doctrina. No condena definitivamente a *lición*, por *lección*, aunque indica que es anticuada. La usa Meléndez Valdés en una letrilla :

Venid, pajaritos,
Venid a tomar
De mi zagaleja
Lición de cantar.

La musicalidad de los versos desarruga el entrecejo del adusto censor : « y cómo éste es el estribillo, explica, que se repite muchas veces, es esto mucho primor » (fols. 241 v. y 242).

En ocasiones, justifica el empleo de vulgarismos con un argumento cuya modernidad sorprende. A propósito de *abernuncio*, por quita allá, resuelve : « déjese al indocto vulgo », y añade : « si lo usó Cervantes fue en boca de persona vulgarísima ». Y en efecto, es Sancho Panza, condenado a darse tres mil trescientos azotes, de modo « que le escuezan, le amarguen y le enfaden », para desencantar a Dulcinea del Toboso, quien exclama : « — Digo, señora ... lo que tengo dicho : que de los azotes, *abernuncio* », vulgarismo que el Duque se apresura a corregir : « — *Abrenuncio* habéis de decir, Sancho, y no como decís ». A lo que responde discretamente el escudero : « — Déjeme vuestra grandeza ; ... que no estoy agora para mirar en sotilezas ni en letras más o menos, porque me tienen tan trabado estos azotes que me han de dar, o me tengo de dar, que no sé lo que me digo ni lo que me hago ».

Si la voz es culta, no ha de excluirse, siempre que se use

corrientemente. Así considera que *fontana*, en el sentido de 'fuente', es bárbara, porque sólo la emplean los poetas, pero con el significado de 'hostería o bodegón' es voz culta y corriente, « vg. la Fontana de oro, de la estrella, es la Hostería de oro o de la estrella, donde hospedan y dan de comer, no de balde, a los que allí acuden ». Pero debe tenerse cuidado, pues las expresiones cultas se envilecen « tanto por hacerse comunes como por malas aplicaciones » (fol. 194 v.). Tal ocurre, por ejemplo, con la palabra *espíritu*, castiza cuando designa la parte inmaterial del hombre, incorrecta en expresiones galicadas como *el espíritu de las leyes*, *el espíritu de las Repúblicas*, *el espíritu del gobierno*, *el espíritu de los pueblos*, *el espíritu de la Monarquía*, etc.

La plebe incurre en el defecto de alterar y corromper las palabras. Si se observan las locuciones plebeyas de las dos Castillas y de Andalucía se verá « que por lo regular siempre hablan trobando ¹ voces y aplicándolas a casos particulares, y sucedidos entre sí ». Este vicio tendría escasa importancia, si no se contagiaban de él los estudiantes y las gentes de letras, que lo propagan al recoger en sus escritos las dicciones defectuosas y corrompidas. El P. Merino atribuye esta modalidad al « genio truhanesco y juglar » de los españoles, « que los conduce a imitar la extravagancia de los gitanos », creadores de una jerga o jergonza siempre cambiante. Se basa en la observación de que, en los demás países, no se encuentran ni la germanía de los gitanos ni las deformaciones absurdas y ridículas en que incurren los españoles. Para explicar este hecho lingüístico propone dos hipótesis: una climatológica y otra histórica. O bien se debe a la in-

¹ Dándoles significados distintos de los que tienen.

fluencia del clima o bien a la de los gitanos, los cuales desde el siglo décimoquinto contagiaron sus viciosos hábitos a los españoles. La simultaneidad cronológica de estos dos sucesos — influencia gitana y deformación lingüística — permite suponer que la primera es causa de la segunda.

Los regionalismos han de quedar para los habitantes de cada provincia. Del castellano deben eliminarse: *abdicar*, revocar (pero puede usarse como término forense), *abejera*, colmena o colmenar, *abollonar*, labrar con bollones una pieza lisa, *botiga*, tienda de mercader, *al menos*, a lo menos, *peraile*, curtidor de pieles (de Aragón); *blao*, azul (de Valencia y Cataluña, donde se pronuncia *blau*); *escandallo*, sonda, y *pasada*, pasar, por ejemplo en la frase *tener una huena pasada*, en vez de *tener buen pasar* (de Valencia); *cenogil*, liga, y *correndilla*, de prisa o carrerilla (de la Mancha); *demo*, demonio (de Galicia); *acerico*, almohadilla de coser (de Castilla la Vieja); *cubija* y *cobija*, cubierta, *cubijar*, y *cobijar*, cubrir; *ringlera* y *ringla* (voces lugareñas); *mandar*, enviar (anticuada, se hizo muy común en Andalucía y de allí se propagó de nuevo a Castilla, se usa también en Extremadura, Madrid, Cádiz, Cartagena, etc., «pero en unas y otras ñdoctamente»), etc. No siempre aplica este criterio. Tal vez preferiría menos rigor, por lo menos en algunos casos particulares, como en el de *escanciar*, dar de beber, en especial el vino. «En Castilla, dice, no tiene uso, pero sí en las Montañas y Galicia. El verbo es bueno, antiguo, culto y necesario, pero los Castellanos se bu[r]lan de él, y assí va perdiendo y degenerando la lengua» (fol. 192)¹.

¹ La lingüística actual no considera regionalismos la mayor parte de los ejemplos citados por el P. Merino. Me limito a transcribirlos, sin entrar en el estudio de cada uno de ellos.

El defecto principal del español moderno reside en la admisión de barbarismos, especialmente franceses. Ello se debe a que los españoles han dado en la « rara extravagancia » de hacer que los niños aprendan la lengua francesa antes que la nativa, como hicieron los romanos con la griega en tiempos de Juvenal. Sólo se obtuvo que ignoraran su lengua y no entendieran la extranjera. Como lógica consecuencia, el « mal gálico » invade nuestro idioma y suplanta las legítimas voces castizas con otras espurias e inaceptables. Así tropezamos a cada momento con *abigarrar* (del francés *bigarrer*), pintar mal, pintarrajear, dar mal los coloridos; *aire*, aplicado a pasiones o vicios, v. gr., « *aire* orgulloso », o con el significado de 'semblante, aspecto': « bello *aire* », « *aire* de gravedad », etc.; *batirse*, combatir, pelear: « *batirse* con el enemigo », aunque está bien dicho « *batir* los muros, las torres, las almenas », porque las abaten o derriban, « *golpe* de lanza », bote de lanza, « *golpe* de espada », estocada, « *golpe* de pie », puntapié, patada, « *golpe* de puño », puñada; *brillante*, aplicada a cosas inmateriales: « *brillante* acuerdo », « carácter *brillante* », « espíritu *brillante* », etc.; *chocar*, repugnar, *chocante*: « *chocante* mozo », admirable mozo; « *chocante* genio », extraño genio, « expresiones *chocantes* », expresiones repugnantes; *condición*: « hombre de *condición* », hombre noble, de respeto o gravedad, *deferencia*, sumisión, respeto, condescendencia, *desrazonable*, irracional, *destacar*, separar, enviar, elegir, destajar, *dividir*, separar, *de donde*, como: « ¿de donde es que los fenicios se han hecho dueños del comercio de todo el mundo? », por ¿como es que los fenicios, etc.?, *efecto*: « por *efecto* de su resolución, de su benignidad », a causa de, como consecuencia de, *entrar*, llegar, penetrar: « estas palabras me *entraron* hasta lo último del

corazón », *erigir*, usado como neutro o recíproco : « la torre se *erigía* sobre la roca », *fino* : « reflexiones *finas* », « discurso *fino* », « pensamiento *fino* », « expresión *fin*a », etc. ; *garante*, fiador, mediador, intercesor, protector, *garantía*, protección, mediación, *garantir*, proteger, preservar, guardar, *grosella*, uva, algo agria, parecida a la majuela ; *hacer* : « *hacerse* sentir », « *hacerse* entender », *idea* : a *idea* de, a guisa de, *idea* de, intención de, *interesante*, *insinuante*, *madama*, *madamisela*, *menaje*, *metresa*, manceba, combleza, *momentos tiernos*, impulsos afectuosos, *onagro*, asno salvaje, *paquete*, lio, fardel, *pieza*, comedia, poema, canto, según los casos, *rango*, orden, jerarquía, grado, estado, categoría, *retreta*, retiro de los soldados al cuartel, *rol*, lista, nómina, catálogo, *sorpresa*, admiración, asombro, *sortú* (con pronunciación indecisa entre *sortú* y *surtú*), todo lo que está puesto sobre otra cosa : capa, capote, sombrero, techo de la casa, media naranja de la iglesia, *toesa*, medida de longitud, *un* : « *un* día veréis otra vez la isla de Ítaca », por algún día veréis, etc., *yuyuíba*, azufaiífa, etc., sin contar otros galicismos más groseros : *acroy*, gentilhombre que está sujeto al mayordomo mayor, *bridecú* o *bridicú*, cinturón, talabarte, *botiller*, cantinero, *frutier*, dispensero mayor encargado de la frutería, *guardamangier*, alacena, repostería, despensa, dispensero, e innumerables frases hechas : *interesante a la nación*, *circulación del comercio de vales*, *circulación de papel*, *barómetro político*, *balanza de un comercio*, *mecanismo de los pueblos*, *patriotismo mal entendido*, *coetáneamente a la más libre extracción*, etc. Admite, empero, que algunos galicismos persistirán, sea por usarse mucho, sea por no tener equivalente en español : *babor*, *barricadu*, *canapé*, *convoy*, *convoyar*, *corset*, *detalle*, etc.

Junto a los galicismos, pululan otras voces bárbaras, de distintos orígenes : árabes : *abenuz*, ébano, *abitaque*, cuarterón, cuarta parte de una viga, *atanor*, conducto, cañería, *daifu*, huésped, manceba, *guay*, ay, etc. ; latinas : *aburar*, quemar, abrasar, *aburado*, quemado (« estas voces vienen del latino *uro*, y sirven de prueba, que no todas las voces de aquel idioma se sujetan fácilmente a el romance »), *acer*, acebo, *acervo*, montón, cúmulo de cosas, *apertura*, abertura, *benefactor*, bienhechor, *cauda*, cola, *cutir*, combatir, *gemelos*, mellizos, *genitor*, engendrador, *in promptu*, a la mano, prontamente, *in solidum*, por entero, *ipso facto*, luego, al punto, *nequaquam*, de ningún modo, *pre manibus*, entre manos, *propincuñ*, cercano, allegado, inmediato, *prosit*, buen provecho le haga, *pruna*, ciruela, *superdavit*, etc. ; lemosinas : *agre*, agrio, acre, *avanto*, antes, *cadira*, silla, canapé, *deván*, antes, *malatía*, enfermedad, etc.¹ ; italianas : *bastión*, *batallón*, *caminata*, *cantata*, *cascada* (del italiano *cascata*), *escabelo*, escabel, *tarima*, *centinela*, escucha, *atalaya*, *fuquín*, esportillero, *lazarón*, *gamba*, pierna, *gelatinz*, helado, aguas heladas, *madona*, mi señora, *piñata*, olla, puchero, *polenta*, gachas, puches, etc. ; vizcaína : *diabla*, la mujer del diablo.

Tan vituperables como los vocablos extranjeros son los neologismos innecesarios : *actor*, cómico, representante y, si se quiere distinguir la importancia de su papel, primer galán, segundo galán, etc., o primer papel, segundo papel, etc., *adaptable*, ajustado, acomodado, más propio, *adreso*,

¹ Ninguna de estas palabras es lemosina : *agre* procede del lat. *acer*, *acris* ; *avanto* (sic, probablemente *avante*), del latín vulgar *ab ante* ; *cadira*, del lat. *cathedra* ; *devan*, del lat. *de ab ante* ; *malatía*, de *malato*, voz italiana, que viene del lat. *male habitus*.

memorial, *andarin*, corredor, volante, *congeniar*, confrontar, ser-de un mismo genio (« moderna es, pero no es áspera ni fea »), *dengoso*, *dengue*, *denguera*, *manutreto*, mamotreto, *máquinalmente*, *mecanismo*, *rememorar*, renovar o traer a la memoria, *tabaquería*, estanco real y estanquillo, *tirotear*, fuego graneado que forman las escopetas cuando se empieza la batalla, « voz de nueva invención ... ridícula e indigna de que se ponga en boca de un general » (fol. 307 v.).

Tampoco pertenecen a nuestro idioma los vocablos creados por el capricho, la fantasía o la extravagancia de los escritores. Grave error cometieron los académicos al admitir en el *Diccionario de Autoridades* palabras inventadas para lograr un efecto estilístico y que no pasaron a la lengua común. Se ha observado que el académico a quien tocó escrutar las obras de Quevedo puso mayor diligencia que los demás, con lo cual se incluyeron en el *Diccionario* más voces usadas por el gran satírico que por cualquier otro de nuestros escritores. Pero si excesivo fue el celo académico al recoger tales expresiones, no lo fue menos el del P. Andrés de Jesucristo al censurarlas. Si está permitido usar *abano*, por *abanico*, no se comprende la causa que obliga a prohibir el diminutivo *abanillo*, en vez de *abaniquito*. Podrían citarse innumerables ejemplos similares. Una lengua como la de Quevedo, en la que hormigean las creaciones individuales y los sentidos traslaticios, no podía agradar al preceptista encerrado intransigentemente en los moldes del idioma común. Quevedo debía de sacarlo de quicio. No es de extrañar, pues, que lo califique de « el primer corruptor de la lengua » (fol. 41 v.). Casi todas las censuras del P. Merino recaen sobre metáforas literarias, no lingüísticas: *abernardarse*, hacerse el guapo, el jaquetón, *adamismo*, gente desnuda, *aleluyado*,

regocijado, *bolsicalavera*, bolsa vacía, *calaverar*, cortar a cercén las narices de alguno, ponerse calvo, *calaverear*, hacerse cadáveres, *descomer*, expeler la comida, *desembudar* sacar alguna cosa como por embudo, *desempadrar*, privar de padre, etc. La única metáfora que acepta es la de *hebén*, cosa sin substancia, empleada por Quevedo en su *Pragmática contra los poetas hebenes, chirles y hueros*.

No es sólo Quevedo el condenado. La excomunión recae también sobre el autor de la *Pícara Justina* (*abemolar*, poner o usar del punto músico bemol, *deshombrecerse*, encogerse de hombros, *despolvorante*), fray Luis de Granada (*abstinentísimamente*, con mucha abstinencia), Jacinto Polo (*descalzarse de risa*, reír con vehemencia, *descomimiento*, ficción de inapetencia, *despanado*, falta de pan, *diablandas*, llevar por el aire a lo diablo, *diablesa*, diabla), Solís (*descrupular*, desterrar el escrúpulo, *desjurar*, deshacer el juramento), Castillo Solórzano (*descultizar*, separar lo culto de lo inculto), fray Luis de León (*apóstola*, femenino de apóstol), Saavedra Fajardo (*inhospital*, inhospitalario), Cervantes (*boquinveli*, inexperto, fácil de engañar, *espilochería*, miseria, ruindad del ánimo), etc.

Aunque hombre de muchas lecturas, el P. Merino estaba lejos de poseer a fondo los clásicos. Algunas críticas erróneas se explican por este desconocimiento. En *abada* afirma: « usóla Góngora por el rinoceronte hembra ... pero ... la voz no sólo es anticuada, sino que jamás creo fuese admitida, ni usada sino de Góngora ». Es inexacto: *abada*, del malayo *bādaḡ*, designa el rinoceronte, tanto macho como hembra, y llegó al español a través del portugués. En una y otra lengua, se encuentran las formas *bada* y *abada*, esta última debida a la aglutinación del artículo portugués, suficiente-

mente documentadas en los siglos xvi y xvii, con pasajes de Sebastián de Covarrubias, Luis Barahona de Soto, Jerónimo del Castillo y Bobadilla, Gonzalo Argote de Molina y otros autores citados por el *Diccionario Histórico de la Lengua Española*.

El P. Andrés de Jesucristo arremete continuamente contra los poetas y contra sus expresiones, « llenas de furor poético ». No se dio cuenta de que toda escuela poética y de que todo poeta, si lo es de verdad, tienen un habla propia, que se distingue, entre otras cosas, por la selección de vocablos y las acepciones figuradas. *Acetar*, aceptar, *aceto*, acepto, *altilocuo*, elocuente, *aquese*, ese, *aguesa*, esa, *aqueste*, este, *aquesta*, esta, *confición*, confección, *contino*, continuo, *cua-drupedante*, cuadrúpedo, *desque*, desde que, *enteo*, lleno de espíritu divino, *eritreo*, rojo, bermejo, *fano*, templo, *favila*, pavesa, *favo*, panal, *feral*, funesto, cruel, *funestoso*, funesto, y *teleigeto*, querido, amado, han caído en desuso, pero actualmente nos parece absurdo prohibir voces como *álveo*, madre del río, cauce, *argentar*, platear, *caliginoso*, oscuro, nubloso, *coruscante*, brillante, *dañino*, dañoso, perjudicial, *erótico*, amatorio, *erotismo*, grande amor, *fatidico*, profético, *favonio*, poniente, *fulgente*, resplandeciente, *fulgor*, resplandor, *fulgurar*, resplandecer, *fulgurante*, que resplandece, *fulminar*, relampaguear, *horrisono*, de sonido horrendo, *raudo*, rápido, violento.

Menos riguroso se muestra con los tecnicismos. En general, los prohíbe. Yerran los que emplean *abdicar*, ceder o renunciar un derecho, *abigeato*, hurto de ganado, *abigeo*, el que hurta ganado, *a mayor abundamiento*, casar, anular, *concluso*, concluido, *demandar*, entablar demanda, *immune*, exento, libre, *impulido*, sin castigo, *instituta*, resumen del

derecho romano, *interusurio*, interés dotal, *usucapir*, adquirir posesión en fuerza del uso, porque son términos forenses ; *absceso*, bulto, tumor, *abstersivo*, que limpia, *cutícula*, pielecilla, *emoliente*, ablandante, *gravativo*, gravoso, molesto, congojoso, *laxar*, ablandar, aflojar, *laxado*, flojo, *morbo*, enfermedad, *morboso*, enfermizo, *paliticado*, paralítico, *pinguedo*, gordura, sebo, grasa, porque pertenecen a la medicina ; *absintio*, ajeno, *florífero*, que lleva flores, porque son voces propias de la botánica ; *impregnación*, el empapar, el absorber, el llenarse, *impregnado*, lleno, hinchado de partículas, empapado en partículas, *ideas innatas*, porque forman parte del vocabulario de la física ; *esbelteza*, gallardía, valentía en la figura, *esbozo*, bosquejo, *óleo* u *ólio*, aceite, porque son privativas de la pintura, como lo es *asiduo*, continuo, frecuentemente, de los escolásticos, *fijeza* y *fijo* (sales *fijas*, aire *fijo*), de los químicos, *incoado*, empezado, de los moralistas ; *inercia*, flojedad, pereza, de los filósofos ; *prolífico*, de los oradores, etc. Sin embargo, hace esta salvedad : « Nosotros a nadie quitamos la facultad de usar de éstas y de las demás voces del *Antibárbaro* : éste sólo expone lo que es propio o repugnante a la naturaleza de nuestro idioma » (fol. 223 v., s. u. *impregnado*). Cada cual puede proceder como le parezca, mas a sabiendas de que obra mal. A este respecto, no conviene exagerar : « la discreción en usar semejantes voces, es el centro de la dificultad » (fol. 229 v.).

No deben tolerarse las expresiones impropias y mal formadas, por ejemplo, « *accionar* con el semblante », que sobre ser bárbara está mal aplicada : se acciona con los brazos y se indica con el semblante ; *afrisonado*, que tiene semejanza con el caballo frisón, resulta disparatada si se refiere a un gato, « sonido *alejado* de los demás », por 'tono dis-

tinto de los otros', etc. Reprocha a fray Luis de Granada porque emplea *abovedar*, hacer alguna cosa en forma de bóveda, en vez *embovedar*, y a Góngora porque dice *encuñar*, cuando debe decir *acuñar*, pues *encuñar* significa 'meter una cuña' y *acuñar*, 'hacer con un cuño'. El *Diccionario de Autoridades* admite *absortar* con el sentido de 'asombrar', pero el verbo está mal formado : proviene del pretérito pasivo *absorto* y, por lo tanto, no puede tener valor activo. En lugar de *bachillerear*, hablar mucho e impertinentemente, propone *bachillear*, que considera como el derivado correcto de *bachiller*.

El *Diccionario de Autoridades* y el *Antibárbaro* discrepan fundamentalmente cuando se trata de establecer si los vocablos son anticuados o no. El P. Andrés de Jesucristo procede por una contraposición sistemática. La Academia considera anticuadas muchísimas palabras que, según el *Antibárbaro*, se usan corrientemente: *abatir*, humillar, derribar alguna cosa, *abrochadura*, acto de abrocharse o abotonarse, *ahidalgamente*, portarse a lo hidalgo, *andanza*, modo de proceder u obrar, *avenencia*, concordia, convenio, *can*, perro, *cecinar*, curar carnes, *denegamiento*, *denegación*, *hueste*, ejército, *mancillar*, *mancilla*, *marrar*, faltar, *marro*, engaño, falta de palabra, etc. Por lo contrario, los académicos tachan de anticuadas voces que perduran en el pueblo : *abacería*, carnicería, lugar donde se vende toda especie de carnes saladas, *abastar*, bastar, ser suficiente, *alfamar*, manto, cobertor, *alfayate*, sastre, *algarada*, grito, vocería, *alharaca*, voz destemplada, *alharaquiento*, vocinglero, *alijares*, mucho más frecuente que *ejidos*, « a no ser que [éste] se conserve en los escritos y donaciones », *caligine*, obscuridad, niebla, *calmoso*, sosegado, caluroso, sin viento, *celadamente*, encubiertamente, etc.

¿Cómo se explica esta disparidad tan grande entre dos testimonios contemporáneos? El criterio, en la apreciación de los hechos, varía del uno al otro. A juicio del P. Merino, los académicos se han sometido excesivamente a las « autoridades ». No basta, para aceptar una palabra, que ésta se encuentre en los diccionarios del P. Alcalá, de Alderete o de Covarrubias o en los textos de escritores insignes. El uso tiene más valor que cualquier autoridad (fol. 316 v., s. u. *vaguido*). Por lo tanto, en caso de no coincidir el uno con el otro, debe prevalecer el primero. La lengua de los escritores dista mucho de poseer la pureza que se requiere para considerarla un modelo de corrección. Un idioma llega a su perfección cuando, en un país, florecen las artes y las ciencias, es decir, la cultura nacional. Ésta culmina en las épocas de máximo dominio político. Imperio, cultura y lengua se enlazan indisolublemente. Así ocurrió en Grecia, en tiempo de Alejandro; en Roma, en tiempo de Augusto; en Francia, en tiempo de Luis XIV y en España, en tiempo de los Reyes Católicos y de Carlos V. Después, junto con el imperio, empezaron a decaer las ciencias y las lenguas.

En el siglo xvi, los mejores escritores españoles, en lo que respecta a la pureza del idioma, son por orden de mérito: fray Luis de León, Cervantes, Cristóbal Lozano y Antonio de Solís. No debe aceptarse ciegamente su autoridad. Adolecen de serios defectos. Fray Luis de León quiso latinizar nuestro idioma y trastornó « la simplicidad antigua ». Cervantes conservó el genio de la lengua, pero descuidó la propiedad por imitar la gracia del vulgo. Cristóbal Lozano poseyó mejor la lengua, pero muchas veces no supo distinguir lo vulgar de lo culto y otras abusó de los arcaísmos. Antonio de Solís cuidó más de los vocablos, pero estropeó su estilo

llenándolo de sentencias pueriles e hinchadas, retruécanos y antítesis. Fray Luis de Granada latinizó más aún que fray Luis de León. El P. Mariana « afectó voces que no tenía necesidad de afectar en un estilo tan noble y grandioso como el de su historia » (fol. 119 v.). Quevedo, Jacinto Polo, el autor del *Guzmán de Alfarache* y el de la *Pícara Justina*, por buscar lo jocoso, dieron en lo truhanesco. Estos últimos son particularmente peligrosos: « todas las voces, sentencia el P. Merino, que no tengan más padres que el autor de la Pícara Justina, Jacinto Polo y Quevedo, te has de guardar de ello como de la mala sarna » (fol. 230 v., s. u. *inquina*).

El P. Andrés de Jesucristo incurre en una contradicción. El texto de un escritor representa también un uso. Queda por determinar si es individual o general, bueno o malo, pero no ha de condenársele de antemano. Igual criterio debe aplicarse a la lengua de los demás. El P. Merino niega a los poetas el derecho de emplear un vocabulario propio. Cuando se trata de profesiones « de baja y servil condición », aconseja que se consulte a quienes las ejercen y que se usen los vocablos que éstos utilizan. Adelantándose a Cejador, afirma rotundamente: « el vulgo suele hablar con más propiedad que los literatos, que saben muchas lenguas menos la suya » (fol. 78). Es inútil, entonces, añadir que, en el *Diccionario*, sólo deben ingresar « las voces significativas, castizas y aprobadas con el uso de los doctós » (fol. 125, s. u. *cháncharras máncharras*) o que las palabras han de ser « claras, comunes y cultas » (fol. 139). En los casos concretos, puesto a elegir entre una dicción vulgar y otra culta, prefiere la primera. Y para justificar su actitud, aduce que « aquí reprendemos el abuso, no el uso » (fols. 220 v. y 221).

El lector actual se asombrará ante el gran número de

palabras, hoy corrientes en todos los países de habla hispana, condenadas por el tenaz defensor del uso, norma suprema de la corrección idiomática : *abyección*, desprecio, abatimiento, *acucia*, solicitud, diligencia, *acuciado*, estimulado, *acusiosamente*, diligentemente, *admonición*, amonestación, *admonitor*, amonestador, *agorería*, el agorar, *aji*, pimiento colorado, *ajimez*, ventana arqueada con columna en medio, *albino*, blanquecino, blanquizo, *alcor*, cerro, collado, *altor*, altura, *alzada*, apelación ante el juez, *amicísimo*, amiguísimo, muy amigo, *amnistía*, olvido, *amojamado*, seco, *angustioso*, congojoso, *aparcería*, compañía, *aparcerero*, compañero, *apostura*, buen parecer y disposición, compostura, *argucia*, sutileza, agudeza, *árguenas*, alforjas, *asonada*, alboroto, rebelión civil, tumulto, *astroso*, sucio y desaliñado, *atañadero*, perteneciente, *atuendo*, aparato, ornato, ostentación, *avezar*, acostumbrar, enseñar, *avituallar*, proveer, abastecer, *bienquerencia*, buena voluntad, *blancor*, blancura, *brete*, estrechez, *brocato*, brocado, *bruno*, moreno, *burguesía*, vecindad, comunidad, *candelabro*, candelero, *cataclismo*, diluvio, turbión de agua, *celeberrimo*, celebradísimo, muy célebre, *célula*, celdilla, *cerrazón*, cubrirse o cerrarse con nubes, *cimarrón*, silvestre, indómito, montaraz, *claror*, claridad, *comicio*, junta, congreso, *comienzo*, principio, *conflagración*, incendio, *continuidad*, continuación, *corretaje*, estipendio que se da al corredor, *cruentamente*, sangrientamente, *cruento*, sangriento, *cripta*, gruta, cueva, *cubil*, cueva, choza de fieras, *culteranismo*, cultura, *culterano*, culto, *dadivosidad*, liberalidad, *defección*, sublevación, conjuración, *deformación*, alteración, desfiguración, *deformar*, desfigurar, afear, *deformado*, desfigurado, *demoníaco*, endemoniado, *deprecar*, rogar, *deshonroso*, afrentoso, indecoroso, *desmirriado*, flaco,

extenuado, *detenimiento*, detención, *dialogar*, conversar, *dignificar*, honrar, *dimitir*, dejar, renunciar, *diptongar*, unir dos vocales. *disminución*, disminución, *dulcedumbre*, dulzura, *ebriedad*, embriaguez, *egregio*, insigne, escogido, respetable, noble, principal, *emigración*, salida, partida, *emisario*, mensajero, *emisión*, el acto de enviar, *emitir*, enviar, arrojar, *encimar*, poner una cosa sobre otra, *escandir*, medir los versos, *escansión*, medida de los versos, *esculcar*, espiar, registrar, *espasmo*, pasmo, *espesor*, espesura, *estatur*, establecer, instituir, ordenar, *estribera*, estribo, *estridor*, estruendo, *exhumar*, desenterrar, *extensamente*, extendidamente, por extenso, *exuberancia*, redundancia, *exuberante*, redundante, excesivo, *famélico*, hambriento, *fámula*, criada, *fascinación*, hechizo, alucinación, etc. ¿Para qué seguir? La lista sería larguísima. Reconozcámoslo: no hay método más eficaz para empobrecer y anquilosar el idioma.

Ésta es la gran lección que al lingüista depara la lectura del *Antibárbaro*, muy útil también para documentar el uso de algunas palabras en la España del siglo XVIII, v. gr., *hendida*, por *rendija*; *friolento*, por *friolero*, etc. y para apreciar matices de significación, por ej., *emprisionar*, encerrar en la cárcel, y *aprisionar*, prender fuera de la cárcel; *escucha*, el que vigila en la noche, y *atalaya*, el que vigila de día, porque el primero se vale del oído, en la obscuridad nocturna, y el segundo de la vista, mientras dura la luz; *quedar*, permanecer en un lugar, y *fincar*, estar fijo o clavado, etc.

El *Diccionario de Autoridades* y el *Antibárbaro* divergen. El uno afirma, el otro niega. ¿Cuál de los dos tiene razón? Tal vez ambos, por lo menos en parte, pues la experiencia lingüística varía según los individuos. Pero esto mismo de-

muestra el error que se comete al ver en el uso la norma decisiva de la lengua correcta. Es uno de los criterios, no el único y por cierto no el más importante. Por analogía con *aeromozo*, palabra bien formada, en un país hispanoamericano, de cuyo nombre no es indispensable acordarse, se ha creado *busmozo*. Ninguna persona de buen gusto se atreverá a emplear semejante adefesio verbal. La lengua es, ante todo, creación estética. Sin embargo, los preceptistas del idioma y aun los académicos tienden actualmente a aceptar lo que se usa, sin entrar en mayores discriminaciones. Invocando a Horacio, como el *Antibárbaro*, afirman que el pueblo, supremo juez y árbitro soberano, establece la norma de la lengua, pero se abstienen cuidadosamente de definir esa entidad infalible y todopoderosa, que acierta siempre, hasta en sus errores y disparates, y terminan por confundir el pueblo con el vulgo, sin advertir que el pueblo está constituido por todos los habitantes de un país, cualquiera que sea la clase o condición social a que pertenezcan y que, en consecuencia, las expresiones rechazadas por la gente culta no forman parte de la lengua común, como tampoco pertenecen a ella los términos eruditos, patrimonio de una minoría ilustrada. El criterio del uso, aplicado con exclusión de los demás, es insuficiente y nocivo. Los malos modales nunca serán buenos, aunque se los repita hasta la saciedad. En uno y en otro caso, se requiere la aprobación de los entendidos, el *consensus bonorum*, que exige Quintiliano, buen conocedor de achaques lingüísticos. Ahora que algunas Academias, olvidando su función rectora, abren las puertas del diccionario a los términos más bárbaros y antiestéticos, sin que la falta de voces precisas y exactas lo justifiquen, debe insistirse en este aspecto: la lengua correcta no está compuesta por lo

que se usa, sino por lo que se debe usar. Para documentar el uso no se necesitan Academias, bastan unos cuantos notarios que levanten las actas de nacimiento y defunción de las palabras. Los regidores del idioma han de atender, antes que al uso, variable e indeciso, a otras cualidades esenciales: necesidad, armonía, buena formación, fuerza expresiva, belleza plástica y ese misterioso poder evocador, en el que se percibe el latido de una tradición inmortal. Por comprenderlo así, nuestros antepasados nos legaron el tesoro sin par de nuestro idioma. Seamos dignos de ellos y no malbaratemos nuestra herencia.

LUIS ALFONSO.

CUADERNO DE « SAN COSME »

LA VELADA

Cefero : la muralla flúida de la noche,
en su compacto asedio sin brecha ni desmoche
tapia los geñerosos ventanales
y nos bloquea en caja de cristales
ciegos e iluminados. Cada viva abertura,
frente al parque abolido, niega la arquitectura
de araucarias y abetos ; pero el buho en su rama
nos ve, formas concretas, dentro de dulce llama,
y, si ha leído a Proust (caso no extraordinario
en ave de este predio), huéspedes de un acuario.
¡ Doble faz del escudo transparente y brillante
en que malogra el frío su diente de diamante !
Hielo y tinieblas fuera ; dentro, tibia y dorada
gruta donde madura su fruto la velada
que a los lares benéficos y al buen coñac, asocia
la chimenea digna de un castillo de Escocia.

A horas en que se enfrían los fogones rurales,
aquí lenguas ardientes alzan himnos corales.

¡ Salud, maestro de todas las artes ! — digo al fuego
con esquiliana pompa —. Y a su calor me allego

como en acto ritual de piromancia
y sus piruetas miro con tierna vigilancia.
Para mí no es milagro ni mágico secreto
descubrir en las brasas el mismo *animalello*
de cuerpo ágil y flexible cola
que en hoguera de encina y al compás de la viola
vio danzar Benvenuto, cuando niño ; y sencilla
cosa es ver la pirausta, clara mariposilla
que nace de las llamas y con las llamas muere,
según en libros sabios y antiguos se refiere.
Mas ahora seduce mis ojos el suplicio
de un mutilado hércules que llega al sacrificio
tallado por el hacha del leñador. La escueta
desnudez pule el jaspe de su torso de atleta
— el pecho prominente, soberanos los hombros —
en actitud de erguirse sobre un suelo de escombros.
¡ Qué plenitud de estatua ! ¡ qué majestad enhiesta !
Latía en ese tórax un dios de la floresta.
Por él hurgan los hierros la furia del dragón :
un enjambre de chispas estalla en su evasión,
y a empellones de luz, a rojas dentelladas
reaviva el incendio sus mesnadas ...

Amigo : ¿ dónde está la primavera
que esta mañana al sauce vistió en cada ribera
con esponjado tul de bailarina ?
A buscarla vinimos, doncella y campesina,
de la ciudad fugados. Nos sonrió en los cielos,
nos saludó en la copa nupcial de los ciruelos,
nos recibió en SAN COSME como dueña de casa ...
¡ y después de ocultarse tras un nublado, arrasa

con todas sus promesas eclógicas ! Amigo,
¿ de lamentar habremos su engaño en este abrigo ?

La sobremesa, asida del primero al segundo
cigarrillo, traslada su placidez. Me hundo
— delicioso naufragio — en mi sillón. Estantes
repletos, a mi espalda ; a mi frente, espejeantes
lomos, en doble fila, junto a la chimenea ;
y sobre la mesita donde el café humea,
los cinco o seis volúmenes compañeros de viaje
que, con los pliegos vírgenes, retardan su mensaje,
al lado de abultadas carpetas y cuadernos.
Nuestro diálogo — a veces soliloquios alternos —
reanuda sus hebras. En las pausas, instila
el sosiego del mundo su vecindad tranquila ...

Mi plegadera corta los tejidos barbados.
Probar al vuelo fruta que asome a los cercados
es mi gula de pájaro lector. Y picoteo
mientras siega mi hoz y acosa el bordoneo
de la colmena activa del hogar.
También hay en el fuego rumor de selva y mar,
a la sordina, misteriosas parlas.
A veces las descifro ; hoy no quiero escucharlas.
Ni pensar.

Y deslizo mirada indiferente
— más hundido en mi asiento — por el muro de
[enfrente,
panoplia en que dos largas lanzas de montonera
se cruzan y dormitan con moharra y contera
sobre el lecho mortuorio y la final cordura
del triste caballero de la noble figura,

según Víctor Delhez grabó. Los laterales
nichos el muro ahondan con lumbre de metales
y lozas. Distraído, repaso sus trofeos :
un casco de Verdun, seis copas de torneos.
La cabeza de yeso que mora en la repisa
tiene perfil de venus y aire de pitonisa.
Precisamente ahora lo mira a usted leer :
diosa y maga le ceden su turno a la mujer ...
Y cuando ya el ocioso pensamiento
tira del hilo flojo de mi molicie, siento
con toda el alma tensa de sobresalto y busca,
como al romper un sueño la sacudida brusca,
que el retrato de un niño y su muñeco
me atrae, me domina, me llama con el eco
de voces que anhelaban nacer, fuente secreta.
Y así dice al oído del ángel el poeta :

Príncipe que contemplas reflexivo
a tu bufón de trapo : al animarte
con alma y sangre de retrato vivo,

en el dolor, para la luz del arte,
de entre las sombras de memoria oscura
logró fúlgido libro rescatarte.

Del mismo amor dos veces criatura,
con latido perenne a nueva vida
surgiste en tu capullo de hermosura

sin vejamen del tiempo ni caída,
clara continuidad de una existencia
en su primer peldaño detenida.

¿Qué realidad mayor que tu presencia?
Si aquí en la intimidad del grato encierro
se respira tu ser como una esencia,

en copia fiel, sin falsedad ni yerro,
al sol y al aire te devuelve el día
junto con tu caballo y con tu perro.

Más de una vez mi soledad sentía
que algo trémulo, límpido y flotante
del bosque matinal era su guía,

y que al seguir la huella alucinante
mi corazón vagaba con alado
huésped en el hechizo del instante.

Hoy que mi corazón, vaso trizado,
perdió la paz, la fuerza y el sustento
de que fuera colmado ;

hoy que esta casa y su campestre asiento
me preguntan por Ella y les respondo
que aquí también quedó algo de su aliento,

¡ cómo sigo tus pasos, aunque escondo
mi angustiosa ansiedad entre altos muros !
¡ cómo sigo tus pies, príncipe blondo,
aunque perdido en dédalos oscuros !

El socavado fuego roe, rae, desfleca ;
un tizón mortecino borra su última mueca ;
parda tribu de insectos desaloja su astilla ...
Con el libro cerrado sobre una rodilla
veo que usted observa el éxodo. ¿ O su quieta

mirada es el espejo del viaje en la caleta ?
Quizás en este acorde mutismo adivinemos
que de la misma isla, separados, volvemos ...
El silencio se hace tan presente y profundo
cual si en su agobio ingrátido pesara este segundo
con la inercia del campo y de la casa ;
por su ámbito inmóvil otro silencio pasa
con descendente sesgo de hoja desprendida :
percibo casi el roce fugaz de su caída,
y me recobro ... A un tiempo, del mismo impulso,
[brota,
como de las entrañas del manantial la gota,
nuestra palabra ; a poco, y a borbotones, salta
de un comentario fútil a otro que la exalta.
Colmamos el abismo del anterior momento,
de hilachas y burbujas. Agotado el comento,
la medianoche impone su arcana resonancia.
Un mugido perfora la lóbrega distancia.
No sé qué vuelo esparce rumor de predicciones,
y atávicos presagios devuelven los rincones...
El torso de mi hércules se ha disgregado en plata.
Da postreros boqueos de fiera la fogata.
Miro el ojo de cíclope de un leño
y me invade la súbita disolución del sueño.
Terminó la velada. Cefero, buenas noches.
Ya en mi tinglado danzan los últimos fantoches,
figurantes del día : la carretera ; el río,
reptil huyente ; rostros ; el esplendor sombrío
del bosque entre cortinas de sol ; un dilatado
pôtrero con movibles islotes de ganado ...

· Y repentinamente, descanso la cabeza .
sobre el regazo inmenso de la naturaleza.

1951.

EL BOSQUE

I

Los éxtasis de otoño
— serenidad mordida
por el oculto roedor que acendra
la hermosura total en llama inmóvil
de consunción y estrago —
me reciben y embriagan. Ya penetro
por la nave central y va mi paso,
como invasor impío, sobre muelles
multitudes sumisas,
levantando quejidos y protestas
que el bosque entero escucha,
de las ciegas raíces a las copas
donde desborda el sol.

¡ Cuán lentamente
desde la altura caen y se unen
a las más lentas, en el aire quieto,
hojas, hojas y hojas, muda ofrenda
sobre senderos fúnebres ! ¡ Despojo
de aciaga suavidad ! La esplendorosa
mañana enjoya y bruñe el atavío
de enmascarada muerte. Y su gran gema
— sobre las cimas, en calladas cúpulas
y al fondo y en los claros laterales
que a bahías de luz abren ventanas —,

con un fastuoso azul cubre la herida
que sangra interiormente.

¡ Salud, bosque opulento,
en oro, en plata, en cobre y en almagres
y en ágatas y ópalos y verdes
de acerado fulgor, ya revestido
para el acto final ! ¡ Belleza efímera !
¡ Equilibrio fugaz ! ¡ Gloria caduca !
¡ Suprema beatitud que de ornamento
llevas la destrucción y me transmites
tu engalanada paz ! ¿ Cómo no aúllas,
no maldices, no imprecas, no sollozas,
desposeído impávido ? Con ansias
de moribundo aspiro
la luz, el aire, los aromas, todo
lo que mi ser incorporar consigue
del paraíso sentenciado. ¿ Nada
de mi dolor te importa ni comprendes,
a tu propia condena
sordo y extraño ? ¡ Nada ! Y yo el más débil
de los tallos heridos
alzo a la gema azul que nos corona
mi voz de celebrante,
y en la mañana límpida de otoño
tu pasajera esplendidez substraigo
de la inminente ruina.

II

Voilà de la pervenche encore en fleur.

(J. J. ROUSSEAU, *Confessions*, Lb. VI).

Con paso explorador, por una senda
no recorrida aún donde clavaba
a través de las cúpulas inmóviles
sus espadas el sol, abrí la marcha
matinal. En la sombra refulgían
rotas diademas de la noche. Al pie
de paternales olmos me detuvo
— umbral violado y punitiva red —
firme trama de elásticos cordeles :
voilà de la pervenche encore en fleur.

Mi paso violador, con el tobillo
entre las hojas húmedas cubierto,
se demoró a su lado. Única y frágil,
la llama azul, cual suspendida en vuelo
sobre la verde ola allí arraigada
junto a los olmos que otro cielo ven ;
quieta y alada, casi mariposa,
pero cautiva de raíz también,
hizo a mis labios suspirar entonces :
voilà de la pervenche encore en fleur.

Otra mañana, en un jardín serrano,
¡ qué lejanías de mi corazón !,
dulces labios con júbilo dijeron
al descubrir la delicada flor
e iluminar — relámpago preciso —

la ocasión y el recuerdo, de una vez,
lo que en el bosque repetí como eco
de aquella voz inapagable y fiel
que morirá conmigo para siempre :
voilà de la pervenche encore en fleur.

Hoy, si privada del menudo cielo
miro la hojosa trama de la vinca-
pervinca en mi sendero ocasional,
a mis pies o a los lados extendida,
cierro los ojos ... sí, cierro los ojos ;
y en el silencio de mi propio ser
la voz despierto que en su cripta duerme
con leve sueño ; y como el día aquel,
oigo el cristal lejano de su júbilo :
voilà de la pervenche encore en fleur.

1951.

LOS NOCTURNOS

I

MURCIÉLAGOS

De su día escondido y quieto
a su noche vertiginosa
sin secreto,
salen, espectros, ¿ de qué fosa ?

En incesante agitación
pueblan el aire que respiro
del burlón
simulacro de cada giro.

La precisión tajante humilla
mi cautiverio con sus trazos,
 pesadilla
de una lluvia de navajazos.

Y no tropiezan : raudo el vuelo
parece que al hender escombra
 tierra y cielo
entre relámpagos de sombra.

Heraldos de la oscuridad,
inauguran la noche con
 .. su hermandad
de bruja, pájaro y ratón.

Mas sólo veo lo que alcanza
mi vista y no el entendimiento :
 una danza
de oscuros guiños en el viento.

II

EL BUHO

Las nueve de la noche. El buho baja.
Ya la llave herrumbrosa del chirrido
revuelve la cerraja
del aéreo cancel y entra en mi oído.

¿ Qué exactitud recóndita le apremia
o qué rito puntual le impone horario ?
¿ De qué grave academia
de soledades vuelve solitario ?

El árbol ignorado en que pernocta
se alumbra con la luz de mi velada
y me oculta la docta
lumbre que yo adivino en su mirada.

Sobre la pampa como el cielo abierta
en horizonte circular, transita
la vastedad desierta,
hoy como ayer, su templo de eremita.

¡ Oh, tú, cercano a la primaria fuente
y al río elemental ! : ¿ guardas la clave
del misterio inmanente
que en la obsesión de tu silencio cabe ?

Caviloso mirón, si en tu vigilia
tiene este opaco mundo transparencia,
mi noche interna auxilia
con alguna señal de tu presciencia.

¡ Sólo el aire raspado de las nueve,
gárgara vecinal, llega a mi oído
y mi ansiedad remueve
como aldabón de un mundo sumergido !

Y cuando asoma el sueño y fluye el puro
silencio de la sombra sin cerrojos,
veo a través del muro
la impasible fijeza de sus ojos ...

III

EL PELUDO

(Chaetophractus villosus)

Acorazado aventurero
que sales a probar fortuna,
¿sabes que tu amiga la luna
es cómplice del monstruo artero ?

Si bien no alumbra como platas
tu yelmo, el móvil espaldar
ni los tejuelos sin lustrar
con que recubres cola y patas,

tus pasitos al ogro advierte
para la gula de su mesa ...
¡ Huye, cándido, que te apresa !
¡ Corre a esconderte !

(Y aunque solamente
quedó el extremo fuera,
ya en las dos manos de la fiera
cautiva está su fuerte cola.

¡ Oh, luna impávida ! Vecino
del poderoso forcejeo
que, como tú, de un lado veo,
sabe también lo que imagino :
con todas las uñas se aferra,
los flancos hinca, incrusta el lomo
y se mantiene como un gnomo
en las entrañas de la tierra.

Brío, desnudo ... y decepción
de sentir tu rayo espectral
convertido en frío puñal
a través del caparazón !).

1952.

HABLA EL ARROYO

Mi edad es tan remota
que los cálculos yerran por milenios de nubes.

Entre las más antiguas
montañas nací, gota que horada sus prisiones.

Mi fuga iba cavando
la generosa herida que tatuaba el desierto.

Vengo del otro lado
del horizonte y busco muerte holgada en el mar.

No soy el rumoroso
saltarín, entre piedras, guarnecido de espumas.

Ni ese galón de plata
sobre felpas. Sabedlo : soy el salvaje nómada.

Aquí turbio, allá seco,
barrancoso o sin bordes, retorcido y huraño.

En los pueblos atisbo
las afueras : emboco puentes y me escabullo.

Si castigan las lluvias,
me atropellan yeguas de arrollador empuje.

Y atravieso lagunas
sumergido : se advierte mi paso en el resuello.
¡ Cómo ensancha mis márgenes
la creciente ! Me aduermo rodeado de espejos.
Si las sequías chupan
hasta el fondo, desuellan mi desnudez fangosa.
Y hasta por leguas cuento
mi cicatriz reseca, mi osamenta de polvo.
Clara y veloz corriente
barbada de hierbajos me retoza en SAN COSME.
Aquí logró la astucia
someterme a un desvío, puerto de una canoa.
Navegado por niños,
inspiro la confianza de un animal doméstico.

1953.

LA TAPERA

En el aire remansado flota una tristeza de tumba
abandonada, pero hay también una expectación
que hace esperar lo prodigioso.

Ceferito, XX.

El ojo que alcanzó a verla
nos ha dejado su imagen :
paredes agujereadas,
un techo que se deshace
y un interior de cubil,
entre agresivos cardales
y trabadoras malezas

y altas murallas de árboles
ya cada vez más inhóspitos,
más huraños, más salvajes.

Esa carroña aun erguida
con sus harapos colgantes,
tenía también custodia
de chillidos y plumajes ;
y apenas el paso intruso
se arriesgaba entre puñales,
el alboroto cundía
por los greñudos ramajes
y en torvos vuelos alzaba
su espantadizo aquelarre.

De lejos, como atraído,
solía a veces quedarme
mirando el rincón de campo
que tapian altos guardianes.
Algunas noches creía
percibir su coro aullante.
Desde allí la vieja pampa
lanzaba oscuras señales
y con un frío presagio
se me colaba en la sangre.

Pero creía otras veces
recibir vagos mensajes,
y yo interpretaba así
mi vaguedad expectante :
donde el destino de un alma,
desde su efímera cárcel,

arrebató al tiempo huyente
la eternidad de un instante,
debe quedar una estela
como de pluma de ángel ...

E imaginaba que un sueño
puro y libre, humilde o grande,
sombra de alma que enfrenta
con su claridad radiante
las tinieblas del agüero
y el pavor de la catástrofe,
se había negado al éxodo
del cuerpo débil y errante
para esperar entre ruinas
la hora de su rescate.

Hoy llego por vez primera
hasta el cerco de gigantes ;
los hallo mudos, inmóviles,
en éxtasis. Llena el aire
la ternura solitaria
de una torcacita amante
que está filtrado el silencio
alto y profundo y sin márgenes,
indiferente a mi paso
violador de estos umbrales.

En el florido cardal
que su emplazamiento invade,
no queda del rancho un solo
terrón que mi vista alcance.
Pero sombras alargadas

de los callados follajes
caen sobre su recuerdo
como tiendas palpebrales
y el lugar se adentra en una
domesticidad sin nadie.

Será este cielo lustral
que embebe el hosco paraje ;
o la anchurosa quietud
como centrada en su cauce ;
o la adusta soledad
vencida en la voz del ave ;
o el círculo vespéral
para un templo de oquedades
que asentará sobre ascuas
la gran comba de su ábside ...

Pero yo siento latir
la certidumbre inefable
del prodigio en cada vena ;
y el misterio de la tarde
se profundiza en mi paz ;
y en el acorde sedante
de mi sosiego y las cosas
hay una celeste clave
de conjunciones que habla
con acentos estelares ...

Ansia, ofrenda, impetración
prendida al sitio inmutable ;
votiva raíz que hundes
tu garfio alerta en mi carne :

¿era yo el predestinado
a descubrirte y salvarte
o eres tú mismo, solar
de mis llanuras natales,
que me recibes con ecos,
siempre vivos, de sus lares?

1954.

RAFAEL ALBERTO ARRIETA.

Nota : SAN COSME es un antiguo establecimiento de campo situado en el partido de General Guido, provincia de Buenos Aires, cuyo hermoso casco dista cinco kilómetros de la población de Lavardén. Pertenece, desde hace tres décadas, al doctor Ceferino P. Merbilháa.

El niño al que se refiere *La velada*, hijo del doctor Merbilháa, falleció en La Plata a los cinco años de edad. Su breve vida ha sido evocada por el padre en un libro delicioso y conmovedor, titulado *Ceferito*, que imprimió Ghino Fogli en 1944 y que ha circulado únicamente entre los amigos del autor.

Cervantes tiene las espaldas muy anchas. Algo así he dicho más de una vez refiriéndome a la prodigiosa capacidad demostrada por el glorioso manco a lo largo de los siglos para resistir los elogios, las censuras, las biografías malévolas, las interpretaciones antojadizas y las descabelladas hipótesis que sobre él y sobre sus inmortales creaciones literarias han llovido desde la centuria décimoséptima. Pocos hombres en la historia del mundo han originado tantos y tan encontrados comentarios. Y ningún personaje de ninguna literatura dio lugar a tantas exégesis y explicaciones como el que nació de la pluma cervantina para asombrar a la humanidad con su humanidad desbordante. Si habéis tenido la curiosidad de examinar varias ediciones críticas del *Quijote* os habrá sorprendido sin duda el desacuerdo que existe entre quienes las hicieron. Cada comentarista contradice a los que le antecedieron en la consideración del libro incomparable. Cada escoliasta parece gozarse en poner de manifiesto la presunta sandez o la posible miopía de quienes redactaron, con anterioridad a él, los escolios al margen de tal o cual pasaje de la gran obra. Y al final el lector queda sumergido en la mayor perplejidad. Y Cervantes, con su paciencia inmortal, sonríe y sonríe, quizá por estar él en el secreto de lo que provoca tan continuo disentiimiento; tal vez por saber él, no con instinto de novelista ahora, sino

con sabiduría de alma ascendida a la percepción eterna de la verdad, hasta dónde puede llegar la vanidad en nosotros.

Todo se ha dicho y repetido acerca del genial escritor. Que si tuvo origen humilde, que si fue de buen linaje, que si llevó vida así o de este otro modo, que si fue feliz o desventurado como marido, que si había razón para ser (como fue) perseguido por la justicia, que si todo el proceso ha de ser mirado como una injusticia infame, que si esto o aquello o lo de más allá... ¿Y con respecto a su criatura máxima? ¿Qué no se ha dicho de ella? Que si don Quijote significa tal cosa o tal otra. Que si sus actos tienen esta intención o precisamente la contraria. Que si el conjunto de su conducta responde a tal concepción moral o a otra diametralmente distinta. Todo. Todo se ha expresado acerca del buen caballero, que allá arriba, y a pesar de la *tristeza inmortal de ser divino* en que vive envuelto, sonríe también, como su padre, o con más piedad aún, porque para eso fue él, desde el día de su primera salida a la vida pública, la esencia misma de la bondad, de una bondad que aquí abajo necesariamente tenía y tiene que parecer locura rematada. También lo pareció, y a muchos todavía lo parece, la infinita caridad de Quien, siglos antes, vino a la tierra para redimirnos de la maldad, del egoísmo y del error.

Don Quijote y Cervantes, pues, han sido vistos y considerados con los ojos más dispares y con los criterios más diferentes. He leído alguna vez algo en que se atribuía al maravilloso narrador móviles decididamente ocultistas en determinados lugares de su novela más famosa. Y como remate de inconcebibles hipótesis, he escuchado no hace mucho a quien decía que cierto episodio quijotesco tenía que ver con el asunto de la explotación del cinabrio en Almadén y era una sátira contra los reyes por la concesión que para

aquellos trabajos habían concedido a no sé quién. Un puro disparate, en fin. Un disparate que también divertirá, en los Campos Elíseos, al Caballero de la Triste Figura y a quien para siempre lo engendró. Ahora bien: todas estas son tesis más o menos aventuradas y más o menos disímiles, pero todas concuerdan en admitir, de manera tácita o expresa, la subordinación lógica del hijo al padre, del personaje al novelista, de la criatura a su creador, de don Quijote a Cervantes. Todas menos una, una que, por ser de quien es y por venir de quien viene, no puede ser desechada así como así, sino que merece un examen respetuoso y atento. Porque procede nada menos que de Unamuno.

Ya conocéis esa tesis. Es aquella que, con paradójico ingenio, empieza por atribuir más realidad a don Quijote que a su progenitor literario, y termina asegurando, casi, casi, que el héroe de Lepanto no debió percatarse muy bien de lo que hacía cuando estaba escribiendo el libro de los libros en la cárcel de Sevilla. La cosa, claro, es interesante. Hace pensar. Recordando aquello de que *para decir la verdad hay que exagerar* uno encuentra en estas exageraciones una ayuda a menudo muy útil y servicial, puesto que, con el desconcierto que al principio causan, obligan a no fiarse de tópicos y a observar con ojos nuevos y limpios aquello de que se trata. Obligan a sobreponerse a las ideas hechas. Lo que sin duda ha provocado la exageración de Unamuno en el caso particular de esta tesis suya ha sido el advertir que los cervantófilos españoles han dado siempre más importancia al autor que a la obra hecha por él. Han hablado más de las circunstancias biográficas de aquél que del sentido y alcance de ésta. Han puesto menos atención en el relato que en quien lo llevó a cabo, cosa que a mí, por mi parte, me ha extrañado en todo momento. Pero de eso no

tiene Cervantes la culpa sino quienes hacen profesión de conocerlo y comentarlo hasta la saciedad. El pecado es de los eruditos, generalmente cortos de vista si de lo que se trata es de indagar en los textos algo más que la corteza literal.

• Esto es verdad. Hasta Unamuno ningún español que yo sepa vio a don Quijote en su realidad circumscrip^{ta} de personaje independiente de su autor, en su virtud de criatura autónoma, con su propia vida, con su destino particular. Al famoso libro en que el autor de *Paz en la Guerra* consignó las consecuencias de su contemplación trascendental, Teixeira de Pascoaes solía llamarle, con acierto, el Nuevo Testamento del *Quijote*, porque él *revela* cabalmente el sentido del personaje y de sus actos, porque en él *se cumplen las profecías*. Pero de ahí a admitir como válida la afirmación de que Cervantes está menos vivo que su criatura, y que el creador de ella no sabía de modo claro lo que hacía cuando la engendraba, hay una distancia sideral. Si Cervantes escribió el *Quijote* fue porque, por lo menos, era igual a él en grandeza y en vitalidad de existencia. El fruto se conoce por el árbol, y el árbol por el fruto. No, no estaba en lo justo el gran don Miguel, el de Salamanca y no el de Alcalá, cuando para dar más vida al hijo se la negaba al padre. A tal semilla tal flor. Ni Cervantes es más ni don Quijote es menos. Ni viceversa. Tanto vale el uno como el otro. Porque don Quijote y Cervantes son un ente indivisible e indisoluble. Poseen la misma vida y la misma realidad, y se confunden en la perennidad de la misma gloria.

FRANCISCO LUIS BERNÁRDEZ.

Madrid, septiembre de 1959.

LA LLUVIA

La tarde bruscamente se ha aclarado,
Porque ya cae la lluvia minuciosa.
Cae o cayó. La lluvia es una cosa
Que sin duda sucede en el pasado.

Quien la oye caer ha recobrado
El tiempo en que la suerte generosa
Le reveló una flor llamada rosa
Y el curioso color del colorado.

Esta lluvia que ciega los cristales
Alegrará en perdidos arrabales
Las negras uvas de una parra en cierto

Patio que ya no existe. La mojada
Tarde me trae la voz, la voz deseada,
De mi padre que vuelve y que no ha muerto.

JORGE LUIS BORGES.

CANTO DEL TIEMPO ALQUIMISTA

Veinticinco rondas del santo zodiaco,
veinticinco rondas de sus signos bastan
— según vienen diciendo los siglos,
según vienen queriendo las almas —
para qué; de pronto, las arquitecturas
del hombre se vuelvan de plata.
Y todo en su limpio metal se transforma.
Y aun la llama que roja llameaba,
fuego blanco en la antorcha se trueca :
fuego blanco de cándidas ascuas.
Tal sucede por artes profundas
del tiempo alquimista que con suave magia
inventa jardines de nardos y lirios
hasta entre los yermos de las caravanas.
Buen tiempo alquimista
que en la noche eterna de dioses poblada,
sus tinieblas recrea y adorna
con las doce sagradas estampas
que le brinda al Misterio el zodiaco
en las negras honduras calladas.
Éste es Aries que busca en los prados
la hierba en la escarcha ;
ése es Taurus que embiste a las sombras

con fuego en las astas ;
estos otros los claros Gemelos
que impensados prodigios hermanan ;
y ésta ahora es de Cáncer la imagen
que hasta Hércules llega, se atreve y le ataca.
Luego el León que vela, divino y radiante ;
y la Virgen, el lirio sin mancha.
Después la Balanza segura
que pesa — ¡ quién sabe ! — las obras humanas
y equilibra la Vida y la Muerte
que otros dicen el Todo y la Nada.
¿ Y Escorpión ? Su ponzoña nos vierte
y la carne nos deja llagada ;
pero bien su ponzoña nos cura
con la misma llaga.
En pos, Sagitario,
hecho dardo a los cielos levanta
el audaz pensamiento triunfante
que sólo volando descansa.
Capricornio luego, con áspera fuerza,
sus cuernos ensalza.
Acuario, con ciencia escondida
su ánfora derrama,
y los Peces recorren y miden
las eternas aguas.
Ésas son las estampas supremas
del Tiempo alquimista de la Rueda Santa,
bajo cuyo hechizo
de sapiente danza,
algunos sucesos del hombre en la ronda
vigésimoquinta se vuelven de plata.

Una vez, cierta noche muy honda,
me dijo un mochuelo de Palas,
que también en Cumas
miró a la Sibila y oyó su palabra :
— ¡ Dichosos aquellos que estaños y cobres,
y el plomo y el hierro que mata
transmutar consiguen, corriendo los años,
porque dulces sueños lo quieren y mandan,
en esos primores de la argentería,
con sus bordaduras, y sus filigranas !

Y siguió diciendo
esa ave sagrada :
— Bajo aquella inmensa
bendición y gracia,
ya todo se torna primor de platero
que sus piezas labra :
la nieve que cae,
la niebla que flota, la nube que vaga.

También escuché que decía
aquella ave sabia :
— El tiempo del hombre se puede
contar como en una enseñanza :
Éste que era un mago
de cabellos blancos y espumosas barbas,
que tenía un reino
gobernado de hadas,
nunca, nunca vistas
porque nadie acaso mereció mirarlas,
y que ahora al tiempo
de una edad plateada,
las vemos que vienen,

oímos que cantan,
y sabemos con cuáles blancuras
ideales trabajan.

Y aun me dijo, sapiente, el divino
mochuelo de Palas :

— Después sigue corriendo la vida,
y ahora te digo : Oye y guarda.

Más allá, por las ríspidas cuestas,
ya es un vidrio total la montaña,
con las duras heladas de invierno
cuando quiebra diamantes el alba.

Todo se hace de plata en los montes
de la Vida. Y ahora ¿ qué pasa ?

¿ Qué es todo eso que allá se derrumba
con fragor de torrente y cascada,
que se rompe en espanto y delirio
y cristales sin fin despedaza ?

Es que una hora de prueba ha llegado,
hombre bueno que fiel caminabas.

Te preguntas : ¿ Qué es esto ? ¿ Qué es esto ?

Y no sabes nada.

Y son como muros de cárcel ahora
las cumbres nevadas.

Oye y guarda. Iba pobre corriendo
de tus días el río. Y su marcha
por pobres afanes

y pobres tristezas contada.

Y, de pronto, ese salto al abismo,
ese vértigo y furia, esa malla
de estruendo, de bruma, de hervores,
de lluvia que sube, de niebla que baja.

Las cosas más tuyas, perdidas.

Y tú que te acabas

en medio del trueno

de la catarata.

Y da torpes vueltas el alma al oírlo :

, la triste paloma del alma.

¿ Qué más dijo, después de estas cosas,
aquella ave sacra ?

Esto dijo en la noche silente

y mi alma lo guarda :

— En la ronda vigésimoquinta

de alguna frustrada esperanza,

verter siempre es bueno

vino viejo en la copa de plata.

Y a brindar por los astros que rigen

del hombre las cuentas sagradas.

Y que sigas subiendo tu cuesta,

ajeno al lamento que llevan las ráfagas.

Para alma que entiende,

palabras que callan.

Y calló el divino

mochuelo de Palas.

ARTURO CAPDEVILA.

RECUERDOS DE UN VIAJE POR ALEMANIA *

La primera impresión que recibí cuando el barco fue alejándose del puerto y empecé a ver cómo se achicaba la imagen de los seres queridos que quedaban en tierra, fue terrible. Sentí, entonces, uno de los desgarramientos más grandes de mi vida. Algunos de aquellos seres de mi sangre, no existen ya, pero empecé a perderlos en aquel instante, cuando de pronto dejé de verlos y sólo fueron una mancha en la orilla que en pocos minutos acabó por borrarse también en el horizonte. Han pasado treinta años desde entonces, y aun siento, cuando lo recuerdo, el dolor lacerante e insondable de aquella partida. El viaje fue luego sereno y sin incidencias dignas de mencionar. Las obligadas escalas en Montevideo, Santos y Río de Janeiro, ciudades horizontales aún, sin los rascacielos que hoy les dan un aspecto tan distinto. Viajes en auto, rápidos y feéricos, en el deseo de captar los menores detalles en las calles, en las casas, en los seres, tan diferentes de los de nuestro Buenos Aires, y luego, de nuevo, el mar, el mar redondo, hasta el infinito, con sus aguas verdosas, revueltas y sonoras, abajo, y el cielo, puro y límpido, en lo alto. Viajé hasta Hamburgo con varios amigos: los pintores Víctor Pissarro y Adolfo Montero y su

* Del libro *Recuerdos de la vida literaria*, en preparación.

esposa, y el doctor José Vidal y su señora, estos últimos en viaje de luna de miel. En Hamburgo todos ellos tomaron el expreso a París, y yo me quedé solo en Alemania, país que quería visitar y conocer a mis anchas. En Las Palmas, capital de las Islas Canarias, tuve el primer contacto con la Europa que tanto anhelaba ver. Recuerdo las empinadas calles y cuestas que hubimos de subir con gran esfuerzo, la perspectiva del mar y de la bahía que gozamos desde lo alto. Las casas de dos y tres pisos con la joven asomada a la ventana más alta y el enamorado hablándole no sé en qué lenguaje desde la estrecha acera. Recuerdo la impresión que nos produjo la hermosa y antigua catedral, con los altos y coloridos vitrales, y la sensación de trasmundo que flotaba en la nave, nublada aún de incienso. No pudimos ver la casa natal de Galdós, pero algo del gran escritor canario me pareció sentir en el aire de su deliciosa y paradisiaca isla, mientras ambulábamos, rápidamente, por las estrechas y empinadas calles de Las Palmas, entre casas blanqueadas, y siempre a la vista del mar. Después de varios días, pasamos por el Canal de la Mancha, entre los acantilados ingleses y las costas rocosas de Bretaña. Y una mañana gris y oscura, con un frío de varios grados bajo cero, llegamos a Hamburgo. ¡Estaba en Europa! Mis pies pisaban la tierra de Goethe y de Schiller. Yo tenía veintiocho años. Y mi corazón me latía fuertemente en el pecho.



En Hamburgo me quedé dos días. Mis amigos se fueron esa misma noche en el expreso a París, y yo me quedé solo, en mitad del andén cubierto de nieve, viendo alejarse el tren

lleno de luces que pronto se tragó la noche. Con ellos había pasado el día, y había visitado, entre otras cosas, el Zoológico, inmenso y cubierto de nieve, y sin jaulas, pues los animales — la mayoría de los cuales no vimos debido a que estaban ocultos por el intenso frío — vivían en aparente libertad, separados del público por anchos fosos. Después vi solo San Pauli, el viejo barrio portuario de casas compactas de fachadas color herrumbre, de dos o tres pisos, varias veces centenarias, y los alrededores de la ciudad. Al ir a atravesar el Elba, en bote, me llamó la atención el muchacho — de trece o catorce años, pobremente vestido —, a cuyo cargo estaba la pequeña embarcación y que, mientras esperaba a los pasajeros que iban llegando, apoyado en un árbol, cubierto de nieve también como él, leía en un pequeño libro que acababa de sacar del bolsillo, ajeno a cuanto lo rodeaba. Al dirigirme a él para tomar el bote, le pedí que me dejara ver lo que estaba leyendo. Accedió a ello cortésmente y cerrando la tapa del libro me mostró el título. Era *Los bandidos*, de Schiller. Ese fue mi primer contacto espiritual con Europa, con Alemania, país que aun no había conocido el nazismo y en el cual viví durante más de un mes, en el terreno de la cultura y de las cosas del espíritu, una de las más grandes y más emocionantes experiencias de mi vida. ¡ Hamburgo ! Las viejas casas de San Pauli, altas, de ventanas cerradas, se duplican ahora en el agua quieta de los canales. El Elba, en Cuxhaven, está lleno de barcos de todas las banderas. Alguna nave avanza, hendiendo con el rompehielos las grandes costras traslúcidas que cubren las negras aguas. De pronto, en una pequeña plaza, entre silenciosos edificios, la estatua colosal de Bismarck, en traje de Rolando, se apoya con sus recias manos en la espada verti-

cal que se clava en el suelo. Cerca, sobre los lagos del Alster, revolotean las gaviotas. Tres grados bajo cero. Se ve, se toca el frío, en las nocturnas calles desiertas, en el cielo plomizo, en las vidrieras escarchadas de los bares del puerto, tras cuyos carámbanos de nieve se ven cabezas rubias, cabezas canosas, frente a altos vasos de espumosa cerveza. Ya estoy en Europa. Mi vida se va a nutrir, en unos meses, de una savia de cientos, de miles de años.

*
* *

En un libro de limitado tiraje, *Un film europeo*, publicado en 1930, recogí mis impresiones del viaje que hice a Europa, de diciembre de 1928 a abril de 1929. Sus treinta y tres breves capítulos son como otros tantos cuadros nerviosos y documentales, de lo que vi y viví en los distintos países por donde anduve. Estos recuerdos de hoy, completan, en cierto modo, aquel cuaderno de apuntes, hoy amarillento ya por el tiempo. Allí di mi visión asombrada de un Berlín lleno de vida, de elegancia y de luces, en el que pasé más de una semana, visitando sus iglesias, sus museos, extraordinariamente ricos en obras de arte de los más grandes pintores del mundo, sus teatros y salas de conciertos. Allí fijé con trazo premioso, la vida desbordante de sus calles, la prestancia de la Unter den Linden, la avenida de los Tilos, flanqueada de palacios, y más allá de la monumental Puerta de Brandeburgo, coronada de hermosas esculturas, la poesía hecha jardín cubierto de nieve, del Tiergarten, por cuyas calles bordeadas de árboles blancos, pasaba a veces algún negro y lustroso coche de caballos, como en 1900. Hoy quiero recordar a un poeta que ya no existe, y a

quien visité una noche de intensa nevada, en su sobrio y elegante departamento ubicado en Charlottenburg, uno de los barrios residenciales más bellos y aristocráticos del Berlín de entonces. El ómnibus dejó las calles del centro, rumorosas de gente y de vehículos, y salió a los bellos alrededores de la ciudad, un verdadero jardín entre cuyos macizos de árboles brillaban las luces de las residencias de una o dos plantas, circundadas de ramas cargadas de nieve. El poeta se llamaba Richard Hirsch. Había nacido en Sttetin y llevaba publicados ya varios libros de poesías: *Sé hombre* (1920), *Yo soy tan joven* (1921), *Lejos del camino* (1922) y otros. Era un hombre como de cincuenta y cinco o sesenta años, y pertenecía a una generación anterior a la aparición del vanguardismo, entonces en boga en Alemania y en toda Europa. Su poesía, dulce y grave, era la poesía de la naturaleza y de los hondos sentimientos. En la dedicatoria del libro que me obsequió leo hoy, con su menuda letra, esta frase, extraída de uno de sus poemas: « Únicamente el amor es la verdad ». Vivía en Charlottenburg, con su esposa, y esa noche cené con ellos, en el pequeño comedor íntimo, en medio de una paz y de un encanto como pocas veces los he sentido en mi vida. Él era un poeta de verdad, un fino y solitario espíritu, y en su hogar se vivía la felicidad del amor y del respeto compartidos. Fue una cena fría, frugal y deliciosa sin que nada estorbara el hondo diálogo. Pató frío, leche helada, con crema, en altos vasos; nueces y aceitunas en pequeños platos de Baviera, verdaderas piezas de museo. Richard Hirsch fue muerto por las tropas de asalto de Hitler apenas triunfante el movimiento nacional-socialista en Alemania. Él había cantado, en un poema traducido luego por mí, a la verdad, esa tremenda aventura por la que tantos sufren, y mueren:

...Y si no la nutres con tu propio espíritu,
no habrá águila que para ti la traiga desde el cielo.
Que únicamente el amor es la verdad.



Coincidió mi viaje a Europa con el arte nuevo, o vanguardismo, triunfante ya en los principales centros culturales del viejo mundo. En Alemania, donde venía abriéndose paso desde unos diez años atrás, desde el fin de la primera guerra mundial, la nueva estética se la veía en las calles, en algunas construcciones recientes, altas, dinámicas y de líneas desconcertantes, en las modas y objetos de la industria exhibidos en las grandes vidrieras intensamente iluminadas, y sobre todo en los salones de arte, muy numerosos en Berlín. Uno de los museos, instalado en un antiguo y vastísimo palacio, rodeado por un pequeño lago, el Kromrinz Museum, había sido destinado exclusivamente a la pintura y escultura de vanguardia. Todo un mundo de formas y colores imprevistos e inusitados, pugnando, en un desesperado y enloquecido afán, por el logro de una nueva belleza, y de una nueva expresión en el terreno del arte y de la creación estética. En Berlín conocí el cenáculo o centro vanguardista más audaz e insobornable de Europa, denominado « Der Sturm » (« La Tormenta »), y a su jefe, el poeta Herwarth Walden. « Der Sturm » funcionaba en un sótano, en la parte más céntrica de Berlín. La primera noche que bajé a aquel bravo reducto, me salió a recibir el propio Walden. Bajo, delgado y encorvado, con el largo cabello, cenizoso y lacio, cayéndole a los costados del rostro escuálido, casi hasta los hombros, Herwarth Walden aparentaba tener unos

sesenta años. Los ojos, penetrantes, le brillaban a través de unos pequeñísimos lentes ovalados, fabricados por el mismo poeta, que le daban un extraño aspecto al rostro amarillento y surcado de arrugas. Todo en él era raro, y tenía, cuando avanzaba, agachado y sonriente, sujetándose con la flaca mano huesosa el antejo o impertinente, algo — o mucho —, del viejo Voltaire. Su mujer, rubia como el oro y extraordinariamente bella, era mucho más joven que él. Ambos me acogieron con viva simpatía y hablamos del movimiento vanguardista europeo, en particular del de Alemania. Al retirarme, me llevó a uno de los recintos del amplio sótano donde un pintor muy conocido ya preparaba sus elementos para una próxima exposición. Era un hombre bajo y fornido, con chaqueta de cuero, calzón corto, sujeto a la rodilla, como en el siglo xvii, y grandes zapatones con hebilla. Estaba « pintando » sobre una larga mesa. Pero en vez de pinceles trabajaba con un martillo y clavos. Y sobre el tablero lo vi entusiasmado, clavando trozos de madera, de cuero y pedazos de género de todos los tamaños, formas y colores imaginables. A la noche siguiente, hubo una reunión en « Der Sturm », en mi honor. Recuerdo el sótano lleno de humo de tabaco y los contertulios sentados a nuestro alrededor, escuchando a Herwarth Walden, que habló en alemán, y a mí, que les hablé en mi defectuoso francés, de lo que a ellos podía interesar de nuestro país. Herwarth Walden fue el heraldo del arte nuevo en Alemania y uno de los poetas más intrépidos y profundos de dicho movimiento. De su libro *Im Geschweig der Liebe*, traduje, cuando volví a Buenos Aires, cinco poemas. Uno de ellos, el segundo, dice así :

Tú no debes llorar
mi sangre sueña tranquila
a mi sangre escuchan todos los corazones
todos los corazones laten para mi sangre
todos los corazones lloran para mis lágrimas
mi sangre sueña tranquila
mi sangre está despierta para ti
tú no debes llorar

*
* *

Cerca de Berlín, está Potsdam, y en Potsdam, Sans-Souci, la residencia que, a semejanza de Versailles, hizo levantar el rey de Prusia, Federico II el Grande. Una avenida derecha lleva, de la puerta de Brandeburgo al castillo de Sans-Souci. Recuerdo una gran fuente circular, de mármol, de la que surgía un fino y altísimo surtidor, y las estatuas mitológicas que rodeaban la fuente. Y más allá, las seis terrazas escalonadas, una sobre otra, y en lo alto, el castillo, grandioso y magnífico. No pude ver los jardines florecidos — en los que abundan los naranjos y los laureles-rosa —, sino cubiertos de nieve, bajo un cielo nublado y plomizo. Recorrí los vastos salones y dependencias del castillo, resplandecientes deoros y espejos; la biblioteca de Federico II; el dormitorio donde murió el monarca; la sala de la reina; la sala de conciertos, decorada con pinturas de Pesne; la sala de audiencias, con cuadros de Watteau y de Coypel; la sala de mármol, sostenida por dieciséis columnas de mármol blanco y exornada con bellas estatuas. Y, sobre todo, el cuarto de Voltaire, ocupado por el gran escritor durante su permanencia en Prusia, donde fue invitado especial del Rey. Lo recuerdo como si lo estuviera viendo, amplio y de alto techo,

con las paredes empapeladas de claro y en cuya decoración se repetían sin cesar, de arriba a abajo, monitos y papagayos. Allí estaba, y sin duda estará aún, su mesa de trabajo. Yo quedé un rato mirando aquella mesa, sobre cuya tabla se habría puesto tantas veces a escribir el gran Voltaire, el autor de *Cándido*, del *Diccionario filosófico* y de *Sobre la tolerancia*. Por un momento lo vi encorvado, sobre las blancas cuartillas, la cabeza cavilosa inclinada hacia adelante, como quien se concentra en sí mismo, y me pareció escuchar entre los simios y papagayos que adornaban cómicamente el cuarto, y los libros y manuscritos del filósofo, exhibidos en armarios y vitrinas, los ecos lejanos de su sarcástica carcajada. El gran Federico no lo pudo retener mucho tiempo en las doradas rejas de Sans-Souci, y terminaron riñendo. Afuera caía lentamente la nieve, en menudos copos sesgados, sobre las terrazas, los árboles y las estatuas, blancos también de nieve.



En Dresde me detuve dos días, y paré en un hotel instalado en un viejo castillo medieval, restaurado al efecto. Una noche, terriblemente fría, salimos, tarde ya, de una cervecería casi familiar, donde habíamos estado tomando cerveza con los dueños del negocio, un amigo alemán, profesor de gimasia, que había sido colega mío varios años en Buenos Aires, y yo. Tomamos un auto, y al pasar frente a un enorme edificio, todo oscuro, que se levantaba, solo y aislado, en medio de la noche, me sorprendió ver una larga fila de personas que, arrebujadas en sus abrigo de pieles, esperaban algo. Era una interminable hilera de sombras negras,

sobre la blancura de la nieve, iluminada a ratos por la luna, que me hizo recordar viejas fotografías de prisioneros de Siberia, en la época de los zares. De tanto en tanto, un pequeño fuego, sobre el suelo cubierto de nieve, abría su exiguo cráter de rojos y humeantes leños. Había viejos y jóvenes, hombres y mujeres en la fila india que rodeaba el edificio y se perdía en la noche. Y serían como las dos de la madrugada. Pregunté a mi amigo, qué era aquello. Aquel edificio era la Ópera de Dresde, y aquellas personas esperaban que se hiciera de día para sacar entradas para la función de la noche, en que se daría *Tristán e Isolda*, de Wágner. Horas y horas en el mismo lugar, durante toda la noche, en medio de la nieve, para escuchar ese prodigio musical que es *Tristán e Isolda*. Por la noche, fui a ver la ópera. El teatro, algo parecido a nuestro Colón, pero más íntimo, resplandecía de luces, de oros y rojos. En el lugar de preferencia, el palco real, con el águila imperial, de oro sobre el cortinado rojo, era el único lugar vacío del teatro. Espaldas desnudas, rubias cabelleras, brillo relampagueante de alhajas, blancas pecheras, negros fraques, y los gemelos curioseando por toda la sala, mientras abajo, en la orquesta, empezaban a oírse los distintos instrumentos, en los preludios de afinación. Luego, un silencio súbito, y de pronto, el rojo telón que se abre y la escena que lo llena todo. Nunca olvidaré la emoción intensa, jamás sentida por mí, ante aquella música y aquel drama de amor, tan hondo y tan desgarrador. Yo había visto antes, en Buenos Aires, la ópera, y conocía el texto de la leyenda en la versión de Joseph Bedier. Pero aquella noche, fue única e inolvidable. Dos o tres veces he sentido, en mi vida, como la presencia de la belleza, única y divina, ante mis ojos. Aquella noche,

en la Ópera Real de Dresde, la sentí, en mitad del corazón, hasta las lágrimas, oyendo con todo mi ser la música de Wágner.



Yo estuve una vez en Nuremberg. Dresde y Nuremberg eran, hace treinta años, dos ciudades de un encanto singular, en las que el tiempo parecía haberse detenido, súbitamente, dejándolas en plena Edad Media. Recuerdo las dos torres circulares de Nuremberg, a la entrada de la ciudad, altas, con sus techos cónicos recortados sobre un cielo plomizo. Las calles, estrechas, tortuosas, flanqueadas de casas de dos o tres pisos, de frentes góticos trabajados a maravilla, con balcones salientes, de madera tallada, altos y labrados también, como sillerías de coro. La casa de Durero está tal cual era en la época en que vivía el gran pintor. Allí se conservan sus muebles y enseres, su amplia cocina con chimenea, con el menaje y la vajilla del artista, y, sobre todo, en carpetas, sobre estrechas mesas de la época, y colgados de las paredes, sus cuadros y dibujos. Un material riquísimo, semejante en algo al de Leonardo de Vinci, sobre todo en la profusión de esbozos y estudios para una misma obra, aunque en Durero sobrevive todavía algo del primitivismo medieval, y en Leonardo viven ya, de manera definitiva, las luces y la libertad del Renacimiento. Nuremberg fue en la antigüedad la Florencia de Alemania, y allí se dieron cita los artistas y artesanos más sabios del Sacro Imperio Romano Germánico, quienes enriquecieron y embellecieron las iglesias y los edificios públicos y privados de la ciudad. Los Maestros Cantores de Nuremberg, inmortalizados por Wágner en su ópera del mismo nombre, contribuyeron a la

fama de la ciudad, en los siglos xv y xvi. Al arte poético de los caballeros, enmudecido a fines del siglo xiii, siguió el arte de la burguesía, y en particular, el de las corporaciones de artesanos : zapateros, tejedores, sastres, etc., que rivalizaban en el aprendizaje del arte de la poesía y del canto. La casa del más famoso de los maestros cantores de Nuremberg, Hans Sachs, es de dos plantas y bohardilla. En la planta baja, tras la puerta de calle, se encuentra el cuarto de trabajo del poeta y músico. Allí está su mesa baja de zapatero con todos los implementos de labor, y su silla de cuero, humilde y bajita, junto a la mesa. Cerca, la estufa de cerámica, y en una estantería baja, los libros sagrados y profanos que leía el poeta. Hans Sachs escribió más de seis mil piezas poéticas, entre sátiras, obras teatrales, poemas burlescos, letras para cantos religiosos, etc. Fue el poeta alemán más importante del siglo xvi y el creador del teatro alemán propiamente dicho. Vivió ochenta y dos años. Al salir de su casa, ya de noche, la luna brillaba sobre las calles y los techos nevados de Nuremberg.

*
*
*

Munich es mitad germana y mitad latina. Hay ya, en su cielo, a veces, como un anuncio del cielo de Italia, relativamente próxima. Sus habitantes son alegres, expansivos, y aman las bellas canciones, la cerveza y el color. La cerveza la sirven en altos vasos de cristal coronados de espuma. Los museos de arte de Munich atesoran piezas de la pintura universal de valor incalculable. Allí está de nuevo Durero, sombrío y anguloso, casi geométrico, y Cranach, del que recuerdo un Adán y Eva admirable. Y con ellos, los maes-

tros italianos: Miguel Ángel, Rafael, Guido Reni, y los españoles, Zurbarán, el Greco, y Rembrandt, del que hay verdaderas joyas en Munich. He visto pocos museos tan visitados a toda hora por el público, como los de Munich. Un ir y venir constante, de gente curiosa, que se detiene aquí y allí, como si la contemplación de la obra de arte fuera una verdadera necesidad para los espíritus. Son museos vivos, y en ellos, las telas y los mármoles, adquirirían no sé qué aire de cosa actual, de nuestro tiempo, que contrastaba con la impresión estática y como paralizada, que dan otros museos. El Deutsche Museum, o Museo Alemán, una especie de rascacielos en una calle de mucho tránsito, ofreció a mi curiosidad las cosas más heterogéneas y sorprendentes que podía imaginar. Era como una muestra de la civilización del mundo, desde la prehistoria hasta nuestros días. La vivienda, los muebles, el vestido, los utensilios, los medios de transporte, los instrumentos de música, las máquinas y aparatos de física, la escritura, etc. Todo clasificado y ordenado cronológicamente, y ofrecido, como una clase, al visitante. Recuerdo que introduciendo una moneda en una ranura, y previa lectura de un tablero indicador en varios idiomas, podía poner en funcionamiento cualquier aparato de física. En las salas de música, empleados especializados tocaban a pedido de cualquier visitante instrumentos antiquísimos, de diversos países, poblándose el ambiente, por un momento, de raros y extraños acordes. En el último piso, un inmenso planetario abría su cielo azul oscuro tachonado de estrellas y constelaciones sobre nuestras cabezas, mientras el largo cañón del telescopio salía al exterior y acercaba el cielo real al observador. El arte, la ciencia, la industria. Todo lo que el hombre ha soñado, y creado, a

través de los siglos, allí, al alcance de todos, como un testimonio vivo para las actuales y futuras generaciones. Y fue en Munich, la bella y alegre ciudad de Baviera, en la que viví hermosos, inolvidables días.



Después de Munich, Heidelberg. Heideberg es una de las más antiguas y bellas ciudades del sur de Alemania. Está a la orilla del Néckar, y es famosa por su castillo y su Universidad. El río Néckar es ancho, caudaloso, de aguas azules y traslúcidas, con olas que se abren en amplias curvas, coronadas de espumas. Un largo puente romano, de varios arcos de medio punto, une, frente a Heidelberg, ambas orillas. El castillo está construido sobre la colina del Königsstuhl, de unos cien metros de alto. Es cuadrado, cercado de altas y grisáceas murallas. Subí a él por calles en cuesta, flanqueadas de viejos muros. Atravesé la triple puerta, con su rastriño de gruesos barrotes que se levantaba por medio de rechinantes cadenas, empotrada en la muralla de más de un metro de espesor, y me pareció que entraba, de súbito, en la Edad Media. Toda la época feudal había quedado viva, en estos inexpugnables castillos de piedra, residencia de los grandes señores. Troneras y dentadas almenas, recortándose en el cielo, caminos de ronda, patios donde se realizaban los torneos, aposentos de los señores, sobre cuyas paredes de piedra gris, colgaban, multicolores, los viejos tapices con escenas de guerras o de cacerías. En la bodega vi el enorme tonel, construido en 1751, de cerca de 300.000 litros de capacidad, y sobre el cual hay una tarima a la que se sube por una escalerita. En los días de fiesta, los siervos y campe-

sinos llenaban los patios y explanadas del castillo, con la profusión de colores de sus trajes regionales, y la cerveza y el baile alegraban los corazones. Pero Heidelberg y su viejo castillo conocieron también la guerra y la devastación, y ahí están, para atestiguarlo, las ruinas de parte de dicho castillo, destruido en uno de sus extremos, en 1683, por los franceses. La Universidad, una de las más antiguas y prestigiosas de Alemania, dio siempre a la ciudad un aire alegre y juvenil. Aquella mañana visité sus cátedras, famosas por los ilustres maestros que durante siglos, enseñaron en ellas, y abajo, en los sótanos, los calabozos de estudiantes, con las oscuras paredes llenas de inscripciones y fechas. Al salir, alegres grupos de jóvenes de ambos sexos, los muchachos con las gorritas verdes de los estudiantes de la Universidad, recorrían las calles, con los libros bajo el brazo. Desde lo alto del castillo, la vista es magnífica. Colinas verdes, con pinos y viñedos en las laderas. Aguas azules y llenas de claridad, del Néckar, el Paseo de los Filósofos por el que discurrían en otro tiempo los viejos maestros y sus discípulos. En esta Alemania meridional, llena de tradiciones y de poesía, vivieron y cantaron algunos de los más grandes poetas alemanes: Schiller, Uhland, Hölderlin, « Ruiseñores de magnífica voz — como escribí un día — en cuyas almas viven el paisaje y la tradición histórica de la región ».



Danubio, río divino...

cantó un día Garcilaso, el más dulce y el más emotivo de los poetas españoles. Él conoció el Danubio y el Rhin, y quedó hechizado con sus bellezas, lo que no fue obstáculo para

que cantara también a sus ríos amados de España, el Tajo y el Tormes sobre todo. Yo me acordé de él y de su mensaje de inmarcesible belleza, cuando un día, desde la ventanilla del tren, vi como una fuga de azules y celestes nerviosos que se deslizaban, abajo, en lo hondo del valle, entre el verde intenso — y tupido — de la Selva Negra. Parecía como si un sin fin de cristales vivos cabrillearan bajo el sol de invierno, alto, entre montañas cubiertas de nieve. ¡Era el Danubio! Acababa de atravesar la Selva Negra, y de recibir, una tarde de crudo invierno en que deambulé solo por ella, en el silencio y soledad de aquellos umbrosos bosques, una de las sensaciones más hondas e inolvidables de mi vida. Era como si en aquellos lugares sin gente, cubiertos de nieve, entre los pinos semiazulados que crecían altísimos hasta ocultar el cielo, la poesía, la divina poesía tras la que mi alma ha corrido siempre, desde niño, se hubiese corporizado un instante, sólo para mí, en aquella soledad llena de encanto y misterio que me rodeaba. ¡El Danubio! ¡El Rhin! Gran parte de la historia de Europa se tejió a lo largo de estos dos ríos de incomparable belleza. Al Rhin lo fui siguiendo, desde el tren roca a roca y castillo a castillo, desde Basel hasta Colonia. En algunos lugares, como Bad Kreuznach, me detuve unos días. Orillas que suben escalonadas, en suave declive, hasta lo alto de las barrancas, orladas abajo de rocas y promontorios. Viñedos, ahora secos y sin hojas, como manchas color oro viejo sobre la tierra cubierta de escarcha. Y abajo, el Rhin, no muy ancho, de aguas verdosas, con grandes bloques chatos de hielo flotando a la deriva. Los barcos van y vienen a lo largo del Rhin, el rompehielos adherido adelante, en la proa, con las cubiertas blanquísimas y los bronce relucientes, el penacho de humo

negro desenroscándose en el cielo plomizo, sin nubes. ¡ Allí está Loreley, la célebre roca ! Y en el vortice de las aguas revueltas que se entrechocan a su pie, la ninfa misteriosa que muestra, como un relámpago, su torso desnudo — blanco sobre verde — entre la espuma. ¡ Cuántos poetas alemanes han cantado al Rhin ! Dejemos una rosa, una rosa no más, como el mejor homenaje a su recuerdo, junto al nombre de uno de ellos, del doliente y escéptico Enrique Heine, cuyo *Cancionero* leí, conmovido, tantas veces, en mi juventud.



En Francfort del Main nació Goethe. Yo fui una tarde, gris y fría, a visitar su casa natal, en la que el poeta vivió sus años de infancia y juventud. ¡ Qué sugestión tan grande tienen las casas donde han nacido y vivido, los grandes escritores ! Es como si entre sus viejos muros vivieran aún las primeras emociones de quienes un día habrían de ser gloriosos. ¡ Qué huella honda dejan, siempre, en el alma de los poetas, las primeras impresiones frente al color de una pared, frente a un cuadro, a una chimenea, o ante un mueble, vistos luego mil veces en los días de nuestra niñez ! La casa de Goethe, en Francfort — hay otra, en Weimar, transformada también en museo, donde vivió el poeta a partir de 1782 —, es alta, de tres pisos, y tiene un pequeño jardín rectangular, cercado de paredes, al cual dan las ventanas de los distintos pisos. En medio del jardín hay una estatua de mármol, del poeta, con algo de nieve sobre los hombros aquella tarde. Subí la crujiente escalera de madera y visité todos los salones y cuartos de la casa. Todo está como en la época en que la habitaba Goethe. Aquellos eran

sus muebles. Sillones y sillas tapizados, de colores claros, cómodas, vitrinas con objetos de arte. Y en las paredes, profusión de cuadros y dibujos, la mayor parte obra del poeta, que era muy amante de la pintura. Allí están los rostros de las amadas del poeta. Recuerdo, entre ellas, a Lili Schoenemann, su amor de Francfort, y a Carlota, la que inspiró *Las cuitas del joven Werther*. Pero he aquí su cuarto de trabajo. El escritorio, una mesa pequeña, como de colegial, está llena de manchas de tinta. Ésta es su pluma. Junto a la mesa, una rústica biblioteca baja, de tres estantes, hecha por el mismo Goethe. Allí están sus libros de cabecera. Leo los títulos. Telémaco, Ossión. Cuando bajo, de un piso a otro, por la ancha escalera, los peldaños crujen. ¿Crujirían así cuando bajaba el grande, el sabio poeta de *William Meister*, de *Werther*, de *Fausto*? Al asomarme por una de las ventanas, y mirar, tras los vidrios, abajo, el jardín sin hojas cubierto de nieve, recuerdo los versos de la « Balada de Mignón », donde el poeta añora el sol y la alegría de Italia :

¿ Conoces tú la tierra do el azahar perfuma,
do en verde oscuro brillan naranjas de oro y miel ?
¿ Conócesla ? Es allí, es allí
donde anhelo ir contigo a vivir junto a ti.

En el *Viaje a Italia*, escribió, precisamente, un día :
« La vida de un hombre es su carácter ». La suya fue una
larga lección de belleza y sabiduría.



En Bonn hay una calle estrecha, entre altas casas antequísimas, de dos o tres pisos, rematadas en bohardillas con techos de pizarra. En una de esas casas, nació Beethoven.

Nació, precisamente, en la bohardilla. Las paredes desnudas, desmanteladas, encogen el ánimo. El techo es bajo, con vigas a la vista. En un extremo, sobre un montón de coronas y de flores, siempre renovadas, algunas marchitas ya, emerge el busto del compositor. En las otras habitaciones de la casa, convertida hoy en museo, se guardan, bajo mesas-vitrina, los manuscritos de sus obras y sus instrumentos de música. Allí están las hojas amarillentas en cuyos pentagramas la mano del genio estampó un día, febrilmente, las notas de la *Novena sinfonía* y del *Claro de luna*. Allí se guardan también las trompetas acústicas que se hacía fabricar el gran músico para atenuar su sorderas. Ésta era cada vez mayor. Un alto muro que aislaba, cruelmente, del mundo vivo de los sonidos y de las voces, a quien tan en lo hondo sólo vivía para ese mundo de sonidos y de voces, que era su mundo maravilloso y único. Wágner saca de la tierra y de las tradiciones y del alma de Alemania, su extraordinaria y estremecida música, fuerte como una construcción y ululante como un viento sagrado. Beethoven sacó su música del alma misma del hombre, del hombre de ayer, de hoy y de mañana, del hombre sin tiempo, de sus pasiones, de su ansia, insatisfecha, de su miseria y de su esperanza. Mi viaje por Alemania llegaba a su fin. Había llorado, en la ópera de Dresde, con *Tristán e Isolda* de Wágner. Visitaba ahora, en un frío crepúsculo, la casa natal del gran Beethoven. Allí quedaba su mascarilla, yeso blanco — oh la frente bajo cuyo arco abultado parecía encerrarse la tormenta de su alma —, en las sombras de la vieja casa, antes tan llena de acordes, y ahora tan muda. Beethoven es la música. Nada más, y nada menos que la música. Nadie ha definido mejor la música que Fray Luis de León en su oda a Francisco Salinas,

el célebre compositor y organista de la catedral de Salamanca :

¡ Oh desmayo dichoso !
¡ Oh muerte que das vida ! ¡ Oh dulce olvido !
¡ Durase en tu reposo
sin ser restituído
jamás a aqueste bajo y vil sentido !

Cuando salí de la casa de Beethoven, la noche negreaba ya. Pero en mí, dentro de mí, iba como una claridad, la impresión de su infancia, vivida entre aquellas paredes, de sus luchas y dolores, de su música, desgarrante y honda.



La última ciudad alemana que visité fue Colonia. Unas horas más y me encontraría lejos del país donde había vivido, durante más de un mes, fuertes e inolvidables emociones. Viejas ciudades, castillos e iglesias varias veces centenarios, paisajes de poética y entrañable belleza, obras de arte de los más grandes maestros del mundo, escritores y cenáculos literarios, teatros, movimiento y vida inusitados en las grandes ciudades, el orden y el buen gusto imperando en todas partes. Todo se agolpaba en mi espíritu mientras preparaba en el cuarto del hotel, mi equipaje, listo ya para la partida. Pero me quedaban aún unas horas, y decidí volver a la célebre catedral, alta hasta lo inverosímil, en la calle estrecha, frente a una pequeña plazoleta. Volví a entrar en su nave gigantesca y a sumergirme en el silencio imponente que reinaba en el interior. Por las altas ventanas, la luz iluminaba de oros, rojos y azules los vitrales, hermosos como joyas. Toda la fe y el fervor de una época, vivos allí

otra vez entre las altísimas paredes de piedra de la Catedral de Colonia reliquia impar del gótico alemán. Frente a la Catedral, calle por medio, hay — o había, ya no sé si existe —, un pequeño café, con ventanas a dicha calle. Los vidrios estaban empañados. Hacía un frío intensísimo. Entré y me senté junto a una ventana, desde donde podía ver a mis anchas, levantando mucho la cabeza, la fina aguja de la catedral, allá en el cielo grisáceo y ya sombrío. Sobre aquella mesa de café, frente a la catedral, escribí un cuento, « La noche de San Silvestre », que apareció luego en *La Prensa*. Una página casi autobiográfica. Una angustiosa sensación de soledad en medio de la multitud, sentida por mí un mes antes, al pasar, solo, en Berlín, por primera vez lejos de los míos, la última noche del año. Lo escribí de un tirón, volcando en el papel, que momentos antes había pedido al mozo del café, la amarga pena de aquella noche, que sin saber por qué, vivía de nuevo en aquel momento. Unos minutos más, y dejaría Alemania, quien sabe hasta cuándo. Me iba sin ver al poeta Stephan George, a quien admiraba, pero del que no había podido averiguar el paradero, ni al escritor hispanista G. H. Neuendorf, mi gran amigo, muerto hace pocos años. Otros países y otras emociones me aguardaban. Y salí de Alemania, entre estridencias de trenes y silbatos, rumbo a Suiza.

FERMÍN ESTRELLA GUTIÉRREZ.

REFLEXIONES A PROPÓSITO DEL « FAUSTO » DE DEL CAMPO

Un signo de la crítica actual es su propensión a desechar como inferiores las manifestaciones literarias en que no descubra trascendencias de cualquier orden y particularmente sociales. El humorista no puede limitarse a hacer sonreír; en todos los casos debe hacer pensar, debe emocionar. Así lo leí recientemente. Mejor lo segundo, si bien no siempre pueden delimitarse fronteras; pero Sterne o Dickens no excluyen a Mark Twain o Courteline. La lírica que no tenga alcances metafísicos es poca cosa: expresar algún movimiento de los infinitos del corazón parece que no basta. El poeta debe traer su « mensaje »: el vocablo, de puro manoseado, hace sonreír. La novela que no tenga una intención ideológica o social carece de significación y real valor. Y volviéndose hacia las obras del pasado, la crítica se esfuerza en buscarles intenciones recónditas aun a las más desinteresadas, a las menos « comprometidas ». Loable afán de revisión, búsqueda interesante, ciertamente, las veces que el crítico no pierde la brújula, como suele ocurrir cuando más seguro está de haber hallado el exacto derrotero, o extrema el sondeo caprichoso en la pesca de tesoros que sólo existen en su fantasía.

A estas reflexiones he de darles una aplicación práctica enfrentando el juicio desdeñoso cada vez más corriente con relación al *Fausto* de Estanislao del Campo.

Ciertamente es lícito comparar entre sí las obras literarias pertenecientes a un mismo o parecido o distinto género ; pero antes han de ser juzgadas en sí mismas por su valor intrínseco. Cada una de ellas es lo que es : la *Iliada* y una oda de Anacreonte, el *Quijote* y una novela ejemplar de su autor, *La Guerra y la Paz* y *Madame Bovary*, una tragedia de Esquilo y una comedia de Aristófanes, el *Polifemo* y un romancillo burlesco de Góngora. Una escala de valoraciones cabe en la admiración que susciten, pero no en el juicio estético por comparación con obras de distinto carácter.

Estas verdades elementales son desconocidas por quienes comparan el *Fausto* de Estanislao del Campo con el *Martín Fierro*, poema de carácter enteramente diverso, asociados ambos en las historias literarias por pertenecer a la llamada poesía gauchesca : diferencia dialectal con la de lengua culta que no toca a la caracterización estética de una obra.

Partiendo de ese equivocado planteo, Lugones, sin pertenecer a la crítica novísima, se encarnizó en *El Payador* con el *Fausto*. Ninguna gracia le merecen las impresiones de Anastasio el Pollo, como si sobrara en nuestra literatura esa joyita de humor y también de lirismo, y más hubiera convenido, al parecer, que no hubiera sido escrita. Desde luego el ilustre poeta tenía que justificar su menosprecio y lo hizo censurando la inverosimilitud de que un gaucho hubiese entendido el asunto de la ópera de Gounod y reparando algunos menudos detalles como el de que un criollo rumboso jineteara un overo rosado, « animal siempre despreciable cuyo destino es tirar el balde en las estancias o servir de cabalgadura a los muchachos mandaderos » — censura corroborada por Martiniano Leguizamón el año siguiente —, sin perdonar tampoco las imágenes, « lugares comunes de la literatura al menudeo ». (*El Payador*, 1916, pág. 157).

Pero sobre estos particulares estoy abriendo puertas abiertas, pues esa inverosimilitud ya ha sido reconocida y admitida como convención justificable por prestigiosos críticos (Oyuela, Rojas). Particularmente nuestro colega Rafael Alberto Arrieta ha dado cuenta de tan injusto menosprecio en el excelente estudio publicado en el tomo tercero de la reciente *Historia de la Literatura Argentina* (Peuser), confirmando su valoración estética del *Fausto* en oposición « a las sanciones dictadas por nuestro siglo en nombre de los ríanes hernandianos », con los dos autorizados juicios de Menéndez y Pelayo y Pedro Henríquez Ureña. Reproduzco entero el que da el segundo, humanista tan sabio como ponderado, en *Las Corrientes Literarias en la América Hispánica* (México, 1949): « Críticos con una idea limitada de lo 'real' han objetado esta fantasía del poeta. Pero tenga o no visos de probabilidad la aventura del Pollo, la historia está magníficamente contada. Es tan clara y sencilla como los cuentos escritos o arreglados por Tolstoi para los mujiks; la conversación de los dos gauchos es excelente y sus comentarios muy oportunos; por ejemplo, los que hacen a propósito de Siebel, el ridículo personaje que el libretista de Gounod introdujo en la trama; las descripciones de la naturaleza en Sudamérica, justificadas por la soltura de lengua del Pollo, son siempre deliciosas, especialmente el famoso cuadro del mar al amanecer [burlado por Lugones], ya inevitable en las antologías. Una graciosa imaginación y un delicado humor son cualidades permanentes de este poeta ». (pág. 148).

Mi humilde propósito es otro: poner junto a los otros críticos, entre quienes incluyo a Arrieta como atento intérprete del poema, mi propia estimación, nacida, no de la

jactancia de mejorar lo ya dicho, sino de mi admiración por el feliz hallazgo de Del Campo.

Lugones define la composición de Del Campo « una parodia », « género de suyo pasajero y vil », agrega, calificación que asombraría por lo arbitraria cuando no supiéramos que tales arbitrariedades fueron frecuentes en los juicios estéticos y políticos del grande escritor. ¿Por qué ha de ser necesariamente vil la parodia? El poema burlesco ha sido con frecuencia la parodia del poema épico, y no pocos, cuyo elenco reputo superfluo, cuentan como estimadas joyas en todas las literaturas, a partir de *La Batracomiomaquia*, significativamente atribuida al propio Homero, aunque no le pertenece. Un ejemplo muy significativo: en la literatura italiana es altamente celebrada la *Macarronea* de Jerónimo Folengo, alegre, original parodia de los poemas caballerescos — de los cuales ya hay visos de parodia en el Pulci, en el Boiardo y en el *Orlando Furioso* —, antecedente sabido, la *Macarronea*, de las creaciones de Rabelais y acaso de Cervantes, escrita además en una lengua de invención personal sin precedentes en gramáticas y diccionarios, a su vez parodia del latín y del italiano. Doble parodia, pues. Francisco de Sanctis, que no partía de prejuicios, escribió: « Este realismo rápido, nutrido de hechos, sobrio de colores, hace de Merlín (se refiere al seudónimo muy difundido de Folengo), el escritor más próximo a la manera de Dante, sólo que Dante a menudo esboza y aquél diseña hasta acabar la representación ».

¿Condenaría con igual dureza Lugones el poema caricaturesco, por ejemplo, entre tantos, el *Atta Troll* de Heine? Pues ¿qué sino sátira o caricatura de las efusiones nocturnas románticas es el « Himno a la Luna » del poeta del *Lunario Sentimental*?

No hay ni géneros ni especies literarias viles : aun a los más humildes las redimirán de su intrascendencia la naturalidad, la viveza de la representación, la sinceridad y el calor en la expresión de los afectos, la fuerza, la gracia, la ternura.

Volveré brevemente a propósito del *Fausto* sobre la otra cuestión : el estrecho criterio positivista y realista con que Lugones, nada menos que un poeta, y quienes sostienen el mismo criterio, han considerado la verdad del argumento. Es « imposible » que un gaucho comente « una ópera trascendental cuyo argumento es un poema filosófico ». De paso observemos que muy pocos oyentes de la ópera de Gounod saben del poema de Goethe. Van a ver una acción viva y mágica, no filosofía proyectada en acción. Y van a oír cantar, ello es seguro. ¿Es real que Dante descendió al infierno acompañándose con Virgilio ? Tampoco parece posible que un aldeano zafio tenga el ingenio de Sancho o que dos jovencitos como Romeo y Julieta hablen un lenguaje tan enjoyado de preciosas imágenes ; ni se ha visto nunca hablar a las bestias como lo hacen en tantas fábulas, poemas y novelas. Tampoco es real y posible que un achacoso doctor se convierta en un gallardo mancebo. Excúsense más ejemplos, multiplicables hasta lo infinito.

Pero la cuestión que propone la relación de Anastasio el Pollo conviene considerarla desde otro punto de vista, a mi juicio, superior. No, conforme a las observaciones baladíes de si el gaucho se habría atrevido a entrar en el teatro o habría entendido una palabra o se habría dormido con la música para él atroz. El Pollo es apenas un pretexto, válido en arte, para interpretar burlescamente, dígame en estilo de parodia, una acción seria. Esa interpretación no pretende

ser sino la del mismo Del Campo, a quien se le ocurrió mirar el espectáculo encarnándose en un paisano¹. La visión cómica de la vida no es menos legítima que la trágica; lo es en arte la caricatura. Que el que habla por boca del Pollo es Del Campo, lo prueba la interpretación de algunas escenas, voluntariamente traspuestas por el poeta en imágenes criollas, no ya comentadas ingenuamente por su hechura. Así, la invención de que Margarita salía a ordeñar a la mañana y « él le maniaba la vaca »; o aquella otra que el Diablo, despedido en el primer acto por Fausto, para no irse alegaba gastos de viaje; o cuando Mandinga le promete hacerlo más rico que Anchorena o le pregunta, « diga: ¿quiere ser gobierno? ». Al mismo género de ocurrencias arbitrarias que, ciertamente no pudo oír el Pollo en las para él ininteligibles romanzas de Mefistófeles y Fausto, pertenecen la ida de Valentín a la guerra del Paraguay y su regreso « en comisión », los paisanos que disparan « a dar parte » en el duelo entre el Diablo y Valentín, Fausto pidiéndole a la rubia que lo acompañe « a un cielo », ésta, espulgando un rosal « por la hormiga carcomido », el « bastonero mamao » (según era de estilo) que invita a bailar una « balsa (o valsa, femenino entonces

¹ Nuestro colega Ángel J. Battistessa exhumó años atrás un curioso documento olvidado en un número de *Los Debates* del año 1857, una prefiguración de la invención del *Fausto* en una relación del mismo Del Campo, escrita y publicada nueve años antes con motivo de la representación de la ópera *Saffo*. Confronta ambos textos con atinadas consideraciones Arrieta en el estudio citado. De escaso valor poético y muy inferior a la relación de Anastasio el Pollo, aunque más « real », pues allí el autor poniéndose realmente a la altura de la comprensión de un paisano, explica con detalles convincentes cómo éste se decidió a entrar en el teatro, prueba que Del Campo venía acariciando desde hacía tiempo la idea de dar sobre una ópera sus impresiones en lenguaje criollo, y que, por tanto, el *Fausto* no fué una improvisación del momento.

corriente de vals) general », y el diálogo entre Satanás y la vieja : « ¡ Avemaría ! ... — ¡ Sin pecao ! ¡ Dentre, señor ! — ¿ No hay perros ? ¡ Ya los ataron ! ». Al mismo linaje de trasposiciones cómicas pertenecen el Diablo pidiéndole a la vieja que le muestre un chanco y *largándola* después « jendiendo entre algún maizal » ; el mismo cantando « décimas » en la guitarra ; la rubia, cuya casa queda « en la vedera de enfrente » de la iglesia, rezando « cuatro credos », y la preparación, al redoble del tambor, « del cuadro » que la había de fusilar.

Desahogos líricos sobre el amor como el intercalado entre los versos 669 y 724 o sobre el destino de las mujeres (vv. 1137-1168) no pretendió sin duda Del Campo que se los creyera del Pollo, por ser tan imposibles en la boca del paisano como que entendiera punto por punto el asunto de la ópera. Otro tanto puede decirse de la evocación animada de la mañana (vv. 849-880), que no se correspondía con la escenografía inmóvil ; y la del ocaso (vv. 1037-1064), rica de rasgos poéticos sugestivos, tales entre tantos, los de esta hermosa redondilla :

El toque de la oración
triste los aires rompía,
y entre sombras se movía
el cespó sauce llorón.

El valor poético del *Fausto* resulta indudable para quien no lo lea con sistemática prevención y afán destructivo. Es cierto que hay en él imágenes comunes en su conveniente sencillez, pero no pocas son de cuño propio. Del Campo sabe ver con originalidad de visión y lo acredita con imágenes gráficas, a veces nada más que con un verbo o un adje-

tivo. Desde el abrazo que « se pegaron » los dos paisanos, el Pollo y Laguna, mientras el overito rosao se rascaba refregando la oreja « en la clin del colorao », hasta el fin, en aquel frasco de ginebra echado, después del último trago, a un pocito « para que se quede boyando ». Abundan los detalles realistas : el Pollo pica el tabaco « por no pitarlo aventao » ; los pajaritos en la madrugada, « se descolgaban » al suelo (v. 867) ¹. La escena de la boletería está descrita con la más rigurosa precisión y justo colorido :

La gente del corredor
como hacienda amontonada,
pujaba desesperada
por llegar al mostrador, etc.

El muy conocido retrato del Diablo, trazado en dos solas redondillas, con « medias hasta la berija », tiene vida. Con gran verdad está descrito también el duelo entre el capitán Valentín, que « peló la lata », y Luzbel, que « peló un amojasao ». Cuando Fausto vió a la rubia, « enderezó como un loco », y más adelante « se le quería ir al humo ».

Como se ve, nada de retórica convencional ; sí oportunidad imaginativa y precisión de lenguaje popular, así como cuando llama « insulto » un accidente o síncope (v. 88), voz antigua registrada por el Diccionario académico, desaparecida del moderno uso literario ; banda, la orquesta : « rompió de golpe la banda » (v. 245), o por decir una mentira emplea

¹ Calixto Oyuela en su estudio sobre Del Campo (*Poetas Hispanoamericanos*, t. II, Academia Argentina de Letras, 1950), al señalar en el poema con fino olfato crítico algunos rasgos descriptivos subrayó especialmente ese verbo *se descolgaban*, humilde y exacto en muchos casos para caracterizar cómo caen de los árboles pesadamente y no al vuelo, los pajaritos.

la expresión criolla « soltar una guayaba » (v. 90) y por desplumar en el juego, « pelar la chala » (v. 153). Anoto solamente unos pocos ¹.

Hay, pues, en el *Fausto* un doble juego : el autor le presta al Pollo una interpretación de la ópera que, si bien traspuesta con espíritu travieso a los modos de ver las cosas del paisano, era la suya ; suyas son también las efusiones líricas y las melancólicas reflexiones filosóficas sobre el amor y la mujer, descendidas a un nivel medio entre la elocución literaria culta y la imaginación rústica ; sin embargo, al describir sucesos y cosas adopta con arte habilísimo el lenguaje posible de un gaucho. Los « cobres » con el cuento de la guerra « andan matreros » ; el Pollo es « jaca vieja » (gallo de riña, TITO SAUBIDET, *Diccionario y Refranero Criollo*) « con las púas como anzuelo », y se figura al Diablo « jediendo a misto » ; Fausto, « al ñudo pastoriaba » a la rubia ; don Silverio (Siebel) andaba con Valentín « viendo de hacerlo cuñao » ; en la difundida descripción del río (también comparado con el mar por Ascasubi, *vide* Tiscornia) el barquito cruza « con viento en la anca ». Podrían multiplicarse los ejemplos.

¹ Me valgo de la edición de Eleuterio J. Tiscornia en *Poetas Gauchescos : Hidalgo, Ascasubi, Del Campo*, (Losada, 1940), y de las ilustraciones históricas, geográficas y lingüísticas del texto hechas por el autorizado comentador del *Martín Fierro*. Las lingüísticas confirman como Del Campo, si bien hombre de la ciudad, usaba con propiedad el vocabulario criollo, que le venía principalmente de la lectura atenta de Ascasubi y también de Hidalgo. Cuando Ángel J. Battistessa publique su prometida edición comentada del *Fausto*, sin duda enriquecerá con nuevas ilustraciones el hermoso poemita, así como ha hecho con su magistral estudio sobre el *Martín Fierro* (*Historia de la Literatura Argentina*, Peuser, t. III) y en su asimismo reciente edición crítica del poema de Hernández (Peuser, 1958).

El humor es siempre espontáneo, de buena ley. Hay salidas muy ingeniosas. Recuérdese la que suscita la mención del doctor Fausto: « — ¿Dotor, dice? / Ceronel de la otra banda, amigaso; / lo conosco a ese criollaso / porque he servido con él »; o la pregunta de Laguna cuando el diablo engatusa a Fausto: « — ¿No era un dotor muy profundo? / ¿Cómo se dejó engañar? » Y más adelante, cuando Fausto firma el papel: « — ¡Dotor, y hacer ese trato! », con la respuesta del Pollo: « Qué quiere hacerle, cuñado, / si se topó ese abogao / con la horma de su zapato! ». O aquella otra reflexión indignada de Laguna, cuando el Pollo ha contado que « con las flores de la güerta / y la cinta un ramo armó / don Silverio y lo dejó / sobre el umbral de la puerta »: « ¡Que no cáirle una centella! / — ¿A quién? ¿Al sonso? — Pues digo ... / ¡Venir a osequiarla, amigo / con las mismas flores de ella! ».

Cualquier literatura se honraría con un poema como el *Fausto* de Estanislao del Campo. Merece por la concepción, la unidad del desarrollo, háyase o no formado el poema por yuxtaposición de fragmentos, tal como lo supone Arrieta, la oportunidad del lenguaje, el gracejo, las felices efusiones líricas, el lugar que le asignó y sigue asignándole la crítica más autorizada. Si « la crítica ortodoxa de la poesía gauchesca », como la llama Arrieta, rechazara la proximidad del *Fausto* al sagrario donde se venera el *Martín Fierro*, trasládese, pues, rompiendo la tradicional división de la poesía argentina en la de lengua culta y en la gauchesca, al género que mejor convenga. Abrámosle un capítulo aparte: el poema burlesco. La Argentina se señalará entonces en la literatura hispanoamericana con uno no impar a las *Tradiciones de Guatemala* de Batres Montúfar y ciertamente superior a *La*

Malambrunada del uruguayo Acuña de Figueroa. Pero aquella expulsión del *sanctasancctorum* no es necesaria. Porque la poesía gauchesca se desenvuelve en una línea de desarrollo en la cual todas sus piezas se ajustan: Hidalgo, Ascasubi, del Campo, el uruguayo Lussich, Hernández, deudores cronológicamente unos de otros, cuando no sea por otra cosa, por el estímulo recibido.

ROBERTO F. GIUSTI.

OBSTÁCULOS Y ESTÍMULO A LA INVESTIGACIÓN CIENTÍFICA

PAPEL E IMPORTANCIA DE LA INVESTIGACIÓN CIENTÍFICA Y TÉCNICA

Estamos en una era científica de la civilización y puede afirmarse que la jerarquía y el poderío de una nación dependen en grado fundamental de su desarrollo científico y técnico en perpetua evolución.

De la investigación científica dependen la salud, el bienestar, la riqueza, el poder y hasta la independencia de las naciones. La investigación científica es la fuente que alimenta las ciencias aplicadas y las tecnologías. Por eso, si la investigación científica fundamental es pobre o languidece, las ciencias aplicadas y las tecnologías industriales o agrarias se estancan o retroceden o mueren.

El desarrollo de la ciencia básica y aplicada es un factor de importancia capital e ineludible de nuestra vitalidad presente y futura como nación. Nos permitirá sobrevivir y progresar en medio de una competencia mundial en que triunfan los que tienen mejores y más numerosos hombres de ciencia y técnicos y les proporcionan medios para que trabajen bien e intensamente.

Por desgracia estas nociones fundamentales sobre el sig-

nificado y la necesidad de la investigación no son conocidas y comprendidas suficientemente por la mayor parte de la población, muchos políticos o gobernantes y aun numerosos universitarios. Es que tenemos poca tradición en este campo y nuestro pueblo no está aún suficientemente informado de estos problemas, como lo está en los Estados Unidos, Gran Bretaña, Rusia, Alemania y otras naciones progresistas.

Estuvimos acostumbrados a la idea de que forzosamente debíamos importar conocimientos y técnicas producidos y elaborados en otros países. Pero debemos saber que si una nación depende exclusiva o excesivamente de las otras, tendrá un desarrollo lento y será atrasada y débil para adelantar en medio de la competencia mundial. Sin investigación pura y aplicada no hay auténtico adelanto técnico posible y el país quedará en posición subordinada. Si un país no se esfuerza en dar a la ciencia el lugar que merece, tarde o temprano se transformará en una colonia.

El papel social de la Ciencia se ejerce en los planos intelectual, técnico, cultural y moral.

En el plano intelectual, la investigación científica nace de la irresistible sed de conocer y saber, propia del espíritu humano, que quiere comprender al hombre y al mundo que lo rodea.

En el plano moral recordemos que, como dijo Pasteur, « lo que modifica y hace progresar el mundo no son tanto las leyes y la política, sino principalmente algunas verdades científicas y sus aplicaciones ». Pero es indispensable que las aplicaciones de los descubrimientos científicos se hagan de acuerdo con sanas normas morales. Ellos deben llegar, lo más rápidamente posible, a beneficiar el mayor número de seres humanos. Han de emplearse sólo para el

bien, para ayudar y construir, nunca para el mal, para oprimir, dañar, destruir o matar.

Nuestros esfuerzos deben estar impregnados, como bien dice Bronk, « por la devoción a la creencia de que el adelanto de la ciencia enriquece la vida intelectual y espiritual del pueblo de nuestro país, ensancha y hace más profunda la calidad de nuestra cultura y ennoblece nuestros ideales nacionales »; o como dijo Pasteur, « el cultivo de las ciencias en su expresión más elevada es quizá más necesario para el estado moral de una nación que para su prosperidad material. Los grandes descubrimientos, las meditaciones del pensamiento en las artes, las ciencias y las letras, en una palabra, las diversas obras desinteresadas del espíritu y los centros de enseñanza destinados a hacerlas conocer, introducen en el cuerpo social entero el espíritu filosófico o científico, ese espíritu de discernimiento que somete todo a un razonamiento severo, condena la ignorancia y destruye los prejuicios y los errores. Las ciencias elevan el nivel intelectual y el sentimiento moral de los pueblos ».

En el plano cultural, porque si la cultura es el resultado o efecto de cultivar los conocimientos y aptitudes humanas y de afinarlos por medio del ejercicio, no puede haber cultura que pretenda dejar a un lado la ciencia. Tampoco puede haber cultura si sólo se estudian intensamente ramas especializadas de la ciencia y se desconocen los demás frutos del espíritu o el arte o la moral. Una verdadera cultura es la integración de los sistemas de valores humanos superiores de una época. Por fin, los recursos de la ciencia permiten la difusión amplia de la cultura en todo el mundo.

En el plano técnico, la ciencia ha transformado al mundo. La vida humana es más larga y más sana, gracias a los des-

cubrimientos de las ciencias fisiológicas, la nutrición, la higiene, la sanidad y la medicina científica. La vida media era de 40 años en 1901, se alargó a 67 en 1948 y ha aumentado más hasta hoy. Se han contenido la mayor parte de las grandes epidemias y endemias, la mortalidad infantil o por infecciones. Mejoraron la nutrición, la medicina preventiva y la curativa. Se descubrieron vitaminas, hormonas, quimioterápicos, antibióticos, insecticidas e isótopos. Fue posible la cirugía, cuyos métodos son cada vez más audaces y benéficos.

El perfeccionamiento de la agricultura y la industria ha aumentado la cantidad y calidad de los alimentos. Ha permitido mejorar las tierras y aumentar su producción con productos o máquinas y diversos recursos científicos. Sin embargo, debemos reconocer con pena que los métodos de la agricultura y la ganadería progresan lentamente en nuestro país, donde hay aún rendimientos mediocres o bajos. Esto es aun más doloroso, porque los precios de las materias primas que exportamos tienden a decrecer o se elevan poco, mientras que los productos elaborados y máquinas que importamos, tienden a ser cada vez más caros. Nos empobrecemos por ambas razones y porque no acrecentamos la producción mientras aumenta la población.

La ciencia es, por otra parte, la única esperanza para que la humanidad pueda alimentarse y sobrevivir ante la sobrepoblación creciente del globo terráqueo.

El aprovechamiento de la energía produjo el desarrollo industrial, aumentó la riqueza y permitió acortar las antiguas jornadas de trabajo que duraban de 12 a 14 horas. Los mejores transportes han permitido el intercambio intenso de alimentos, materias primas, productos elaborados, má-

quinas, etc. El transporte aéreo, marítimo y terrestre, el telégrafo, la radiocomunicación, la televisión y la imprenta, han permitido el amplio y rápido intercambio y difusión de las noticias, los conocimientos científicos y las obras del pensamiento y del arte, propagando la cultura en todo el orbe.

La historia muestra claramente que si un país no dispone de suficiente energía térmica, eléctrica, hidráulica o atómica no puede tener una democracia auténtica ni un alto nivel de vida.

Fue sobre todo después de la última gran guerra mundial cuando se comprendió, en todas partes, que la investigación científica proporciona fantásticas posibilidades y realizaciones. Por tal razón se dijo que es un campo de expansión que no tiene fronteras ni límites. Por eso todos los países destinan cuantiosos recursos a su fomento. Así los Estados Unidos, invertían en ella 110 millones en 1947 y gastaron 10.000 millones de dólares en investigaciones científicas y técnicas en 1957 o sea que invirtieron 2.3% de su renta nacional bruta. Esta cifra aumenta más o menos 10% cada año. De esto se invierte 1/8 en investigaciones fundamentales. Los fondos provienen en un 60% de la industria, un 30% del Gobierno y un 10% de otras instituciones.

Se calcula en 900.000 el número de científicos y técnicos de los Estados Unidos y en 120.000 los de la Gran Bretaña. Esta país gradúa cerca de 10.000 por año y Rusia unos 120.000.

Los resultados que proporciona la investigación científica y técnica son extraordinarios. En las industrias químicas y del petróleo se recuperaron por año 100 a 200%, en dóla-

res, del capital invertido en investigaciones, y eso durante 25 años, o sea que se obtuvieron 2.500 a 5.000 dólares por cada 100 gastados en investigaciones.

NUESTRA SITUACIÓN ACTUAL

La situación de la Argentina es de grave deficiencia, pues nos faltan hombres de ciencia y técnicos idóneos de la calidad y en la cantidad necesarios. Ellos representan el capital más esencial de una nación moderna. Por eso debemos formarlos, perfeccionarlos y conservarlos, repatriar los que se han ido y evitar que se vayan otros. En un tiempo exportábamos carne y cereales, con beneficio pecuniario, pero ahora exportamos parte de nuestros pocos científicos y técnicos y esto es un desastre y un empobrecimiento para el país.

La investigación fué pobre durante los últimos quince años, pero en los tres últimos se ha iniciado un movimiento renovador que ya comienza a dar frutos. Las universidades han creado Departamentos e Institutos de investigación, con asistentes *full time* y con medios de trabajo. Hay más laboratorios de investigación oficiales, privados o industriales. Por fin se han creado Consejos para fomentar la agricultura y las artes y está ya en acción el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, tantos años ansiosamente anhelado. Fué creado por el Gobierno del general Aramburu y el almirante Rojas y comenzó sus funciones durante el Gobierno actual que lo apoya decididamente en sus propósitos y su obra.

HOMBRES DE CIENCIA

Hombre de ciencia es el que dedica su vida a la ciencia y tiene por misión descubrir la verdad o sea nuevos conocimientos por medio de investigaciones originales. Quien ejerce una profesión como ser un ingeniero o un médico, no es sólo por eso un hombre de ciencia, aunque esas profesiones se basan en conocimientos científicos. Sus tareas absorbentes no les permiten, en general, la concentración mental y el tiempo necesario para dedicarse a la investigación. Pero, sin embargo, algunos profesionales realizan descubrimientos básicos, aunque en general más bien hallan y perfeccionan aplicaciones útiles.

Esto no quiere decir que ser hombre de ciencia sea una jerarquía superior a la profesional, porque en cualquiera de esas profesiones se puede alcanzar méritos y realizar obras del más alto valor social. Lo que confiere jerarquía es la calidad individual y la de la obra realizada, en cualquier campo de actividad, ya sea por un artesano, profesional u hombre de ciencia. Puede haber buenos y malos médicos y buenos y malos hombres de ciencia.

Los auxiliares de laboratorios y el personal adiestrado de las industrias constituyen trabajadores científicos o técnicos indispensables para el adelanto de la ciencia y las técnicas.

OBSTÁCULOS A LA INVESTIGACIÓN CIENTÍFICA

El primero y muy serio es el conocimiento defectuoso de lo que es la investigación científica, su significado y su utilidad. Sin embargo, estas nociones han penetrado ya en la

Universidad, se difunden entre los hombres cultos y los gobernantes y van alcanzando a la masa popular.

Otra resistencia proviene de que se quiere sólo ayudar lo inmediatamente práctico y rechazar por teórico o académico o inútil todo conocimiento que no se aplique en seguida. Los que tal piensan ignoran que todo conocimiento nuevo tendrá aplicaciones con el tiempo. Casi todas las grandes aplicaciones provienen de algún estudio teórico previo cuya importancia no se sabía ni sospechaba al principio.

Más graves son los defectos que crea una enseñanza mal orientada, a base de clases teóricas y exámenes. Ese método arcaico y nocivo hace que los alumnos estén obligados a estudiar lo que interrogarán los profesores para aprobar exámenes, lo cual les permitirá obtener un título del cual se espera erróneamente que confiera mágicamente una capacidad no adquirida en los estudios y una posición económica y social brillante o segura. En países más adelantados se trata de adquirir, sin pérdida de tiempo, la mayor capacidad real, pues de ella dependerá el éxito futuro en la vida y no sólo del título.

Si se pregunta a un estudiante argentino por un profesor, mencionará lo que le preguntó en el examen y como lo clasificó. Un estudiante de un país adelantado recordará lo que aprendió con él y los descubrimientos que realizó ese maestro.

En las buenas universidades la enseñanza es todo y el examen no tiene importancia ni para el alumno, que se eligió bien, ni para el profesor, que ya lo conoció durante el año. Aquí las Universidades en vez de casas de estudio se han convertido en parte en casas de exámenes y de política.

El alumno está obligado a estudiar para aprobar exáme-

nes y no para instruirse; y cuando los aprueba trabajosamente, si es mal estudiante, rompe el programa. Vive en cierto grado de neurosis poco antes de la prueba y sólo ansía prórrogas de fecha, muchos períodos de examen y examinadores complacientes (los cuales no son, siempre, ejemplos de moral).

Los defectos de ese sistema de enseñanza crean disconformidad en los alumnos. La importancia y frecuencia excesiva de los exámenes dificulta el estudiar bien. Ambas causas crean tensiones y hostilidades de los alumnos hacia los profesores. Son la causa de los desórdenes periódicos y facilitan la intromisión demagógica y de la mala política. Todo esto es incomprensible e inconcebible en los países más civilizados. Entre nosotros cuando nuestra enseñanza sea buena, los alumnos bien elegidos y capaces, los profesores sobresalientes y los exámenes sean cosa accesoria, tendremos buenos graduados y no habrá más desórdenes estudiantiles.

Entre nosotros muchas veces se busca el título porque otorga privilegios profesionales y porque concede un valor social, ya que el título de doctor confiere prestigio en un país en el que no hay títulos de nobleza.

Hay la errónea idea de que la enseñanza es la transmisión de un saber adquirido, inmutable y definitivo. Esto la hace rutinaria, pasiva, basada en la memoria verbal. Por el contrario, ella debe basarse en el contacto con los hechos, desarrollar el espíritu crítico, el juicio propio y la capacidad de aprender durante toda la vida. Porque los conocimientos se amplían y perfeccionan incesantemente y el universitario debe estar preparado para seguir esa evolución, estudiando y aprendiendo durante toda su existencia, como autodidacto guiado por su propia experiencia, algunos cur-

sos de información sobre los conocimientos más nuevos, asistencia a Sociedades y Congresos y las buenas lecturas que es capaz de valorizar si estudió bien.

Nuestra enseñanza es en general dogmática y pasiva. No desarrolla en el alumno la noción de los deberes sociales : o sea los que tiene para consigo mismo, sus semejantes y con las futuras generaciones. Forma graduados muchos de los cuales son indecisos e inseguros, con poca iniciativa, que sólo aciertan a buscar puestos o apoyos de caudillos a quienes obedecen servilmente. O bien tienen una vanidad estéril y son muy individualistas e incapaces de cooperar.

Estos defectos existen en grados variables, pero a menudo están atenuados por buenas cualidades. Una proporción de nuestros universitarios (15 a 20 % quizás) tiene una alta preparación. Pero ésta hubiera podido ser mejor, y hubieran aprovechado mejor el tiempo, si hubieran existido mejores orientaciones y métodos de enseñanza.

Una característica de nuestras universidades es la constante repercusión en ella de la política. Hubo conmociones cíclicas cada doce a catorce años, rara vez con más plazo ; así se produjeron en 1874, 1890-93, 1904-05, 1918, 1930, 1943, 1955, en general vinculadas con crisis políticas nacionales o mundiales. Es mérito de los estudiantes que en grandes momentos históricos de la América latina, se convirtieron en punta de lanza contra los dictadores y lucharon tenaz y heroicamente a favor de la restitución de la democracia. Por desgracia falta madurez política y cultural en gran parte de la población de los países latino americanos, que no conoce bien la historia, economía, sistemas políticos, principios sociales y filosóficos. Tiene tendencia a creer en lo irracional y esperar milagros. Fácilmente es presa de las

propagandas persistentes y sigue al que promete más o crea más esperanzas ilusorias, y que por eso gana siempre las elecciones. Está lista para adorar al mago u hombre providencial, al que sigue con fanatismo, sin querer reconocer la existencia de los tremendos y evidentes delitos que puedan haber cometido. Algunos dictadores latino americanos han sido luego reelegidos por sus pueblos, aunque siempre fracasaron la segunda vez. La masa popular cree que el presidente o los patrones son todopoderosos y pueden distribuir favores indefinidamente, si lo quieren; si no lo hacen cree que es porque no lo quieren o sea o que son egoistas o explotadores o incapaces. Cada grupo espera conseguir ventajas para él sólo, aumentar su salario y trabajar menos. Esto hace muy difícil el adelanto social, económico, político, científico y técnico.

Existe una agresividad e intolerancia continua, de palabra y de hecho. Se procura imponer cualquier demanda por medidas de fuerza, ocupaciones de locales, huelgas, agresiones, injurias o calumnias, etc.

Entre los estudiantes hay un supersticioso respeto por la Reforma Universitaria. En 1874 ella fue un movimiento estudiantil bien inspirado que tuvo éxito, para perfeccionar la enseñanza y mejorar la medicina. En 1905 tuvo dos fines: mejorar la enseñanza y cambiar el gobierno de las academias vitalicias por el de Consejos electivos. En 1918 tuvo fines varios: a) por un lado mejora de la enseñanza, elección de profesores por concurso o por carrera sistemática; y aumentó algo la investigación; b) por otro lado la intervención de los alumnos en los gobiernos de la Facultad, provocó la intromisión de la política universitaria nacional e internacional en los centros estudiantiles.

Pronto descubrieron los partidos que la enorme masa estudiantil es una fuerza activa importante, fácil de enardecer con palabras sonoras, *slogans* o siglas, que es capaz por su edad dinámica de organizar una propaganda activa. Por desgracia se usaron, a veces, mentiras, calumnias, compras de caudillos (en general estudiantes crónicos); hubo campañas venales para elegir algunos candidatos a profesores, etc. A veces se designaron candidatos complacientes, que no siempre eran los mejores.

Estos movimientos desaparecerán cuando tengamos mejores universidades y profesores. Son incomprensibles e inconcebibles en los países más adelantados del mundo.

Los movimientos estudiantiles han dificultado o impedido la buena selección de los alumnos ingresantes, la adecuación del número de alumnos a la capacidad docente de las escuelas y la mejora consiguiente de la enseñanza. Lo curioso es que la selección de alumnos se practica en casi todos los países de Europa, Rusia, Estados Unidos y varios de América. En otros hay una selección indirecta por cursos previos. Los pocos países que no tienen esos adelantos, gradúan masas de profesionales con preparación mucho más desigual y a veces deficiente, mientras que los buenos alumnos no pueden estudiar bien por el estorbo de los que estudian poco o mal.

La versión más moderna de la Reforma es lo que se llama gobierno tripartito de las Facultades, por Consejos formados por igual número de profesores, estudiantes y graduados. Estos últimos son una pequeña minoría de los profesionales, en general jóvenes y con militancias políticas e ideológicas. Este sistema es ilógico y absurdo, pues no pueden gobernar una universidad los que por sus estudios y experiencia son aun muy incompetentes.

Sin embargo, en la etapa actual de nuestra evolución universitaria, por varias razones creo aun conveniente que en los Consejos directivos existan uno o dos delegados estudiantiles, siempre que sean buenos alumnos regulares de los últimos años.

En varias conferencias y escritos he analizado con detalle algunos de los numerosos factores que han hecho lento el adelanto de la ciencia en la América latina. No es necesario que los repita hoy de nuevo, pero enumeraré algunos : ignorancia, misoneísmo, inestabilidad, falta de medios, vanidad, defectos técnicos, defectos intelectuales, defectos morales, faltas de carácter y de personalidad.

ESTÍMULOS A LA INVESTIGACIÓN

El hombre de ciencia es una planta delicada que solamente prospera en un terreno especial, mediante un cultivo largo y difícil, en contacto con maestros sobresalientes. No se improvisa ni nace por generación espontánea. Como cumple un papel social, debe ser formado y sostenido por el estado y los ciudadanos cultos. Debe merecer el respeto y la consideración de sus compatriotas.

La formación de los hombres de ciencia y la ayuda a las investigaciones, están a cargo de la Universidad, las instituciones privadas, las instituciones industriales, las asociaciones y Fundaciones especiales y los Consejos de investigaciones.

Universidad : La Universidad es el principal centro de creación, conservación, coordinación y difusión de los conocimientos y le está confiada la formación intelectual, del carácter y de las profesiones y la técnica superior. Halla

nuevos conocimientos mediante la investigación básica, que es función que le corresponde. Los difunde por una enseñanza que desarrolla la iniciativa y el juicio propio y que capacita para instruirse toda la vida y obrar acertadamente. Es la base del progreso técnico porque debe preparar los profesionales y técnicos e investigadores que necesita el país.

La formación de buenos profesores e investigadores sobresalientes es fundamental para el adelanto del país, pues hombres de quinta clase no producen generalmente discípulos de primera clase sino de quinta o sexta clase.

En una buena universidad los profesores y sus auxiliares se consagran exclusivamente a la docencia e investigación. Realizan investigaciones originales y forman investigadores. La enseñanza es objetiva, razonada e individual y desarrolla el espíritu científico. Forma hombres superiores por su capacidad, su cultura, su conducta y su interés social. Ayuda intensamente a la formación y adelanto de los jóvenes, mediante becas de iniciación o perfeccionamiento. Posee medios de trabajo y bibliografía adecuada. En síntesis, se reconoce que una universidad es de clase superior porque realiza investigación original, forma los mejores graduados, es innovadora y progresista, tiene profesores *full time*, buena biblioteca activa y laboratorios donde se trabaja intensamente en problemas nuevos.

Durante los últimos quince años las universidades argentinas sufrieron retrocesos múltiples y graves. Se expulsaron miles de los mejores profesores y personal docente, la enseñanza decayó, por lo que las nuevas generaciones se formaron con marcadas deficiencias y las invadió el desaliento. Pero desde 1955 se está produciendo un renacimiento profundo, se reintegraron o eligieron profesores capaces y dig-

nos, se restableció la libertad académica, se designaron profesores y asistentes *full time*, se les dieron mejores medios de trabajo, se crearon becas para ayudar a los jóvenes capaces, y se desarrollaron numerosas iniciativas progresistas. Esto ha producido una verdadera revolución espiritual entre los jóvenes, que se han vuelto emprendedores y entusiastas y muestran ansias de aprender y perfeccionarse. Con ello se despertó una esperanza firme y promisoría para nuestro adelanto, que ya rinde sus frutos.

La ayuda privada tuvo y sigue teniendo importancia fundamental para nuestro desarrollo científico. Los laboratorios privados han tenido un gran papel en nuestro país. Los mueven ideales superiores desinteresados y están libres de trabas burocráticas y otras influencias perturbadoras. Por eso su acción es más libre, más rápida y eficaz. Durante los quince años últimos han sido centros principales de la investigación científica, que estaba muy disminuída en las universidades e institutos oficiales. También proporcionaron los profesores capaces necesarios cuando cayó el régimen despótico y corruptor que soportábamos.

La ayuda privada sigue teniendo importancia fundamental para el desarrollo científico del país. Entre los Institutos particulares de investigación activa citaré el Instituto de Biología y Medicina Experimental, creado y ampliamente apoyado por la Fundación Juan Bautista Sauberán; el Instituto de Bioquímica de la Fundación Campomar; el Instituto de Investigaciones Médicas de Rosario; el Instituto de Investigaciones Médicas Mercedes y Martín Ferreyra, de Córdoba, cuyo local fué construído por la familia Ferreyra y cuya labor es sostenida en forma ejemplar por los Rotary Club del interior del país; el centro de Investigaciones Car-

diológicas de la Fundación Grego ; el Laboratorio Pío del Río Hortega de la Fundación Roux ; los laboratorios de investigación sostenidos por el señor T. J. Williams, y otros.

Se han instalado también algunos laboratorios industriales que realizan obra importante en las investigaciones científicas aplicadas ; ellos son ayudados con medios adecuados. La industria subvenciona también ya y seguramente lo hará cada vez más, con subsidios o materiales, a los instituciones universitarias o privadas que fomentan la investigación o la educación científica.

Se habla mucho entre nosotros de aumentar la producción nacional, pero se olvida que ello no será posible, por más dinero que se invierta, si no contamos con el principal capital de un país o sea los hombres de ciencia y técnicos verdaderamente capaces.

Las Asociación Argentina para el Progreso de las Ciencias, fundada en 1933, ha desempeñado un papel esclarecedor y ha ayudado a la formación de investigadores y a la realización de sus trabajos y estudios. Otorgó 123 becas externas, 221 internas y 300 subsidios para facilitar trabajos experimentales. Difundió conocimientos sobre el papel de la investigación y la manera de fomentarla y realizó reuniones científicas nacionales. Gran número de las personas que favoreció han descollado más tarde y ocuparon u ocupan posiciones eminentes en la docencia, investigación, industria o administración.

Todos los países europeos, norteamericanos y algunos de Sud América, han creado Consejos de investigaciones científicas y técnicas. Hasta hace poco la investigación se había realizado en grado insuficiente entre nosotros, en pocos sitios y por escasos hombres de ciencia, en las universidades, ins-

titutos oficiales, privados e industriales. Pero en 1958 se produjo un cambio importante al organizarse un Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas tanto tiempo solicitado. Su creación debió al general Aramburu y al almirante Rojas, apoyando el pedido de la Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales y de numerosos investigadores. El Consejo comenzó a funcionar durante el Gobierno actual, y el Presidente doctor Arturo Frondizi lo apoyó y estimuló decididamente su obra. Este organismo permitirá desarrollar en forma más amplia y metódica el estímulo a la investigación científica básica, la educación científica y técnica y la formación de investigadores y técnicos que tanto necesita nuestro país. Su presupuesto actual es de 103 millones, y se proyecta elevarlo a 170 millones. En 1959 ha concedido 52 becas externas, 34 becas internas y se tienen aún en estudio 150 candidatos a éstas últimas. Las becas están destinadas a ayudar a todas las regiones del país.

Además de estas becas, cuyo fin es descubrir y estimular las vocaciones, formar investigadores y ampliar o perfeccionar sus estudios, se han dado subsidios para realizar los planes de investigación que ofrecen probabilidades satisfactorias por los temas, los medios de trabajo y sobre todo por los antecedentes y capacidad demostrada por los investigadores que las realizan y quienes las dirigen.

Deben darse becas a los que ya han demostrado capacidad y enviarlos a trabajar con investigadores sobresalientes. A su vuelta deben tener asegurada una posición y medios de trabajo, con un sueldo suficiente. Si no se llenan estas condiciones, se malgasta el dinero, se cultiva y consolida la mediocridad y se crean desadaptados sociales.

Debe aconsejarse que se eleve el nivel científico de las uni-

versidades nacionales y las reparticiones oficiales que se ocupan de problemas científicos.

Propiciará que se mejoren los métodos de enseñanza científica y técnica en todos los niveles: primario, secundario y superior. Uno pocos centros modelos bastan para revolucionar un país y lanzarlo al progreso, como sucedió en los Estados Unidos con la creación de la Escuela de Medicina de la Universidad de Johns Hopkins.

Deben hallarse precozmente a los jóvenes dotados para la ciencia y ayudarlos en sus estudios. Debe asegurarse el acceso a los estudios científicos y técnicos al mayor número posible de jóvenes capaces y con vocación. La selección inicial debe ser seria, para que los que no están preparados para esos estudios y los realizan mal, vayan a otras actividades donde tendrán éxito y serán útiles a la sociedad. El ideal es que todos estudien, pero cada cual en el asunto de su verdadera vocación y capacidad.

En todos los grados de la enseñanza y en especial en la enseñanza superior, deben implantarse métodos para la formación metódica y seria de técnicos e investigadores. Es preciso organizar carreras especiales para la formación de investigadores y técnicos capaces.

Las disciplinas científicas y técnicas necesitan maestros estimulantes. Como aconsejó recientemente la célebre Académie des Sciences, no deben reclutarse sólo personas con aptitudes auténticas para las ramas abstractas, sino también hombres aptos para la observación y experimentación. Por ejemplo, al lado de algunos físicos teóricos sobresalientes, necesitamos muchos físicos experimentales capaces en diversos campos y no sólo en energía atómica.

El Consejo puede contribuir, por un tiempo limitado, al

sostenimiento de profesores extranjeros contratados con el fin de orientar e instruir a jóvenes universitarios en métodos o problemas específicos de la investigación científica, especialmente si no están suficientemente adelantados en nuestro país.

Se está realizando un censo permanente del personal científico, laboratorios, instrumentos, bibliografías, etc.

El Consejo facilitará la información bibliográfica, la coordinación y cooperación de las bibliotecas científicas, la preparación de un catálogo de las revistas y publicaciones científicas existentes en el país, consignando el sitio donde se encuentran. Esta última tarea está ya en marcha y una conferencia realizada en septiembre de 1958 estudió la manera de realizar estos propósitos.

Se patrocinarán o auspiciarán reuniones internas o internacionales, coloquios o simposios y los congresos de gran jerarquía. Se restablecerán las relaciones con las principales uniones científicas internacionales. Se fomentará el intercambio de informaciones científicas dentro del país y con instituciones o científicos extranjeros. Se subvencionarán, en parte, algunas revistas de alto valor científico.

Se ayudará la labor de investigación de laboratorios acreditados. Más tarde se estudiará si conviene que el Consejo organice laboratorios propios que sean necesarios y no dupliquen los existentes. Esta iniciativa, para ser provechosa, exige científicos de alta calidad en plena producción original, y es muy costosa.

Toda esta obra está en marcha y se desarrolla en forma gradual. Se espera que rendirá pronto resultados de positivos valor.

Aunque nuestra situación científica no sea satisfactoria,

pues es aún de seria deficiencia, debemos ser optimistas y luchar sin descanso por el adelanto científico y técnico del país. Ya hemos formado algunos hombres de ciencia auténticos que han podido sostenerse y trabajar bien. En los últimos dos años se han producido grandes adelantos promisorios. Pero nuestra principal esperanza está en que la juventud ha vuelto a recuperar el entusiasmo y da muestras de idealismo y ansia de superación. Debemos ayudarla a que se eduque bien, para formar pensadores, hombres de ciencia y técnicos de alta capacidad y en cantidad suficiente. Habrá que darles medios de trabajo y estimular sus iniciativas. Sólo así, por un esfuerzo tenaz de todos, dirigido por hombres preparados y con clara visión del futuro, podremos hacer adelantar a nuestra patria para que alcance los más altos destinos.

BERNARDO ALBERTO HOUSSAY.

POEMAS

Miras sobre los móviles que allá abajo conducen,
para avenirte solo, dejaste los vergeles,
los plácidos convites, la apariencia halagada,
dejaste el ocio fácil como un usado traje,
te encuentras en el centro de centelleantes ojos,
el ardor de acercarte se atreve a contemplarlos,
ya no habrá engaño, tienes la voraz transparencia ;
no podrán conocerte si vuelves, has sabido ;
ya no eres del Oeste, ni del Sur ni del Norte,
el Oriente ha quedado crédulo en verdes valles ;
las normas que trajiste, cambiaron una a una,
mas tú te reconoces, las felices moradas
estrechas de tu infancia no están en esos lindes,
el abejón que labra sus horadados nidos,
aún ebrio de polen y de miel, los ignora.
¿Dónde posar tu frente? ¿Qué umbral será posible?
Nuestro querer callamos : toca el silencio próximo
las cimas del trayecto donde los vuelos pacen.

*

Entro siguiendo el río por la hondura del bosque,
quebradas las cortezas sienten los largos años,

el musgo de la piedra tiene frescor de sombras ;
ya no he de ser ajeno ; porque me uní a las ramas
el dédalo ha cedido ; juego de antenas ágiles,
viene, gira el insecto, los genios lo pintaron,
las franjas de la tinta miden la externa seña,
nerviosa joya, atisba, da su matiz cambiante,
trasciende en los colores que aviva o aminora ;
diseña, unido el antro la levedad del cáliz ;
concedido descenso me trae a hallar el ansia
en la delicadeza del pincel ; descubierta,
aspira, asoma al aire, y oigo mi ser concorde
por un común idioma de este oculto entenderse,
habla en la grieta un hálito, tierna la espiga brota ;
nacido ayer, en viejos milenios crece el fruto.



Invitado a la mesa, fuiste el igual, supiste
que el todo es cita idéntica en el redondo roble ;
en fiel amor llegaste donde nunca estuviste,
tu emblema sigue el halo de la familia noble,
la que asiste en las fiestas a incorporarse al coro
centelleante ; integras la innumerable vía ;
la vista pura enseñas a hablar la luz de oro ;
extremo, al tiempo móvil lo abarca el magno día
en el árbol del éter tras la inmediata sombra,
no hay hacha a sus raíces ni el fuego irá a su rama ;
gentil tu guía ofrece visible cuanto nombra ;
sobre el hendido espacio culmina en la oriflama
la nave, el son acorde continua a un fin la lleva ;
por el laurel balbucea la certeza inasible,

la persistencia verde te llama en la hoja nueva,
el olvidado indicio puede expresarte audible ;
negado en tus destierros, el cetro en ti perdura ;
penetras los esbozos en el prístino intento
labrado en la conforme corona de hermosura,
el advertir más cerca trae el asentimiento ;
de muchas partes vuelves, tú que del uno vienes,
retirado nos juntas, en el ser nos conciertas,
por los límpidos vados la esperanza retienes,
abres en las distancias las impedidas puertas
y el encanto aparece ; ni el mal, ni llameante
ruina, ni impío monstruo, ni engaño interesado
de fingirte. te apagan, clara voz anhelante,
potestad de tu origen en el labio inspirado.

*

Está la noche insomne con los vagantes cielos,
anduve y no he sabido, fui misterio y sorpresa ;
los años se han mezclado y en el dispar conjunto
el inicial auspicio retorna en ansia idéntica.
Una hora más pidieron los juegos y las galas,
el designio inconcluso ; sobre las huesas frías
una hora más de espera ; la rojez del racimo
maduró en vacilantes floraciones de otoño.
El elixir quimérico transmuta aún, ofrece
la distancia atraída ; tiene el espacio palmas,
alumbra un rayo el área negada por el límite,
los númenes coronan el esparcido día ;
en alejados fines viaja el todo ; se asoman
desde el verdor terreno a inevitable abismo

el gozo, el sobresalto de la postrera pérdida,
y tú, anhelo, traspasas la locura y lo próximo.

*

Miro los ciervos negros pintados en la piedra,
mucho anduvieron, tienen la infancia de los ríos ;
fraternales escuchan la voz que está en las ramas,
el brillo entre las hojas les da el instante hermoso.
Se apartan y rodean los nativos paisajes,
el temor de la flecha los detiene indecisos ;
la tiniebla los quiere para nutrir sus antros
y el aire para el ocio sensible de ser vida.

*

En las distintas piedras del movable edificio
late una vida inclusa ; desconocida es cierta
esta escondida carne de un sonido, de un fruto ;
por el andante espacio que me toma y me alberga,
el quedarse, atreverse, vagar, forjar las voces,
créerlas ; adelante lo alejado se cambia
y se pierden los rumbos tras las otras orillas ;
los cristales cuajados se yerguen de la base,
fieles palpan el orden ; en la espiral del círculo
confunden acercadas concordancias su influjo,
reconcilian, alternan la fusión de colores ;
los trazos emergieron de intensa tela lúcida,
pensándose, arriesgando la advertencia, la vista,
medidos por su origen, por sí mismo tenaces ;
tiempo en la nube, líquida vuelve el agua a la onda
en ulterior sorpresa de igualdad renovada,

se encuentra en otros juegos, dentro de sí se tiene ;
donde oímos converge la infinitud, reúne
su memoria los vínculos en las dispersa huída,
la curva inquiere, lleva la intención de su esbozo.

*

Se habrá prendido el moho de abandonadas salas,
por las cerradas puertas coagulado el recuerdo,
la voz afable ; en busca de estar, el extravío
de indistinta vagancia ; niegan el sur, el norte,
saber señales ciertas ; suben las migraciones
de pájaros, los llama la tierra, a verla vuelven,
lucirán los nenúfares en los nativos lagos ;
más breve el horizonte, con mi éxodo va el ídolo,
va el árbol, la ventana ; cada parte se abstrae,
induce a ignota vista ; ya oído el día advierte
lejos ; las fieles sombras de llevadas figuras
rehusan fríos muros ; se fijan los colores
de interno albergue ajeno ; la embriaguez de las cimas,
libre al hender el aire, sortilegio envolvente,
se daba a escala ingrátida, persuadida en su impulso
triunfal, se alzaba cierta ; reunión de distancias,
la ascensión sobre el tiempo ; cedía en la impaciencia
vedada a extensos fines ; y queda un brote vívido,
conduce a preguntarse con las floras sensibles,
a evocarlas y urgirlas ; se labran en sus grutas
las delicadas telas ; un silencio de líquenes
crece afuera en cortezas de leños deleznales,
entre el frescor de hierbas se borran otros pasos ;
en la arcilla hay memorias, retuvo los intentos,

una constancia idéntica opuesta a inestable esbozo ;
frágil descanso, cree juntarse uno a las causas,
tiente al querer la suerte de hallar la extrema joya.

*

El ónix de tus alas trae una cifra incierta
en el dorado corte del volumen posado,
con el espacio insomne, por el bisel cambiante
percibo el centelleo del celeste unicornio ;
y están las telas lóbregas, la escondida ventana,
la mesa, el útil diario, la escritura inconclusa,
extrañado el postigo que cruje al ser abierto,
el dormir de los árboles en la estival tiniebla ;
junta la noche, pude vagar más lejos, húmeda
hierba exhalaba aroma ; la pintura evidente
por el tapiz unido disponía la ansiosa
concordia, audibles partes ; la onda, estable una isla,
verde el alga ; la náyade de una ulterior ribera
consentía escucharnos, en secreto entendernos,
y acaso fue promesa ; se encierran en el muro
dudosas las distancias ; queda el tenaz zafiro,
suelta al errar del aire la indecisa aventura,
el designio inconstante, la apuesta faz gemela.

*

Quedaba una ignorancia vagante entre las hojas
cuando emprendiste el viaje ; rodeabas la casa
abierta, te alargaste para abrazar los seres,
la permanencia atávica te incluyó en la ternura,
en su umbral te abstraía la anterior existencia ;

volvió en las ondas frágiles a andar con pie confiado,
renacida la luna de la prisión temible ;
hijo aún de las ramas te desligaste urgido,
en huellas sin retorno tú solo, errante guía ;
un infinito alígero despertó en tu sorpresa,
te aventuraste irguiéndote al arrebol postrero,
atraído hacia el mágico destello de la noche ;
por las antiguas piedras oíste la montaña,
del mismo valle juntos el animal y el árbol ;
libre anhelo el acaso de hallar allá conoces ;
parte asida al espejo de las distancias crédulas,
constante en la vislumbre o ayudado en el dédalo,
salvado de algún monstruo fatal, de falsa imagen,
de copia repetida por la algarada idéntica,
consentido el engaño de los contrarios fines
en su tropel el vértigo disipaba el destino ;
ya en tu olvidar escuchas, dejaste las nativas
señales, la repuesta que en una flor se ofrece,
en horadado hueco de un nido de abejorros ;
forjas supuesto vado, ventanas arriesgadas
varían con los sitios en el transcurso móvil ;
color y voz te nombran el luminoso objeto
cambiante a tu llamado por distintas mansiones.

*

Entre las viejas tapias, en hundidos terrones,
se negaban tus órbitas a una anterior historia ;
los años te limpiaron, maravilla caliza,
del último residuo de la hiel y del néctar.
En un juego de esferas los dedos diligentes

crearon en su sede los ávidos sentidos,
las exactas medidas para alumbrar tu espejo
ansioso de atraerte sumisa la sorpresa.
Incansables compases tu perfección querían
al igualarte en fórmula que el número descubre,
te acercabas forjándote hasta entrar en la norma
que inteligible pudo lucir en tu mirada.
Era el secreto unánime de un taller sensitivo
apresurarse irguiéndote a procurar conciencia ;
dueño de ti, quedaste con el sol y la luna
en la común familia de tantos verdes valles.
El intentar mantuvo tu audacia de haber sido,
amaste la corona de un orbe en la granada,
viste las proseguidas huellas de pies divinos,
al festín de inmortales pediste estable asiento.

ARTURO MARASSO.

LAS MALAS PALABRAS DEL CURA BROCHERO

En el departamento de Minas, de la provincia de Córdoba, lindando con La Rioja, en lo más desolado de la montaña, cerca del volcán apagado Hierba Buena, se han descubierto tesoros que yacen enterrados desde los tiempos del Génesis.

Nadie llega por allí en son de turista, porque hay que trasponer sin ninguna comodidad el más hórrido desierto de piedra y vivir luego en míseras habitaciones y alimentarse pobrísimamente.

Sólo algunos centenares de mineros, que trabajan de sol a sol.

Los salarios son buenos, según dicen quienes los pagan, pero no piensan lo mismo quienes lo cobran.

Los que arraigan en aquellas lejanías y llevan sus familias y duran años, no son muchos.

Hay uno, sí que fue por primera vez hace largo tiempo y vuelve siempre.

Es un hombre de edad madura a quien no amedrenta el viaje ni la vida que allí le espera, obligado a hacerse su propia cocina, en el más humilde de los ranchos y a comer un plato de mazamorra fría y a calentar el estómago con unos cuantos mates aguachentos.

Ese hombre, que llega vestido de negro y a quien todos saludan como al más fiel de los amigos, es un sacerdote

jesuíta, el Padre Antonio Aznar, que no busca piedras finas, ni metales ricos, pues cuando llega y pide permiso para establecerse allí y dar una misión a aquellas pobres gentes que nunca oyen hablar de Dios, no dice a nadie: Págueme tanto o cuanto; denme esto o denme aquello. Todo lo espera de Dios, que probablemente (¿quién puede negarlo?) alguna vez, cuando no tenía nada qué comer le habrá mandado un ángel para alimentarlo, como se refiere en el Antiguo Testamento.

El Padre Aznar va a esos lugares buscando almas para llevar a Dios. Y vive con los mineros, y en algunos de sus ranchos celebra diariamente la santa misa, y les predica y bautiza a sus criaturas y enseña a sus niños y terminada la misión vuelve solo, y más pobre que lo que fue, con la sotana raída y manchada, pero el corazón lleno de gozo, porque dejó las ganancias y se trajo sus riquísimas alforjas henchidas de almas.

Pues bien, el Padre Aznar, a la par de sus trabajos de misionero en aquellos y en otros lugares de la provincia de Córdoba está realizando desde hace quince años una tarea de otra índole: busca y allega datos para completar una gran historia del que fue apóstol de las sierras altas en Córdoba, don José Gabriel Brochero.

Ya ha publicado algunos folletos y un tomo de buen tamaño con pormenores recogidos en el teatro mismo de las hazañas de aquel prototipo casi legendario que fue « el señor Brochero ». Jamás en Córdoba se le llamó ni « el cura Brochero » ni menos « el Padre Brochero », término que no correspondía a su carácter de sacerdote secular.

Es una gran suerte que el Padre Aznar haya podido conversar con innumerables personas fidedignas que trataron

mucho al señor Brochero y consiga datos preciosos para la causa de beatificación que se promueve en Roma, datos llenos de color y de vida y absolutamente verdaderos.

Pero en todo proceso de beatificación hay un « abogado del diablo », según llaman al que se encarga de descubrirle defectos al candidato santo ; el Padre Aznar se ha dado cuenta de que corre una leyenda referente a Brochero, que de ser verdad, le daría mucha tela que cortar al diabólico procurador. Y trata de explicar esa leyenda, que tiene real fundamento.

Se dice — ¿quién no lo ha oído? — que el famoso misionero de las sierras altas era muy deslenguado, es decir, que tenía un lenguaje soez y tal vez indecente.

El Padre Aznar acaba de publicar un trabajo extenso y apoyado en testimonios irrecusables, bajo el título *Los Caranchos y el Cura Brochero*.

Allí nos da la debida interpretación de las expresiones que usaba a menudo aquel apóstol, y que sus admiradores anticatólicos se han complacido en difundir para presentarlo como un sacerdote desenvuelto y liberal, cosa que a ellos les gusta.

El Padre Aznar ha puesto la palabra *caranchos*, como pudo poner *carachos*, en reemplazo de la muy parecida que muchas veces usó el señor Brochero, a modo de interjección, que en aquellos parajes y en aquellos tiempos, hacia 1870, a nadie chocaba, porque las usaban todos, hombres y mujeres, sin darle, ni siquiera saber, su sentido gramatical, si es que alguno tiene.

« Aquellas apartadas regiones se hallaban casi incomunicadas — nos dice el autor —. Los caminos que llevaban al otro lado de las sierras cordobesas eran sólo de herradura.

Los habitantes de la región, cual genuinos criollos, habían heredado, como rico tesoro, la fraseología, palabras y exclamaciones de los antiguos que les comunicaron su habla castellana. Los tiempos hicieron que ese lenguaje pasara a tener particularidades y sentido muy propio en la vasta zona ».

« Aun ahora, transcurrido tanto tiempo, vemos que se hallan moradores de lugares apartados que usan en todo su primitivo y castizo lenguaje ».

« Si a ese vulgo a lejado le hablamos en lenguaje de ciudad, ni les es expresivo, ni dice a sus sentimientos... ».

« Lo primero, pues que, en llegando a tan criolla zona trató Brochero fue de amoldarse en todo a los de la región y ajustarse al lenguaje de ellos... Prefirió practicar la máxima de San Agustín : « Acepto que me reprenda el letrado a trueque de que todos me entiendan ».

¡ Cómo no habían de entender sus pláticas los serranos, pero también cómo no habían de escandalizarse de ellas los letrados y otros sin serlo, extraños a aquellas costumbres !

Veamos una escena que nos refiere el insigne escritor Padre José M. Blanco.

El señor Brochero había fundado una Casa de Ejercicios Espirituales, donde voluntariamente se recluían por ocho o diez días centenares de paisanos cerriles, venidos de todos los rumbos, para hacer algo increíble : los ejercicios de San Ignacio, con sus pláticas, sus confesiones, sus penitencias, sus comuniones.

Solían ayudar al señor Brochero uno o dos padres jesuitas, llegados de Córdoba y no acostumbrados todavía al ambiente de la Casa.

Cierta vez, uno de ellos, según cuenta el mencionado Padre Blanco, de quien lo ha tomado el Padre Aznar, un

sacerdote joven, el Padre Campos, les predicaba a los gauchos, que llenaban de bote en bote la iglesia. El señor Brochero asistía a la plática, arrodillado en su reclinatorio, cerca del altar.

El predicador trataba de mover el corazón de sus oyentes, describiéndoles en estilo clásico los sufrimientos de N. S. Jesucristo clavado en la Cruz: « Acércate, hijo mío, a esa Cruz y contempla cómo está lastimado Jesucristo sufriendo por tus pecados ».

Los paisanos oían como quien oye llover.

El señor Brochero, con el rabo del ojo espiaba el cuadro de sus ovejas indiferentes, que bostezaban y cambiaban de postura.

Cuando el Padre Campos terminó el primer punto, le hizo una seña y le cuchicheó al oído :

— ¡ Padre, mis paisanos no le entienden ! ¡ Mire qué cara de bozales tienen ! Déjeme a mí predicarles la segunda parte.

El jesuita asintió muy gustoso y ávido de oír al señor Brochero y éste arrancó su peroración de la siguiente manera :

« Mira hijo, lo j... que está Jesucristo, saltados los dientes y chorreando sangre. Mira la cabeza rajada y con espinas. Por ti que sacas la oveja del vecino. Por ti tiene j... y rotos los labios, tú que maldices cuando te chupas. Por ti que atropellas la mujer del amigo. Qué j... lo has dejado con los pies abiertos con clavos, tú, que perjuras y odias ».

Aquella palabrota, de las que reprueban los letrados, penetraba como una saeta en el corazón de los paisanos, que al poco rato se enternecían y empezaban a sollozar.

Porque ésa sí, la comprendían. No tenía el menor sentido obsceno, ni era siquiera una grosería en tales parajes.

El señor Brochero la usaba sin remilgos, como que es sabido que, cuando asentó en sus cimientos la piedra fundamental de su Casa de Ejercicios, exclamó con énfasis, delante de hombres y mujeres y tal cual personaje eclesiástico: «¡ Te j..., diablo! », y le arrojó una piedra como si lo estuviera viendo.

Por aquella Casa de Ejercicios, que todavía existe en la que entonces se llamaba Villa del Tránsito y ahora Villa Brochero, han pasado centenares de miles de paisanos, muchos de los cuales no habían entrado en una iglesia sino el día que los bautizaron.

Y sólo Dios sabe los millares de almas que el señor Brochero, merced a ese instrumento de su caridad heroica, salvó de las garras del Demonio.

Establecida, pues, su Casa de Ejercicios, y andando el tiempo llególe de Córdoba como valiosísimo auxiliar un escuadroncito de monjas de la Congregación Esclavas del Corazón de Jesús.

Ya era muy grande su fama, pero junto con la noticia de sus extraordinarias caridades, había llegado a oídos del Obispo, en son de acusación, la especie de que era un cura muy mal hablado.

Se le acusaba de emplear una palabra que se halla más de una vez en el *Quijote*, aparte de la otra que el Padre Aznar disimula con un *carancho* o *caracho* y que la soltaba desde el púlpito, templándola con un fuerte manotazo.

« Quien hiciere escrúpulos sobre esas palabras y decires de los criollos, — observa acertadamente el Padre Aznar, — da a entender no haberse siquiera asomado al otro lado de los Gigantes y de las Cumbres de Achala... Al paisano de la apartada región se le hace natural acompañar el encareci-

miento con esa única expresión que conoce... Pretender suprimirla fuera arrancarles una expresión para ellos insustituible... Obsérvese que esa palabra, excluida de nuestro vocabulario ciudadano, no tiene el primitivo sentido de origen, al ser pronunciada por los del campo ».

A este propósito refiere el Padre Aznar que una vez el señor Brochero, cuando levantaba la Casa de Ejercicios fue a Córdoba a pedir que le regalaran unos rieles pertenecientes a la Provincia, sobrantes de cuando se construyó cierto ferrocarril, a mucha distancia del Tránsito.

Le informaron que era necesario obtener una ley, y se fue a la Cámara de Diputados a pedir a los miembros de la comisión correspondiente que le firmaran el proyecto. Se los llevaba ya extendido. Eran cinco jóvenes diputados muy liberales. La intromisión del cura los incomodó y se negaron en redondo y unos de ellos apoyó la negativa con la aludida palabrota. Los otros agregaron algunas peores.

El señor Brochero les contestó sin mirarlos : « ¡ La gran p... ! ¿ Se habrán creído estos jóvenes que nunca oí tales suciedades ? ».

Se les acerca y encarándoseles les dice : « ¡ P... ! ¡ Caray ! ¿ Green que me asustan con eso ? ¡ Si los oídos del cura son los más sucios que existen ! ¡ Estoy acostumbrado a oír peores inmundicias ! ».

Luego, cambiando de tono, con dulzura y cariño :

— Bueno, amigos, ya ven que aquí todos sabemos hablar así. Lo que importa ahora es que veamos si así como ustedes saben decir esas palabrotas, saben también tener buen corazón con los pobres. Vengo para ayudar a unos pobres ; son del otro lado de las sierras. Preciso para ellos unos rieles que hay tirados en Soto.

Y con sonrisa irresistible, al que había proferido más denuestos, le susurra :

— « Usted póngame su firma... ».

El señor Brochero consiguió la firma de los cinco diputados, obtuvo los rieles, y después, ya en su villa, pidió a los paisanos que uno a uno, arrastrándolos con mulas, se los trajeran desde Soto.

En otra ocasión estaba pronunciando la plática de despedida a varios centenares de paisanos que habían terminado una tanda de ejercicios.

Algunas monjitas aparecieron por allí, deseosas de asistir a la despedida del cura a sus guasos, que lo oían embobados. Pero soltó tanto ajos, que no tardaron en desaparecer. El señor Brochero se sonrió y dijo en alta voz, agregando alguna desarrugada interjección : « ¡ Ya se me escandalizaron las beatas, y se me retiran ! ».

Evidentemente tales cosas disonaban en tales oídos, mas para los guasos tenían un significado muy distinto del que les dan los diccionarios de la lengua castellana.

Ahora mismo vemos cómo varía de una región a otra el sentido de las expresiones.

El opúsculo del Padre Aznar presenta la fisonomía del insigne apóstol de las sierras con una verdad sin cortapisas, que en nada amengua la devoción que ya se le tiene por la heroicidad de su vida y su amor a Jesucristo y a las almas.

Hacia el final del librito hay algunos rasgos de sus caridades sobrehumanas que hacen estremecer, entre ellos la conversión de un perverso leproso que vivía en la población, temido y abandonado, no solamente por su enfermedad sino por su genio infernal.

El señor Brochero le aguantaba todo, lo visitaba a me-

nudo y en lo último de su vida le veía diariamente, tomaba mate con él y acabó amansándolo, confesándolo y llevándole el viático. El leproso murió santamente.

Eso sí, contagió su lepra al señor Brochero.

José Gabriel Brochero vivió aún varios años y murió en 1914, en su Villa del Tránsito, mártir de sus caridades.

Ahora muchos que lo invocan en sus tribulaciones y enfermedades se benefician con sus gracias.

Bueno será que quienes las reciban las pongan en conocimiento de los que trabajan en la causa de su canonización.

GUSTAVO MARTÍNEZ ZUÑIRÍA.

SONETOS DE SHAKESPEARE

XXV

*Let those who are in favour with their stars
Of public honour and proud titles boast,
Whilst I, whom Fortune of such triumph bars,
Unlook'd-for joy in that I honour most.*

*Great princes' favourites their fair leaves spread
But as the marigold at the sun's eyes,
And in themselves their pride lies buried,
For at a frown they in their glory die.*

*The painful warrior famoused for worth,
After a thousand victories once foil'd,
Is from the book of honour razed forth,
And all the rest forgot for which he toil'd :*

*Then happy I, that love and am beloved
Where I may not remove nor be removed.*

TRADUCCIÓN

XXV

Que los favorecidos por sus astros
de honores y de títulos se ufanen;
yo, que la suerte priva de esos triunfos,
hallo mi dicha en lo que más venero.

Los favoritos de los grandes príncipes
abren al sol sus hojas cual caléndulas,
y su orgullo sepultan en sí mismos
pues los abate un ceño que se frunce.

El célebre guerrero laborioso,
derrotado una vez tras mil victorias,
es del libro de honores suprimido
y de su gesta lo demás se olvida.

Feliz de mí, que amando soy amado,
y ni cambiar, ni ser cambiado puedo.

XXXIII

*Full many a glorious morning have I seen
Flatter the mountain-tops with sovereign eye,
Kissing with golden face the meadows green,
Gilding pale streams with heavenly alchemy ;*

*Anon permit the basest clouds to rid
With ugly rack on his celestial face,
And from the forlorn world his visage hide,
Stealing unseen to west with his disgrace :*

*Even so my sun one early morn did shine
With all-triumphant splendour on my brow ;
But out, alak ! he was but one hour mine,
The region cloud hath mask'd him from me now.*

*Yet him for this my love no whit disdaineth ;
Suns of the world may stain when heaven's sun staineth.*

XXXIII

He visto a la mañana en plena gloria
los picos halagar con su mirada,
besar con su oro las praderas verdes
y dorar con su alquimia arroyos pálidos ;

y luego permitir el paso oscuro
de fieros nubarrones por su rostro,
y ocultarlo a la tierra abandonada
huyendo hacia occidente sin ventura.

Así brilló mi sol, un día, al alba,
sobre mi frente, con triunfal belleza ;
una hora no más lo he poseído
y hoy me lo esconden las aéreas nubes.

No desdeñes mi amor : si el sol del cielo
se eclipsa, han de velarse los del mundo.

LIX

*If there be nothing new, but that which is
Hath been before, how are our brains beguil'd,
Which, labouring for invention, bear amiss
The second burthen of a former child !*

*O, that record could win a backward look
Even of five hundred courses of the sun
Show me your image in some antique book,
Since mind at first in character was done :*

*That I might see what the old world could say
To this composed wonder of your frame ;
Whether we are mended, or whether better they,
Or whether revolution be the same !*

*O, sure am I, the wits of former days
To subjects worse have given admiring praise*

LIX

Si nada es nuevo, si lo que es ya ha sido
¡ cómo se engaña nuestra inteligencia
cuando, empeñada en busca de invenciones,
de un niño ya nacido lleva el peso !

¡ Ay, si mirando atrás quinientos años
pudiera presentarme la memoria
tu imagen en un libro muy remoto,
ya que el alma empezó a expresarse en letras !

¡ Si pudiera saber lo que inspiraron
tus maravillas al antiguo mundo,
y ver si es nuestra o suya la ventaja
o si los ciclos son iguales todos !

Seguro estoy que los pasados genios
exaltaron objetos menos dignos.

XCVI

*Some say thy « fault » is « youth », some « wantonness » ;
Some say thy « grace » is « youth » and « gentle sport » ;
Both grace and faults are lov'd of more and less :
Thou mask'st fault graces that to thee resort.*

*As on the finger of a throned queen
The basest jewel will be well esteem'd,
So are those errors that in thee are seen
To truths translated and for true things deem'd.*

*How many lambs might the stern wolf betray,
If like a lamb he could his looks translate !
How many gazers mightst thou lead away,
If thou wouldst use the strength of all thy state !*

*Bu do no so ; I love thee in such sort
As, thou being mine, mine is thy good report.*

XCVI

Tu capricho y tu edad, según se mire,
provocan tus defectos o tu encanto ;
y te aman por tu encanto o tus defectos,
pues tus defectos en encanto mudas..

Lo mismo que a la joya más humilde
valor se da en los dedos de una reina,
se truecan tus errores en verdades
y por cosa legítima se tienen.

¡ Cómo engañara el lobo a los corderos
si en cordero pudiera transformarse !
¡ Y a cuánto admirador extraviarías,
si usaras plenamente tu prestigio !

Mas no lo hagas, pues te quiere tanto
que si es mío tu amor, mía es tu fama.

MANUEL MUJICA LÁINEZ.

TOMAN DEBIDA VENGANZA LOS ROMANCES DE CABALLERÍAS

... *Can vengeance be pursued further than death?*

SHAKESPEARE, *Romeo and Juliet*, act, V, sc, 3.

Sobre los dos renglones del *Quijote* (parte segunda, capítulo 36) inspiradores de estos comentarios, podría escribirse un extenso estudio, sin recurrir para ello a disgresiones parásitas ni a hojarasca erudita. Suprimidos de « todas las ediciones hechas en España durante los siglos xvii y xviii ¹ », y de no pocas del siglo xix, son todavía innumerables los ejemplares que corren sin contener dicho fragmento.

Como no es ciertamente ésta, ocasión favorable para llevar a cabo el estudio prolijo de las circunstancias literarias, religiosas y editoriales originadoras de dicho estado de cosas, nos limitaremos, por el momento, a proponer lo que consideramos inédito sobre el tema y a tomar la cuestión en el punto en que la dejaban dos excelentes estudios del maestro de cervantistas don Francisco Rodríguez Marín: uno, en su 'Ensaladilla', Madrid, 1923, pp. 108 y ss., el otro, en el tomo X, páginas 57 a 62, de su última edición del *Quijote*.

En el caso literario que vamos a reseñar los libros de caballerías genialmente caricaturizados por Cervantes obtuvieron

¹ LEOPOLDO RÍOS, *Bibliografía crítica de las obras de Miguel de Cervantes Saavedra*, t. 1, p. 17.

su debida venganza más allá de la muerte material de su inmortal ofensor. Esa venganza o desquite, como se la quiera llamar, ha pasado inadvertida por varios siglos, pero, ya lo dijo Alfieri :

*Alta vendetta
D'alto silenzio è figlia.*

(La Congiura de' Pazzi)

Los sentimientos de rencor no eran ignorados por Cervantes ni ajenos a su carácter. Él pone, en boca de su héroe manchego, la expresión « debida venganza » durante la malaventura con los yangüeses : « Bien me puedes ayudar, Sancho, a tomar la debida venganza del agravio que delante de nuestros ojos se le ha hecho a Rocinante ».

Y a estos ímpetus de venganza no podía ser extraño el 'Miguel de Zerbantes' que, « por satisfacerse » en asuntos de honra dejó muy mal herido en 1569 a cierto Antonio de Sigura. En cuanto al Cervantes indudable de la segunda parte del *Quijote*, son evidentes, en más de un pasaje, los impulsos de resentimiento que alienta contra el supuesto licenciado Alonso Fernández de Avellaneda. Y, de ser verdad, como el tal licenciado afirma, que Cervantes le había ofendido ¹, habría que convenir que el propósito de venganza ha tenido papel en la vida y en la obra cervantina y decir una vez más, con Sancho refranero, que « donde las dan las toman » (Segunda parte, capítulo LXV).

Plumas ilustres han salpicado de irrisión y de infamia a los romances de caballerías :

« ... Galeotto fu il libro, e chi lo scrisse ... »,

¹ FERNÁNDEZ DE AVELLANEDA, *Quinta Parte del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Prólogo.

hace decir Dante por labios de Francesca. En cuanto a Cervantes mismo, no se limita a denostar un libro, sino que estigmatiza sin apelación ni distingos a todo un popular y prestigioso género literario : « ... Ya soy enemigo de Amadís de Gaula y de toda la infinita caterva de su linaje ; ya me son odiosas todas las historias profanas de la andante caballería ... »

Verdad que en esa ira postrera queda todavía mucho de la vehemencia precedente en el viejo amor, imposible de olvidar, y es indudable que la gloria del personaje cervantino corresponde mucho más a don Quijote de la Mancha que a Alonso Quijano el Bueno. La muerte no permitió que Alonso Quijano el Bueno mantuviera su arrepentimiento tanto como don Quijote sostiene la arrogancia caballeresca de capítulos anteriores : « Caballero andante he de morir ».

Al repudiar « las historias profanas de la andante caballería », recuerda Alonso Quijano a los críos de que habla La Bruyère que, por la fuerza con la cual golpean el seno que los amamanta, muestran el vigor de los pechos en que se han nutrido.

Hay no poco de ingratitud en los denuestos cervantinos, explicada por el amargo desengaño de estas palabras : « Perdóname, amigo, de la ocasión que te he dado de parecer loco como yo, haciéndote caer en el error en que yo he caído, de que hubo y hay caballeros andantes en el mundo ». Al decir tal cosa, el autor, no menos que el héroe, reniegan del ideal a que se mostraron fieles en gran parte de la propia vida.

Lo dice don Marcel Bataillon, en su admirable estudio sobre el humanismo en España : « L'oeuvre de Cervantes est celle d'un homme qui, jusqu'au bout, reste fidèle à des idées

de jeunesse, à des habitudes de pensée que l'époque de Philippe II avait reçues de celle de l'Empereur » ¹.

Y en esos tiempos juveniles, Cervantes era tan apasionado lector de los romances de caballerías como Carlos V, en sus incesantes viajes; Santa Teresa de Jesús, en su infancia; Ignacio de Loyola, en sus mocedades guerreras; y Alonso Quijano, en las noches que pasaba « de claro en claro, y los días de turbio en turbio », hasta que « del mucho leer y poco dormir » se le secó el cerebro.

No ha sido tan sólo el héroe quijotesco el que ha imitado la conducta y el lenguaje de sus andantes modelos; también el novelista, el propio Cervantes, abunda en reminiscencias, más o menos involuntarias, de la literatura que ridiculiza.

Don Quijote proclama sus modelos y reconoce sus deudas de aprendizaje: « ¡Ea, pues, manos a la obra! Venid a mi memoria, cosas de Amadís, y enseñadme por dónde tengo de comenzar a imitaros » ².

Y las 'cosas de Amadís' acuden dócilmente, no tan sólo a la memoria de don Quijote, sino a la prosa del propio escritor.

« J'ai compté dans le seul *Amadis* — escribe Emile Gébhart — environ soixante épisodes que Cervantes a transposé ironiquement en son livre » ³.

Los sesenta episodios aludidos por Gébhart no son probablemente los únicos aprovechados por Cervantes.

Corroborar esta opinión el P. Félix G. Olmedo: « Leyendo

¹ BATAILLON, MARCEL, *Erasme et l'Espagne*, p. 820. Hay una versión española del 'Fondo de Cultura' de México de esta obra maestra del hispanismo francés.

² *Quijote*, primera parte, cp. 26.

³ GÉBHART, EMILE, *De Panurge à Sancho Pança*, p. 220.

el *Quijote* se acuerda uno constantemente del *Amadís*, y se ve que Cervantes lo admiraba e imitaba, aunque parecía que no, por la obligación que se había impuesto de hablar contra todos los libros de caballerías » ¹.

Por lo demás, en esta admiración mal velada por el *Amadís*, Cervantes no ha estado nunca solo ni mal acompañado. En tiempos contemporáneos, después de la befa por momentos sangrienta e injusta del *Quijote*, Goethe ha consagrado un 'lied' nostálgico a la atmósfera maravillosa en que envolvió a su infancia la lectura del paladín de Gaula (*El nuevo Amadís*) y Valera ha citado al libro caballeresco entre las más grandes novelas españolas ².

No han sido solamente 'cosas' materiales, ejemplos aventureros y estímulos esforzados, lo que don Quijote debió a las novelas caballerescas, sino también una influencia ennobecedora y una cultura refinada. « De mí sé decir que después que soy caballero andante soy valiente, comedido, liberal, bien criado. generoso, cortés, atrevido, blando, paciente, sufrido de trabajos, de prisiones, de encantos » ³. « — Paréceme que vuesa merced ha cursado las escuelas : ¿qué ciencias ha oído? — La de la caballería andante — respondió don Quijote —, que es tan buena como la de la poesía, y aun dos deditos más » ⁴.

Hay, por consiguiente, tanto o más de ingratitud momentánea que de justicia ponderada en los denuestos de don Quijote

¹ OLMEDO FÉLIX, G., *El Amadís y el Quijote*, ed. 1947, p. 109.

² VALERA JUAN, *Obras completas*, t. XXVIII, p. 219; *Nuevos Estudios Críticos*, p. 7; *Obras completas*, t. XXIX, p. 307. Aún más admirativa, la opinión de Menéndez Pelayo, en *Orígenes de la novela*, ed. 1943, t. 1, pp. 314 ss.

³ *Quijote*, Primera parte, cp. 50.

⁴ *Quijote*, Segunda parte, cp. 18.

contra « las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías ».

Si no la 'hora de la justicia', de paso extraviado en ocasiones, la del desquite suele ocurrir aunque pase a veces inadvertida. Este desquite llega de libro a libro, de novela caballeresca a epopeya moderna, de Edad Media a Renacimiento. En cierto modo, ha sido 'una estocada a lo Jarnac': el golpe imprevisto que deja maltrecho al adversario que hasta ese momento parecía invulnerable. Por supuesto que el *Quijote* no ha muerto por tal herida, como el adversario de Jarnac; pero, por aquello de que más Cervantes se jacta en su obra, se habría ciertamente dolido del resarcimiento que ha procurado *Amadís de Gaula* a sus colegas en la andante caballería.

El « poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías », es propósito de Cervantes; y el conseguirlo, una anticipación de futuro literario: « ... que por las de mi verdadero don Quijote van tropezando, y han de caer del todo, sin duda alguna ».

Pero hay algo que el autor afirma más rotundamente y como cosa que no admite discusión: la ortodoxia, la corrección doctrinaria de su obra, en toda la cual « no se descubre ni por semejas una palabra deshonestas, ni un pensamiento menos que católico » ¹.

¹ *Quijote*, idem., cp. 3. Esta opinión no es, por cierto, la de los que, como LOUIS-PHILIPPE MAY, ven en Cervantes *Un fondateur de la Libre-Pensée*, Paris, 1947. Todavía más aspectos imprevistos de Cervantes descubre don Agustín Marcó, al final de su obra *La verdad de 'Romeo y Julieta'*, Buenos Aires, 1953. La nota justa sobre el tema está dada en la magistral obra de Américo Castro, *El pensamiento de Cervantes*.

Eso pensaba Cervantes o, por lo menos, decía creerlo; pero la realidad histórica ha sido distinta.

La verdad es que el *Quijote*, la obra máxima de Cervantes y la misma en que expresaba su convicción en la pureza dogmática de lo en ella escrito, ha sido puesta más de una vez en los 'índices expurgatorios' dictados por las autoridades eclesiásticas competentes.

Ya en vida de don Miguel, pero en Portugal y sin alcance jurisdiccional en España, el obispo Mascareñas publicó en 1612 un *Index librorum prohibitorum* en que figuraban censurados varios pasajes escritos por Cervantes.

Ha sido después de muerto el autor del *Quijote*, en los años de 1632, 1667 y 1790, que decretos inquisitoriales con vigencia en España censuraron y ordenaron tachar una frase, siempre la misma, en la *Historia del Ingenioso Hidalgo*.

El 'pensamiento' que a los censores pareció « menos que católico », es el siguiente: « ... las obras de caridad que se hacen tibia y flojamente no tienen mérito ni valen nada ». (*Quijote*, segunda parte, capítulo XXXVI).

La opinión sale de labios de la Duquesa, con dejo indudable de sorna e inspirada en el propósito nada cristiano de compeler a Sancho a que se administre los disciplinazos ordenados por el 'sabio Merlín' para desencantar a Dulcinea. Todo el trozo reviste el gracejo irresistible y la oportunidad psicológica insuperable que de Cervantes puede esperarse.

Y no sólo la frase, sino los comentarios que de ella se han hecho tienen su historia y su miga.

En la primera edición de su *Quijote* comentado, al anotar la orden expurgatoria de tachar el pasaje, ponía Rodríguez Marín: « y estuvo bien borrado ». El cariño, la devoción admirativa que sentimos todos los lectores del *Quijote* por

su autor, nos predispone a darle la razón o, por lo menos, a disculparlo. Rodríguez Marín es buen ejemplo de ello.

Como hemos visto, en la primera lección de su 'Ingenioso Hidalgo' daba rotundamente razón al 'Index' de 1632. En la siguiente, de 'La Lectura', Madrid, 1913, el asentimiento de don Francisco desaparecía y se limitaba a decir: « 4. Las últimas palabras de la Duquesa, desde « y advierta Sancho » fueron mandadas suprimir en el 'Índice expurgatorio' inmediatamente posterior a la publicación de esta parte del *Quijote* ».

Y, finalmente, en la magnífica *Nueva Edición Crítica del Quijote* (1947-1949), Rodríguez Marín, sin entrometerse en la cuestión doctrinaria, menciona diversos textos de autores responsables, varios de ellos eclesiásticos, ninguno de todos ellos censurado, y que expresan, según el citador, no en la opinión del que esto escribe, la misma idea expurgada en Cervantes¹.

Los autores aducidos por Marín, como coincidentes con Cervantes, son los siguientes: Gómez García, Fray Francisco de Osuna, Fray Bernardino de Laredo, Juan de Medina, Fray Alonso de Orozco, Fray Jerónimo Gracián, Mira de Amezcuá y Rojas y Zorrilla. Todos ellos coinciden entre sí, pero no, como lo supone Rodríguez Marín, con la opinión censurada en Cervantes. Todos ellos en efecto, subrayan lo mismo: « que *sin caridad* no son ni valen nada las obras de *misericordia* ».

Esa doctrina no podía ser censurada, pues es, en efecto,

¹ *Nueva Edición Crítica del Quijote*, t. X, pp. 57 ss. Inspirado en análogo propósito de descargo o atenuante doctrinario cita Cortejón una frase de *Las Sergas de Esplandián*. Véase Cortejón, edición crítica del *Quijote*, t. V, p. 200.

la sostenida por la tradición moral de la Iglesia y la que se desprende del capítulo IX de la Segunda Epístola a los Corintios.

Al terminar su larga enumeración, dice Marín : « Por todo lo antedicho, no acierto a explicarme en qué pecó Cervantes para que mandaran borrar en su libro un concepto que de San Pablo acá viene corriendo como verdad palmaria » ¹.

Para rastrear las fuentes, como para circunscribir las definiciones, conviene tener presente lo que en taxinomia se llama género próximo y diferencia específica.

Los ejemplos traídos a colación por Rodríguez Marín ponen todos en duda el valor de las obras, cuando la caridad 'falta'. La frase cervantina, en cambio, presupone y menciona esa 'caridad', lo que ella afirma es que las tales 'obras de caridad' pierden su mérito cuando se hacen con dilación y desgano.

Esto es lo que no podía admitir la doctrina católica vigente para la cual las 'buenas obras' siempre son meritorias.

Como hemos visto, Rodríguez Marín no duda un instante de que la opinión pertenece a Cervantes, pues se pregunta en qué pudo 'pecar' al exponerla.

La 'ocurrencia' censurada, ¿ es realmente de Cervantes ?

Nunca se ha aducido, a lo que creemos, 'fuente directa y completa' del trozo condenado, con el cariz doctrinario objeto de la censura.

La 'fuente' existe y corresponde cabalmente a la definición técnica que de los tales 'principios y orígenes literarios' da Rudler : « Il y a source toute les fois qu'il y a filiation » .²

¹ RODRÍGUEZ MARÍN, edición citada, t. X. p. 62.

² RUDLER, *Les techniques de la critique et de l'histoire littéraires*, ed. Oxford, p. 118.

Este 'antecedente' posee caracteres que no revisten los textos aducidos por Rodríguez Marín. La semejanza textual es mucho mayor, la doctrina es casi idéntica y un simple matiz cuantitativo explica que se haya condenado en el 'Quijote' lo que pasó con alguna manga ancha en su antecedente directo.

Cervantes hace decir a la duquesa: « ... las obras de caridad que se hacen tibia y flojamente no tienen mérito ni valen nada », en el *Amadís de Gaula* puede leerse: « ... y esto se haga luego, porque las buenas obras que con gran pena y dilación se hazen muy gran parte pierden de su valor » ¹.

¿Conócese alguna 'fuente' del 'Quijote' más directa y fácil de identificar que ésta?

Que el Cura, en su rápido dictamen sobre el *Amadís*, no haya hecho hincapié en este peligroso pasaje, es muy explicable; pero aquí sí que cuadraría la observación de Rodríguez Marín: ¿por qué no se ordenó tachar en el *Amadís* lo que se censuró en el *Quijote*?

La omisión es tanto más sorprendente, si se recuerda que la difusión de los romances caballerescos hizo que: « nuestros predicadores y moralistas se pusieran en guardia contra el *Amadís* y otros libros similares, aunque la Inquisición los dejaba correr sin dificultad » ².

Esto explica, por lo tanto, que, aunque Cervantes hubiese reconocido en esta 'reminiscencia' del *Amadís* un préstamo

¹ Edición salamanquina del *Amadís de Gaula*, año de 1575, consultada en nuestra Biblioteca Nacional, gracias a la gentileza del exsubdirector de aquélla, don Raúl Quintana. El trozo va en el folio CCLXX del libro IV de la obra.

² OLMEPO FÉLIX, *El « Amadís » y el « Quijote »*, ed. 1947, p. 80.

consciente, lo hubiera incluido en su *Quijote* sin suponerlo « un pensamiento menos que católico ». La agravación resulta de haber convertido la ‘muy gran parte’ en que perdían su valor las ‘buenas obras’ hechas « con gran pena y dilación », según decía el *Amadís*, en la afirmación rotunda y realmente temeraria de que « las obras de caridad que se hacen tibia y flojamente no tienen mérito ni valen nada ». Opinión moral que los censores no podían dejar pasar sin correctivo doctrinario.

Pero, ¿quién dió a beber a Cervantes estas ‘fuentes’ morales de turbiedad insospechada? Ese mismo, asendereado *Amadís*, con el cual se ha mostrado Cervantes tantas veces injusto y despectivo.

Cervantes ha condenado a los romances de caballerías por arrogantes y disparatados, y una de las ‘arrogancias’ cervantinas, la de que su libro no contiene un solo « pensamiento menos que católico », queda abatida por haber transpuesto una vez más, en su *Quijote*, « cosas de *Amadís* ».

¿No hay en esto un desquite de los libros de caballerías?

JOSÉ A. ORÍA.

LEOPOLDO LUGONES, POETA CIVIL

A León Bouché.

Trae San Agustín en sus *Confesiones* un pensamiento sublime, allí donde se ve a sí mismo llevando a cuestras su mortalidad. Pocos hombres modernos soportaron esa carga como nuestro Lugones. Pocos, o ninguno con tan angustiada lucha interior. Es necesario haberle tratado, como yo le traté, para apreciar su estado de continua y punzante insatisfacción. Se le creyó soberbio, y era un tímido; se le imaginó huraño, y era un afectivo. El descontento debíase a una clara conciencia de su valía. Y de no haber tenido contradictores de su talla.

Conocí a Lugones, y le traté no poco. Le conocí antes de su llegada a Buenos Aires, a través de su poema primigenio, escrito cuando sólo contaba él dieciocho años. *Los Mundos* — tal el título — es una composición dividida en tres partes, escrita en endecasílabos y heptasílabos asonantados. El autor muda la asonancia en cada una de ellas. Va en el título la intención cósmica del poema. Las transformaciones geodésicas, y las no menos activas del ámbito celeste, confluyen en el advenimiento del hombre; el ser humano se afana para conquistarse en una manumisión definitiva. El Hombre es el genio, guiado por la luz, cuyos rayos le iluminan interiormente. Pregunta el poeta :

¿ Quién al mirar la luz no ansió ser libre ?

Y agrega :

Por eso al verla el alma,
Quiso tender el vuelo,
Por la extensión callada,
Que el alma, mariposa de la idea,
Para alcanzar la luz quiere las alas.

Tras la brega afanosa del primer empuje, añade el poeta :

¿ Quién las guía ? ; ¿ qué acento
alzar el vuelo a la extensión las manda ? ;
es el Genio, es el Genio Omnipotente
que no conoce límite a sus ansias.
Dadle un poco de barro y forja un mundo :
Dadle un poco de luz y crea un alma.

En este poema del bravío mozallón cordobés, el pueblo triunfa en el hombre y el hombre en el genio. Y pone Lugones este cierre a su poema *Los Mundos* :

Pero pasó la noche y vino el día ;
ahora, libre ya, suelta sus ansias ;
con rumbo de victoria
toma el camino de su excelsa patria ;
siéntese hijo legítimo del cielo,
va en busca de la luz, de la esperanza,
y con ansia voraz de cóndor suelto
contempla el sol ardiente cara a cara.

Se advierte el influjo de Andrade, el de *Prometeo*, y, más todavía, el de la loa *A Víctor Hugo*, sobre todo el de la primera parte de ese poema. Bastaría recordar la semejanza del apóstrofe a la Edad Media, semejanza no sólo de forma sino también de fondo. La disposición espiritual — anticatólica — es similar en ambos poetas. Pero Lugones salía

apenas de la niñez cuando escribió el canto *Los Mundos*; Andrade contaba cuarenta y dos años cuando exaltó el genio poético de Víctor Hugo. El cordobés se iniciaba en la poesía; el entrerriano era, por entonces, el astro mayor del Parnaso Argentino. Luego las cosas cambiaron. Quien iba a la zaga se remonta de súbito, y llega donde nadie puede alcanzarlo, hasta hoy.

En el canto *A Víctor Hugo* se advierten resonancias del poeta admirado; en Lugones repercute el lírico de Francia a través de Olegario Andrade. ¿Es esto todo? No. Hay allí algo más; y ese algo más es esta cosa sencilla y misteriosa: la revelación de un poeta, por cuya obra iba a crecer el crédito mental de la patria.

En estos versos del muchachón rebelde hay dos dimensiones: una ya lograda; otra, proyectándose en dominios próximos a ser conquistados. No falló la promesa. El propio Lugones no hubiera podido eludirla. Traía misión. Cumplirla era su destino. Y la cumplió, hasta consumirse en la llama de su propio fuego. Porque de eso murió Lugones: de Poesía.

Conforme es notorio, rectificó Lugones su visión de la Edad Media y el concepto acerca de la cristiandad. Dejó de ser fantástico para ser icástico. A los mirajes doctrinarios prefiere la verdad del sentimiento. Ya no exalta a los agitadores extremistas. Ahora se vuelve con unción piadosa a quien encarna la fe y la predice practicándola. Escuchemos como evoca la noble figura del franciscano obispo de Córdoba:

Ese fray Mamerto Esquiú,
Nuestro obispo diocesano,
Volvía de unas misiones
Tierra adentro por el llano.

Pues como que bien portaba
 El cordón de San Francisco,
 Prefirió al peón más pobre
 Y al rústico más arisco.

Y haciendo al menesteroso
 El lugar que se le debe,
 Tenía la misericordia
 De Jesús sobre la plebe.

Bienhaya el santo piadoso
 — Santo he dicho y no lo enmiendo —
 Que tal fama, desde entonces,
 Mereció aquel reverendo.

Así los *Romances del Río Seco*. En otra zona del espíritu, pero no menos caldeada de fervor, se le ve glorificar en *La Guerra Gaucha* al lego franciscano del cuento titulado *Diana*. Pocas veces alcanzó la prosa épica de Lugones ímpetu parejo. El sacristán anónimo, *contrahecho de martirio*, gigantesco de inspiración, adquiere allí las dimensiones de un símbolo viviente. Y esto con antelación a las *Odas Seculares* y más de cuatro lustros antes de los *Romances* postreros del poeta.

Puntos de concordancia, cuya ecuación se resuelve en términos de unitaria coherencia espiritual. Como en el otro tema de su predominio. Cantó a la patria grande y a la patria chica. En prosa y en verso. Y cantó al hogar, con hondo sentido humano en el amor. *El Libro Fiel*, es un solo canto en sus diversos ritmos pasionales, así como en la poesía titulada *El tesoro* se dilata en una efusión de conmovida ternura. Oigámosle :

Llevo en mí lo mejor
De mi padre y mi madre, que en mí es vida gloriosa,
Y lo mejor del hijo y de la esposa,
y así está en mí todo el amor.
Lo que en mi madre fue belleza
Y en mi padre vigor y nobleza,
En la esposa fe segura
Y en el hijo ternura,
Ilumina mi corazón
Con esplendor absoluto,
Como la talla que al diamante bruto
En sesenta y seis rayos le da perfección.

Un nuevo capítulo ahora : Lugones poeta nato.

En otra ocasión recordé este rasgo, desconocido en su biografía : Lugones empezó a componer versos antes de saber escribirlos. El recuerdo es impresionante y conmovedor a la vez. Allá por el año 23 dije a Lugones :

— Dentro de breves días iré a sus pagos.

— ¿Y cuáles son mis pagos? — interrogó él.

— Todos — repuse yo ; pero ahora aludo concretamente a Río Seco, su lugar de nacimiento.

— ¿ Objeto de la excursión ? — inquirió algo sorprendido.

— Visitar el Cerro Colorado — dije.

— Justificada la proeza — repuso. Y añadió : Allá encontrará usted a mi padre. Le avisaré su llegada.

Y así lo hizo. Iban en mi comitiva Fernando Fader y Juan José de Soiza Reilly. Cuando llegamos a Villa María del Río Seco, don Santiago Lugones no estaba allí. Hallábase en Taco-Yaco, en la estancia de don José Chaves ; pero antes de su partida había dejado un mensaje para mí. Y a la estancia fuimos todos. Llegamos mientras caía la tarde. Se

habló, naturalmente, de Leopoldo. Recorrimos breves trechos del campo, situado en los extremos límites de Santiago del Estero. El silencio era total, la soledad imponente. Nos sentamos en unas piedras. Y allí nos refirió el padre de Lugones la revelación del poeta, y su estado de gracia en la niñez iletrada. Con unción casi religiosa la evocó el progenitor del ausente, cuya presencia se anunciaba allí como se anuncian las cosas inspiradas. Y así fue. La madre de Lugones arrullaba al niño cantando aires de la tierra, tarareando tonadas típicas de la región, pero hacíalo atendiendo únicamente al sentimiento melódico de cielitos y vidalas, y el niño poeta, tras escuchar con arrobó el canto materno, ponía letra al cantar de la madre, animaba con el verso la voz emanada de la más pura y honda fibra cordial. Mientras esto decía, el narrador trataba de ocultar su emoción, escarbando con una rama seca un mortero labrado en la roca viva por el indio prehispánico. En torno fluía el alto silencio crepuscular; y allá, sobre el horizonte, el lucero tenía palpitaciones de cosa viva. No sé por qué, no sé por qué asocio ahora ese astro con el destino, también crepuscular, de Lugones.

Como el poeta francés hubiera podido decir más tarde: *He venido al mundo para cantar*; y más y mejor hubiera podido repetir con el poeta bíblico: *El Eterno me ha nombrado desde mi nacimiento*.

No abundaré en la biografía exterior del poeta. Mi propósito es detenerme en la historia de su espíritu; ahondar su dramatismo, y ver como este hombre, al parecer dominándose sin lucha y sin esfuerzo, vivió, por el contrario, en un constante estado agónico.

Conforme es notorio, Leopoldo Lugones nació, vivió y murió pobre. Como Sarmiento. De su aldehuëla natal nos dice :

En la Villa de María del Río Seco,
Al pie del cerro del Romero nació,
Y esto es todo cuanto diré de mí
Porque yo no soy más que un eco
Del canto natal que traigo aquí.

Un villorrio de la provincia de Córdoba ; lugar humilde, escasamente poblado, oscuro ayer, ilustre hoy en la geografía de la inteligencia. Allí vio Lugones la luz, de padres modestos, no favorecidos por la fortuna, la de los ojos vendados. El padre, don Santiago Lugones ; la madre, doña Custodia Argüello. Piadosa ésta en la estricta observancia del credo católico ; liberal aquél, circunstancia en nada opuesta a su admiración por la *Jerusalén libertada* del Tasso.

Don Santiago, lector y gustador de la poesía, era, por entonces, una firme voluntad dedicada a tareas agrícolas. En ellas le ayudó el futuro evocador de los ganados y las mieses. Buena semilla. Cuando fruteciera, sería para cuajar en las *Odas Seculares*. Noble cosecha entre todas.

Allí se desarrolla la niñez de Lugones, vigorizando el organismo, fuerte de suyo, en la naturaleza mansa y agreste de campo abierto. Tras los estudios primarios, va de Río Seco a Córdoba. Un deslumbramiento. Pero aun gravitan en el revuelo escolar, residuos de fuerzas elementales. Cursa en el Colegio Nacional de Monserrat hasta cuarto año. Luego se detiene. Un nuevo impulso para volver las espaldas a los estudios regulares. Hay en el mozallón bravío un exceso de energía. Empujado por ella, va a la lucha. Se hace paladín del pueblo, agitando la bandera roja del socialismo. Publica

artículos y versos en los diarios locales, pronuncia discursos de fogosa y arrebatada elocuencia. Nada lo detiene. Causa admiración en unos ; provoca reacciones en otros. Cae sobre él la excomunión. Pero el joven revolucionario embiste como un toro embravecido. Es fácil imaginar la impresión causada por Lugones cuando leyó en el Teatro Rivera Indarte de Córdoba, su poema *Los Mundos*. Esto ocurrió en 1892. Cuatro años después vino Lugones a Buenos Aires. Le precedió una carta de Carlos Romagosa dirigida a Mariano de Vedia. Una carta ya histórica con no pocas profecías — realizadas todas.

La llegada de Leopoldo Lugones a Buenos Aires fue un estruendo. Habla un testigo, no se olvide. Paso por alto detalles, para evocar la presentación de Lugones en el Viejo Ateneo, instalado en el *Bon Marché*. La atmósfera estaba preparada. ¿Ya se sabía quién era ese temerario de veintidós años vuelto de espaldas a las normas tradicionales? Él nos lo dijo al ocupar la tribuna. Allí se irguió, para escuchar la presentación de Carlos Vega Belgrano, presidente del Ateneo. Luego una pausa, de respiro contenido. El silencio se oía en la expectación anhelosa. Lugones, Leopoldo Lugones, miró al público al través de sus lentes. Vibraba como el llamear de una hoguera. Luego su voz firme y fuerte resonó en el ámbito, adueñándose del auditorio, entre sorprendido y desconcertado. Leyó *Profesión de fe*, leyó *La marcha de las banderas* — la roja y la negra —, leyó *Metempsícosis*, leyó *Dormida*.

Como el contenido, también sorprendió la forma. La métrica se extiende o se contrae, y libremente va, desde el ancho verso de quince sílabas al breve bisílabo, para contenerse luego en el clásico endecasílabo.

Cuando Lugones termina de leer, los más decididos le rodean. ¿Cuántos? Rubén Darío el primero. Generoso como siempre, y como siempre poco disertor, sólo atinaba a repetir : ¡ Admirable ! ¡ Admirable !

Lugones no podía permanecer afiliado al partido socialista, ni compartir su credo restrictivo. Se oponían a ello dos exigencias, ambas fundamentales. Una, de orden estético ; otra, de carácter psicológico. Las dos apuntan a la cohesión espiritual del escritor, y del hombre en él. Veamos esto.

Leopoldo Lugones, paladín del pueblo y portavoz de la clase desheredada, y enemigo, por tanto, de todo privilegio hereditario, publica en *El Tiempo*, una loa al príncipe de los Abruzos cuando éste arriba a Buenos Aires en 1896, el mismo año de la llegada de Lugones a la Capital, y de su triunfo en el Ateneo. Quien saludaba a un príncipe de sangre real era un seguidor del marxismo.

La salutación de Lugones produjo estupor entre sus corifeos. Tras el asombro estupefactivo, la reacción violenta, y la denuncia de *La Vanguardia*. Se habló de traición. Los cargos eran graves, y las pruebas evidentes : Lugones debía ser expulsado del partido. A solicitud de Lugones se constituyó un tribunal, para resolver si debía ser excluido de sus filas, y los cuatro jueces nombrados *ad hoc*, rechazaron el intento condenatorio. No es éste un hecho aislado. Lejos de ahí es un episodio de no escasa trascendencia.

Dije, y reitero ahora en oportuna concordancia : Lugones no podía continuar adherido al credo socialista. ¿Qué ideas estéticas prohija Carlos Marx, y Federico Engels, su colaborador y amigo? Según ellos, el arte — y la poesía desde luego — debe ser objetivo, y, claro está, realista. Para am-

bos agitadores, nada debe interponerse entre el mundo objetivo y su representación literaria. El arte, dicen, debe servir a la verdad, no se sirve a sí mismo; debe ser una reproducción fiel de la realidad en sus momentos esenciales, y esos momentos son las luchas entre el capital y el trabajo. Es la objetividad restringida a una sola faz: la económica. La literatura marxista *es el reflejo consciente de la realidad porque expresa la tendencia objetiva del proceso histórico-social, no porque define la individualidad subjetiva del escritor*. Como se ve, este concepto excluye la visión personal del poeta, reduciéndolo a mero instrumento del más nefasto sectarismo.

Según se infiere, los postulados del marxismo sobre literatura, son extra-estéticos. Caen fuera de la creación poética. En tales postulados sólo se atiende al contenido de la obra, al tema, a su tendencia social. La personalidad del poeta se aquilata en cuanto hay en ella de revolucionaria, y decrece allí donde no es tendenciosa. Dos testimonios para ilustrar el aserto. Marx lamenta la muerte de Shelley — fallecido a los veintinueve años — *porque era completamente revolucionario, y porque habría pertenecido siempre a la vanguardia del socialismo*. Subrayo palabras textuales de Carlos Marx. En cambio, Marx no deplora la muerte de Byron, desaparecido a los treinta y seis años, porque de haber vivido más tiempo, el autor de la *Peregrinación de Childe Harold* se habría convertido en un burgués reaccionario. Fue una suerte, añade Marx, verle morir antes, combatiendo por la libertad de Grecia. El fanatismo doctrinario y la falta de sentido humano se entenebrecen aquí en la condenación del poeta. Dos errores contra el espíritu. A estas limitaciones, el autor del *Capital* añade otra, no menos grave, y más dramática si se quiere. El marxismo sólo contempla dos

clases : la proletaria y la burguesa. Pero de ellas, una debe subsistir, la productiva, es decir, el pueblo. Cuando Carlos Marx dice : *los trabajadores no tienen patria*, ataca, en sus fundamentos, la forma política de *nación*. De hecho, la idea de nación está disuelta en la internacional comunista.

Bien, pongamos ahora a nuestro poeta en el cepo de esas dos negaciones, y se nos presentará inevitable su crisis doctrinaria, y se comprenderá cuán imperativa y cuán honda debía ser su discrepancia con el materialismo histórico de Carlos Marx. Movían a Lugones dos fuerzas incontenibles : su estructura psicológica, y sus innatas cualidades estéticas. Si nuestro gran lírico hubiese continuado en las filas gregarias marxistas, hubiera asistido a su autoaniquilamiento. Lo mejor de sus creaciones, y todo él, estaban de hecho sacrificados por quien condenaba *la interpretación idealista de la realidad*. ¡ Como si al poeta le fuera posible actuarse sin la mediación del espíritu, reduciendo su fervor a un proceso de mecánica objetividad ! ¡ Como si existiera un arte objetivo ! ¡ Como si una intuición, de arte o poesía, pudiera convertirse en organismo estético sin pasar por el espíritu !

Ningún intuitivo — artista o poeta — quedó jamás apisionado en nada extrínseco, pues esto, por el solo hecho de pertenecer a la naturaleza exterior, ya es ajeno al arte, a lo íntimo y esencial de la poesía. La realidad del poeta no puede estar fuera de las formas expresadas por él. No vive el intuitivo separado del mundo, ni extraño a su realidad sensible. Nadie podría pretender semejante absurdo. Como hombre práctico está insertado en él ; pero como poeta nos brinda, de ese mundo, una imagen interior : la suya propia. Por eso importa, por eso vive y perdura en nosotros. Es el alma del poeta transfundida en el alma de las cosas. Él las anima, do-

tándolas de una secreta vibración de vida : es la presencia actuante de quien, al darle un nuevo significado, les transmitió un sentido nuevo. He ahí al poeta : Lugones, digo.

Insisto en ello, e insistiré más aún, uniendo a lo estético lo psicológico, porque nada explica tanto, como este doble examen, su auténtica personalidad literaria.



Leopoldo Lugones fue un cosmovidente. Su mirada ultrapasó lo visible inmediato. Captó lo percibido y adivinó el trasmundo del nóumeno kantiano. En el mirar de Lugones confluía todo su ser ; fue el suyo un mirar anheloso, crispado por el ansia de absorberlo todo y reducirlo todo a su mundo interior. ¿Podemos inquirir si a la cosmovisión de sus versos corresponde una realidad en los tres reinos de la naturaleza ?

El hombre — gaucho, héroe o labriego — se explica a sí mismo en su brega, en sus acciones, en sus afanes. Está en su medio. Vive en él y de él ; por eso el paisaje en torno, de montes y llanuras, abrupto o fácil, o manso, no es en Lugones una presencia inerte : también vive. Vive porque el poeta le transfundió su misma sustancia espiritual.



El don de animar lo creado es propio del poeta. En Dante la luz canta, en San Francisco los seres y las cosas concuerdan en la inefable fraternidad del *Cántico del Hermano Sol*. En los cantos populares del ciclo de Kossovo, el caballo de

Kralyevic Marco llora, presintiendo la muerte del héroe serbio, como en el poema clásico del Cid, Rodrigo Díaz de Vivar habla a su cabalgadura. Y si en el *Prometeo libertado*, de Shelley, dialogan el Océano y la Tierra, y el Espíritu de las Horas y el Espíritu de la Luna; en Lugones las montañas piensan, las encinas tienen corazón, el viento sueña, los árboles gimen llagados, el silencio anda, como las ideas. ¿Dónde está, repito, la presencia de toda esa multiforme germinación de vida? ¿Dónde? Pero donde importa: en su arte, en su poesía, en su alma. La realidad de sus creaciones no está en ninguna parte circunscrita al mundo de la materia sólida o flúida. No está en ninguna latitud geográfica, terrestre o sideral. Está en el poeta, está en el mundo de su representación, lo lleva consigo, y lo lleva consigo porque él es ese mundo.

¿Podemos derivar de aquí una efusión panteísta? Sin duda; pero ¡cuidado! El panteísmo de Lugones es un panteísmo estético, no un panteísmo religioso. Acéptese el distinguo, así como se admite un romanticismo psicológico, opuesto a un romanticismo de escuela.

Según advierte un poeta filósofo de Francia — Guyau — dotado de fino sentido poético: *Au reste, un poète qui peint la Nature, et l'âme est toujours plus ou moins pantheiste.*

Lugones se enternece ante la naturaleza. Oídle:

Tan jovial está el prado,
Y el azul tan sereno,
Que me he sentido bueno
Con todo lo creado.

No sólo el prado; también lo arroba la montaña. Al contemplar la imponente magnitud de los Andes, exhorta:

Llebad a los niños que las vean,
Haced que se ennoblezcan de montaña,
Yo, que soy montañés, sé lo que vale
La amistad de la piedra para el alma.
La virtud en los montes se humaniza.

Pero hay en Lugones algo más íntimo, como cuando todo él es un estremecimiento de amor a la tierra, cuando exclama transportado :

¡ Feliz quien, como yo, ha bebido patria
En la miel de la selva y de su roca !

¿ Y los medios expresivos y el instrumento verbal para dar forma a tanto fluir de sustancia poética ? Si es opulento cuando su inspiración se desborda en sonoridades polifónicas, no lo es menos en los medios tonos de su dulzura. Es el mismo fuego en grados disímiles.

¿ Y el idioma, *su idioma* ? Manejado por Lugones, el castellano adquiere una flexibilidad y una extensión poco frecuentes. Hace del adjetivo sustantivos y verbos de lo uno y lo otro. Lo martillea como le place. Las aliteraciones le llevan irresistiblemente a las grandes anáforas ; y cuando se tercia, no elude la anástrofe, si la inversión de palabras sirve a su fin. Para lograrlo, para expresarse en totalidad, para ser fiel a su genio, Lugones recurre a las metáforas más extremadas, pone a contribución el tropo en todas sus formas, enardeciendo la hipérbole, extendiendo la sinécdoque, ampliando la metonimia. En sus diversas combinaciones de número y rima, la expresión métrica incluye los ritmos más armoniosos, los giros más variados, las cadencias más disímiles.

Todavía no se habla aquí de su maestría, de su técnica, de su arte. Se discurre de la acuidad de su visión, de su órgano perceptivo, y de su rica y afinada sensibilidad.

Dirigiéndose a un joven poeta, a quien da consejos en ocho endecasílabos, le prescribe :

Mucho espíritu en poca materia.

No mi grande amigo : *Todo el espíritu en la materia*, como en sus versos, donde el fenómeno óptico, de sensorial, se trocó en espiritual.

Afirmándose, Lugones se amplía. De los colores enteros, de los tonos fuertes, pasó a los matices de más suaves gradaciones. Ya no son los retumbos de *Las Montañas del Oro*, sino los acordes de sinfonías hechas de intimidad y de ternura. Son *Los Crepúsculos del Jardín*, *El Libro Fiel*, *Horas Doradas*, y los sucesivos, hasta los *Romances del Río Seco*, su libro póstumo, henchido todo él de honda autoctonía.

Después de ver despertarse a las montañas de sueños milenarios y oír hablar a los montes y comunicarse de cumbre a cumbre ; después de escuchar el gemido de los árboles heridos por el acero de las hachas y de sentir estremecerse la tierra en cataclismos alucinadores, el fuego de su imaginación se aplaca, se atempera, se torna caricia en la dulzura. Es cuando le detiene un nido mudo, y en el recato de la violeta descubre dormida una estrella.

Con plena razón y conciencia iluminada, dijo Lugones de sí mismo :

Llevo en lo profundo
De mis ojos millares de soles y de estrellas
Con que me revelaron la hermosura del mundo
Los días claros y las noches bellas.

Se habló de los cambios de Lugones. Ha mudado mucho, sin duda. Se transformaron en él la forma y el concepto de la poesía, forma y concepto enraizados siempre en un fondo inmutable. Aquí sí conviene aplicar la idea estabilizadora de Parménides, en oposición al constante fluir huidizo de Heráclito. Existe en la poesía — como en el arte — una realidad inamovible. Repárese en esto : en arte — digo en poesía — cambian los modos de expresión : el arte — la poesía — no. El arte es en esencia siempre igual a sí mismo. Al mudar de estilo no se transmuta en otra sustancia ideal. El arte — la poesía — es uno, como también se define por su intrínseca unidad el poeta : Lugones, repito. Sus cambios fueron de crecimiento, como la semilla en el árbol, como la flor en el fruto ; y por no salir de la planta humana, como la mocedad en la madurez. Evolucionó en su propia órbita, sin salir de sí mismo. Nadie ha podido negar nunca el estilo de Lugones. ¿ Y el estilo no es, por ventura, la personalidad lograda ?

Así como hay un estilo de arte, también hay un estilo de vida. Y frente al sentido nacional la vida de Lugones fue la de un consagrado. En los días, al parecer tan lejanos del sentido y del sentimiento nacionales, aún en esos días estaban presentes en su espíritu un himno y una bandera : no la canción negadora de clarinadas internacionales, no la bandera roja de todos, sino la canción del grito tres veces sagrado de nuestro Himno, y la bandera bicolor ennoblecida por el sol de Mayo ; la de nuestro *epos*, hecha a escalar alturas en la culminación de los Andes para enlazar a otras naciones en una fraternidad libertadora. Véase cómo vibra y palpita el pulso de la fidelidad. ¿ Qué escribe Lugones mientras funda en Córdoba el primer Centro Socialista ? ¿ Qué sentimiento aprisiona al numen poético del represen-

tante de Tucumán y de Córdoba en el primer *Congreso Obrero*? ¿Qué imagen está presente en su espíritu mientras polemiza en defensa de sus principios vindicadores? Ésta: la de San Martín en los Andes, y como numen tutelar, la Patria. Escribe los vibrantes alejandrinos de *Gesta Magna*, un poema nada breve, cuyo final invoca a su tierra con este grito: ¡Madre mía! Así personifica Lugones la tierra libre de sus antepasados, y la suya, la nuestra y la de los diecinueve millones de argentinos ennoblecidos por la Patria libre y libertadora de pueblos de América. *Gesta Magna* es un poema juvenil, magnífico en su grandilocuencia. Bien pudiera ser un capítulo de *La Guerra Gaucha*. Es, desde luego, su prenuncio.

En todo creador auténtico, existe un instinto de fidelidad. Lugones obedeció a ese instinto, y al rescatar al hombre, salvó al poeta. Queda, pues, evidenciada la unidad psicológica del estilo interior de Lugones, su estructura sensible, lo estricto y conexo de ella. La producción de Lugones está centrada en dos temas casi exclusivos: el amor a la Patria y el amor al Hogar. Un solo imperativo en dos formas vitales.



La situación económica de Leopoldo Lugones no fue holgada, nunca, ni en los mejores tiempos. Pero, ¿cuáles fueron esos tiempos mejores? Vivió al día, como vive quien no posee bienes de fortuna y carece de rentas. Vivió de su trabajo, de su inteligencia.

Ya en 1912 escribía a su amigo Joaquín García Monge, director del *Repertorio Americano*, de San José de Costa Rica: « Me dice usted que debiera editar en Europa mis

obras completas. Yo también he pensado en ello, pero la explotación de los editores me acobarda, y no quiero privar a mi hijo de la única herencia que le dejaré. Si yo tuviera un poco de dinero y de tiempo, lo haría por mi cuenta. Pero la vida es una hermosa fiera que no permite la menor distracción ». Como se ve, la vida no le permitía la distracción de editar sus libros en Europa. ¿No es esto desolador? Quince años antes de morir, decía de sí mismo :

Llevo la adversidad
Que en mi íntima copa escancia
El bálsamo de la tolerancia
Y el elixir de la piedad.
Llevo la constancia,
Compuesta de firmeza y humildad.
Como el bronce se forma del estaño y del cobre,
Y me llevo a mí mismo como a un hermano pobre
Que trabajó sin suerte, pero con dignidad.

Y ahora este recuerdo personal, doblemente ilustrativo. Una tarde, salimos juntos de *La Nación*, como otras veces. Mientras cruzábamos la plaza San Martín, Lugones me dijo, en tono de confidencia : *Si no me hubiesen dado el Premio Nacional, me hubiera tenido que pegar un tiro.*

— Cómo, contesté, sorprendido. Son ustedes dos : su mujer y usted, pues su hijo campa por sus cabales. Y tuve la mala idea de recordarle los ingresos percibidos : el sueldo como director de la Biblioteca Nacional del Maestro, la mesada del diario de Mitre, donde, además, le pagaban aparte los sueltos y la colaboración del suplemento dominical. Tras oírme, Lugones se detuvo en seco, me sujetó un brazo con mano fuerte — tenía Lugones fuerte musculatura — y me replicó improvisando esta cuarteta con rapidez fulminea :

¿ A qué viene hacer vibrar
La cuerda que se desgarrar,
Si la hormiga de mi hogar,
Es una alegre cigarra ?

Algún tiempo después, nos hallábam^{os} en su despacho de la Biblioteca, con Joaquín de Vedia, y como se tocara de nuevo el tema económico, repetí yo, dirigiéndome a Joaquín :

¿ A qué viene hacer vibrar
La cuerda que se desgarrar,
Si la hormiga de su hogar,
Es una alegre cigarra ?

Después de oírme, Lugones exclamó : ¡ Es usted un hombre temible !

Lo es mi memoria, opuse yo. Lugones había olvidado la cuarteta de su improvisación, y la recordó al oírme la decir. Repentismos como éstos, no eran raros en él. Pero así como los improvisaba, con la misma facilidad dejábalos desvanecerse en el olvido.

*
* *

La muerte de Lugones no encierra un misterio : denuncia un fracaso. Si tanto logra en vida, si tanto importan sus creaciones en la cultura de Hispanoamérica, si tanto contribuyó él a cimentar el crédito espiritual de nuestra Argentina, ¿ qué fracasó en Leopoldo Lugones, quién fracasó en su vastísima obra de polígrafo iluminado ? En Lugones, el victorioso, fracasó su época, fracasaron los hombres dirigentes de su tiempo. Con el bardo de Córdoba la nuestra, enmudeció el poeta civil, el poeta nacional, voz y conciencia libre

de la Patria. Enmudecieron sus labios corporales, no su verbo inspirado. Muerto el hombre, el poeta pervive en sus cantos cuya resonancia se oirá en el tiempo y a través de los tiempos.

JOSÉ LEÓN PAGANO.

EVOCACIÓN ISABELINA

Se ha cerrado una sala. Su rico y suntuoso interior ha quedado sumergido en lóbregas tinieblas. Y trascurren los días, y persiste la clausura. ¿Qué valen así las riquezas y primores que en ese recinto acumuló su dueño? ¿Quién los pondera? ¿Quién los disfruta?... ¡Ah! Lujos sepulcrales parecen. Mas, al fin, un día uno de los postigos se abre, se descorre una cortina, penetra un rayo de sol, y el antro ciego se trueca de pronto en maravilla de esplendores; como de un caos, surgen mil objetos peregrinos: muebles, púrpuras, damascos, tapices, cuadros, divanes, ánforas, joyeles, que irradian sonrisas de vida y de color.

Tal ha acontecido en una de las reconditeces de mi espíritu, donde, como arrebozados en sombras de olvido, dormían preciosos recuerdos y placenteras impresiones de no muy lejano ayer. Pues, días pasados, invadió mis adentros un benéfico rayo de luz — la vigorosa página de un libro —, y de súbito, a los ojos atónitos del alma, renació un tropel de imágenes risueñas: cosas, sitios, figuras, lumbres, voces de España.



Dos veces — siquiera en horas ya tardías de este mi vivir que va atardeciendo — me cupo la sabrosa suerte de ir a

conocer por vista de ojos la admirable España de innúmeras lecturas. Incansable peregrino, recorrí sus senderos en detenido y devoto itinerario, tan devoto que más de una vez hube de hacerme esta pregunta : ¿ Habrá español que con mayor cariño que este oscuro huésped haya visitado el solar de tantos ínclitos varones ? ¿ Habrá escudriñado alguien con curiosidad más apasionada esas gloriosas tierras, por ir descubriendo antiguos y modernos florones de su tradición y de su historia, de sus armas, de sus letras, de sus artes ; sus grandezas del claustro, del altar, de la magistratura, del trono ?...

Y ved : de este, de un trono, particularmente, son las vivas imágenes que el libro de estos días resucitó en mí : múltiples imágenes evocadoras de un reinado magnífico, el de una mujer singular, única de su clase en el mundo, de una Reina sin par... Y con esto, ya a los labios del lector está asomando el nombre de la inmortal soberana de Castilla, Isabel la Católica, artífice incomparable de la España esplendorosa de los siglos de oro y parte principalísima en el alumbramiento de este joven mundo en que nacimos.

Despliego ante mí el mapa de la Península ; leo nombres cargados de historia ; rememoro los caminos que por allá anduve, y a cada paso percibo las huellas luminosas que imprimieron las plantas andariegas de la excepcional Señora. ¿ Queréis verlo ?

Pues allí tenéis, al norte de la provincia avilesa, la sosegada villa de Madrigal de las Altas Torres, donde, poco menos que escondida, rodó su ilustre cuna. A breve distancia, casi a su vera, la otra villa de Arévalo, no mucho más bulliciosa, pero ufana de sus cien casonas vetustas con frentes ornados de insignias nobiliarias, y sobre todo ufana de aquel

su castillo, hoy remozado, que con tanto fervor recorrí, imaginándome ver en cada rincón a la princesita de cuatro años junto a la madre viuda, doña Isabel de Portugal, o yéndose a la abierta plaza a jugar con otras chiquillas de su edad, y después, ya más crecida, dada allí a menesteres de caridad y de piedad, al estudio, al dibujo, a la pintura y hasta a hablar latín y a endurecer los delicados miembros con rudos ejercicios.

Voy a la primera ciudad de la región, la noble Ávila, cuna de la otra mujer extraordinaria, única también en las empresas del quehacer divino, orgullo también de España, Teresa, la Seráfica Doctora — avilesas las dos debían ser — ; y paso junto al añoso monasterio en que Isabel, colegiala adolescente, completó su primera educación, y a donde un día se llegaron los nobles a ofrecerle a ella, que apenas frisaba en los dieciséis abriles, la corona de Castilla, que su triste hermano Enrique IV, con razón apodado el Impotente, no sabía llevar con decoro ; mas, pues aún vivía el legítimo dueño, rechazó inflexible la insistente proposición.

Allá también, en un punto de las estupendas murallas, me indican la imponente Puerta del Alcázar, que algún año después la vio entrar escoltada por el Gran Capitán ; más allá, el convento de Santo Tomás, fundación de ella y de su real consorte, y en la mitad de su templo, el magnífico sepulcro con la estatua yacente del llorado primogénito, el Infante don Juan.

Cuando subo a Segovia, en el soberbio Alcázar admiro lugares en que, recoleta, vivió entregada a la oración por sus deudos en discordia, y más detenidamente examino la evocativa sala de su exaltación a Reina propietaria de Castilla.

En Valladolid, no puedo olvidar el palacio de los Viveros, donde, a despecho de su infortunado hermano don Enrique, une indisolublemente su destino al del Infante de Aragón don Fernando.

En marcha hacia el oeste, por ir a contemplar en Zamora los restos de los muros y del castillo de doña Urraca, defendidos contra la codicia del rey don Sancho y honrados un día con la embajada del Cid Campeador, paso por Toro. ¿Y cómo no recordar entonces una de las primeras victorias de Isabel, que de allá arrojó las huestes del rey portugués don Alfonso, que había ido a disputarle al cetro como pretendiente a la mano de la Beltraneja?

Cuando, otro día, desciendo a Toledo, busco el sitio de los brillantes Cortes, en que ella, con mano firme de varón, cercenó los poderes abusivos y prerrogativas insolentes de la nobleza, y con admiración visito el precioso monumento de arte ojival florido, mezclado con líneas del Renacimiento, que son la iglesia de San Juan, — dicha de los Reyes, como fundación de ellos —, y su primoroso claustro, a cuya sombra entendieron entonces que se diese descanso a sus despojos mortales y a los de sus deudos.

Ahora, en el mapa, veo a Sevilla. ¡ Cuántas memorias de Isabel allí, sobre todo en aquel salón del Alcázar que convertía en tribunal, sentándose a escuchar quejas de vasallos y a dictar sanciones sabias y aleccionadoras, y que otras veces trasformaba en consejo de guerra para preparar el asalto victorioso contra los últimos baluartes de la morisma !

En Málaga, me parece verla entusiasmando con su gallarda apostura a los soldados, que, al grito de *¡ Castilla, por nuestro Rey Isabel !*, se lanzan al ataque y rinden la ciudad, donde luego, con ternura de madre, logra templar los crudos rigores de su regío esposo contra los míseros vencidos.

¿Y qué no me dice luego la histórica vega granadina, donde por largo tiempo vivió la áspera vida del vivac, y fue estratega, enfermera y aun simple soldado; donde hizo construir el campamento de piedra de Santafé en reemplazo de las tiendas devoradas por el fuego, que casi también a ella la devora; donde, en momento inolvidable, oyó al visionario genovés y le prometió ayuda para la increíble aventura que iba a darle en breve la corona de un mundo nuevo?

¿Y cómo no recordar el ingreso triunfal en la Alhambra; la entrega de las llaves por el humillado Boabdil, a quien la magnánima Reina no consiente se postre a besarle la diestra; el estandarte real ondeando por fin en la torre de la Vela, mientras, desde el llano, lo saluda el ejército con el ardoroso grito de antes: ¡ *Castilla, por nuestro Rey Isabel!* ? Desde entonces, por la brillante hazaña que extendía el dominio de la Cruz a toda la Península, por concesión del Pontífice Inocencio VIII, Isabel y Fernando empezaron a recibir el calificativo de *Reyes Católicos*, antonomasia que les ha reservado la historia.

Si por el Levante, miro al norte, allá está Barcelona, que también me habló de Isabel con el sitio en que me dijeron que tributó solemne homenaje de recepción al gran Almirante Cristóbal Colón, que conmovido ponía a los pies de la generosa Soberana los primeros tributos de las Indias.

¡ Cuánta emoción me embargó en Guadalajara, al entrar en el Palacio del Infantado, ya sin sus magnificencias, ruinoso tras los bárbaros embates de la última guerra civil ! Allí había acudido solícita la Reina para visitar al gran Cardenal Pedro González de Mendoza, soldado devotísimo de su causa, a la sazón enfermo de muerte, y ¡ generosa aceptó constituirse en su albacea !

Y el otro Cardenal estupendo, Francisco Jiménez de Cisneros, su confesor después y sagacísimo consejero, desde su estatua en el claustro de la célebre Universidad de Alcalá de Henares, ¡cuán elocuentemente me decía que solo con el auspicio real de ella, enamorada de la cultura, había logrado crear él allí el plantel fecundo de tantas lumbreras de la época.

Por asociación de ideas, me traslado a la otra Universidad, más antañona, la Salmantina, en cuyas aulas y patios venerables me pareció percibir aún la voz de los sabios maestros: el Tostado, fray Luis, Arias Montano y cien otros. Pues ¿no había de loar allí con mi docto acompañante la amplia protección que dispensó siempre la augusta Soberana a las ciencias, a las letras, a las artes? Y acaso allí mismo fue donde el eminente polígrafo de entonces don Antonio de Nebrija le dedicó a ella el primer código del idioma, su célebre *Gramática castellana*, en cuyo macizo estudio prologal le habla a la « muy esclarecida Reina » de la lengua que « siempre fue compañera del imperio », del imperio que, gracias a ella en gran parte, acababa de trasponer triunfalmente las barreras de Hércules y, clamando: ¡ *Plus ultra!* , iba a señorear las inmensas extensiones del mundo colombino en la inseparable compañía del verbo viril y armonioso de Castilla, heraldo de las leyes de Dios y de la humana convivencia.

Cuando, camino de la ciudad del Tormes, hube de parar en Medina del Campo, con muy grata sorpresa vi alzarse ante mi vista el airoso castillo de la Mota, en cuyo recinto había convocado Isabel las probablemente primeras Cortes de su reinado para adoptar las medidas oportunas aconsejadas por la prudencia, vistos los marciales aprestos del monarca por-

tugués. Y en ese mismo lugar treinta años después, en noviembre de 1504, en un codicilo agregado al testamento, ordenaba la Reina se tratase a los aborígenes de América con la mayor bondad, mostrándose una vez más madre buena de sus pueblos, porque casi en seguida, allí mismo, tras plácida agonía, entregaba a Dios su alma profundamente religiosa.

Y entonces me figuré el solemne cortejo, que, partido de allí, entre las lágrimas de multitudes de vasallos fieles, que acudían presurosos a rendirle el tributo del más sentido adiós, condujo los augustos despojos hasta la Capilla de los Reyes en Granada, donde con anterioridad había podido yo contemplar el sarcófago, ciertamente más suntuoso que el que ella había ordenado, y donde al fin descansa de sus extraordinarias fatigas junto al noble esposo, emulador dignísimo de su genio político y participe feliz de sus atrevidas y heroicas empresas.

¿Veis? ¡Cuántas veces, la Reina ejemplar ofreciéndose por doquiera en sus dominios a la admiración y al aplauso! Y no he de olvidar que, subyugado por la grandeza de sus realizaciones, aun en la víspera de mi retorno a la patria, quise en Madrid, en el extremo de la famosa avenida de la Castellana, saludar una vez más, en la gloria de su monumento, a la auténtica e inmortal Castellana, la Reina Católica, señora entre las reinas, que allá cabalga con bizzarria sobre el alto pedestal, empuñando el signo de la Cruz, entre dos insignes personajes que la escoltan de pié y son símbolos de su reinado: a la diestra, el ínclito Cardenal Mendoza, y a la izquierda, el genial don Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán.

Llegado a este punto, dejad que, para no pecar de prolijo. aparte el mapa glorioso, y me declare afortunado por mi encuentro con el libro iluminador, al cual debo la dulce fruición de haber vuelto a vivir momentos tan fúlgidos de mi viaje español, y esta nueva declaración de la profunda simpatía que siempre, desde la remota infancia, he sentido por la excelsa Señora de Castilla, madre sin par de las gentes innúmeras puestas, por celestial designio, bajo su cetro de oro.

RODOLFO M. RAGUCCI, S. D. B.

LA REENCARNACIÓN DEL POETA

Para resguardarme de la agüita casi impalpable de la *bruine*, espesada en gotas, me acerqué al Louvre. Me senté en un banco adosado al enorme edificio. Tenía por delante los jardines de la estatua de Lafayette, siempre solitaria. Un poco más lejos, cada ómnibus ruidoso rozaba el feo monumento de Gambétta.

Al rato vino una adorable viejita francesa, y se sentó a mi lado. Me saludó encantadoramente, con un niño rubio que tendría unos siete años.

Una bandada de pájaros bajó de no sé donde. La señora abrió una bolsa delicada y ancha. Sacó unas tajadas de pastel, que arrojó en menudos trozos. Los pájaros piaban. El niño reía.

Al rato, cuando el chico se dió a espantar los pájaros con un bastón, la anciana se dió cuenta de que era el mío.

Pardon, Monsieur. Trae en seguida el bastón. Ven queridito. *¡ Oh !, il s'en va.* Este señor se enfadará.

Pardon, Monsieur. Era una voz suave, acariciante, mimosa, aniñada. Sonaba pura, como una nota musical, en las *e mudas* finales. Salía de dos labios pálidos, casi blancos, rozando las sílabas, como si fueran una cristalina caja de resonancia.

El niño se alejó corriendo por el veredón que va al viejo Louvre.

Al oír una trivial frase mía, respecto al bastón, la señora me miró sonriente. Me preguntó si era inglés. Cuando supo que yo era argentino, me miró con extrañeza. Tenía una vaga noción geográfica de nuestro continente. Después de unas palabras más, nos quedamos en silencio. En este instante el niño pasaba bajo la puerta del reloj.

Cuando volvió, se sentó a mi lado. Me devolvió el bastón, con un exquisito teatro de petimetre, y se puso a silbar muy quedo, en tanto que los pájaros picoteaban, otra vez, las migajas que sacaba de la bolsa la mano elegante de la abuela.

C'est un ange, n'est ce pas ?, murmuraban, casi sin moverse, los labios casi exangües de ella.

Dos minutos más tarde hablábamos como viejos amigos.

Fue la conversación más extraordinaria que tuve en mi vida. Quedó grabada en mi memoria, como si yo la hubiera escrito por un misterioso proceso de estenografía espiritual. Voy a transcribirla, desde la primera palabra que despertó mi asombro hasta la última con que se despidieron las dos personas divinamente absurdas. Viví en la obsesión de que soñé el diálogo y la escena, porque es imposible que existan en el mundo almas semejantes.

NIETO. ¿Este señor viene de lejos, del país donde nacen los sueños, abuelita ?

ELLA. Creo que sí. Pregúntaselo a él.

NIETO. ¿Viene usted señor, del país de los sueños ?

Yo. (Sonriendo). Sí, amiguito. Allí nacen los sueños que vienen a llenar de hermosura las cabecitas de los niños que viven en París.

ELLA. ¡Qué bueno es usted! Todos dicen a mi amorcito del alma que las cosas que los niños sueñan, cuando están despiertos, son mentiras de las personas grandes.

Yo. ¿Las cosas que los niños sueñan, cuando están despiertos?

ELLA. Sí, cuando están despiertos o dormidos. Es lo mismo. ¿No es verdad que no es mentira, señor? ¿No es verdad que lo que los niños sueñan existe en la vida?

Yo. (Un poco inquieto). Si señora. ¿Le place la educación de los niños por la belleza de la fantasía?

ELLA. ¿Fantasía? No hablo de la fantasía, sino de la realidad. ¿A qué llama usted fantasía?

Yo. Llamo fantasía, resumir en una idea, los sueños y la realidad.

ELLA. No señor. Mi nieto y yo sabemos que en lo que se piensa y se siente no hay fantasía sino pura realidad, tan real como este palacio, este jardín, usted y yo. Esta mañana, cuando veníamos al Louvre, Alfredito caminó hablando en voz alta con un hada. Yo la veía andar maravillosamente entre nosotros. Es la madrina de sus sueños.

Nieto. ¿Hay muchas hadas en su país, señor? Hoy me dijo mi madrina, que lejos, muy lejos, donde nacen los sueños, Dios creó un bosque en que viven las hadas, visibles para todos, como aquí. Aquí para verlas, hay que cerrar los ojos y escuchar en la sombra.

Yo. Sí, queridito. Mi país está embellecido de hadas. Pasean con nosotros. Nos dicen los misterios de las cosas. Nos hacen pensar constantemente qué es necesario ser buenos.

ELLA. Cuénteles, señor; cuénteles lo que usted sabe. Dios lo ha traído hoy a nuestro lado, para que este hijito

mío, que no oyó sino palabras desoladoras, sepa que su abuela no miente.

Yo. Estoy aquí por casualidad, señora.

ELLA. Es un ángel, señor. Con su alma de dos años, me enseñó la verdadera realidad de la vida. Fue mi maestro, señor. No yo el suyo. Cuando apenas comenzó a hablar, ya decía ideas extrañas, prodigiosas, sublimes, perfectas. Yo no sabía si escuchaba la voz que salía de su amor de boquita, o a Jesús discutiendo, de niño, con los Doctores en el templo. Es la reencarnación del alma de su padre, señor. Lo sé porque las palabras tienen la misma repercusión en mis adentros. Cuando sus ojos se encienden y obran en profunda luz que parece venir del infinito del tremendo divino del más allá, el mundo material se transfigura en belleza para mí. Es el preludio del milagro. Un instante después, sus labios pronuncian palabras que son himnos, himnos que son la esencia armoniosa de una vida de hombre y no simples frases inspiradas de niño.

Yo. (Viendo alejarse a Alfredo). Es un niño, señora, con el encanto primaveral de los siete años. ¿Tiene ocho años, no es verdad?

ELLA. No. Nació en la guerra, el 8 de junio de 1918. Su padre no lo conoció. Esa misma mañana moría en el frente. Por ello pudo reencarnarse en él.

Yo. (Con torpeza). ¿Es usted teósofa, señora?

ELLA. No. Soy una madre que ve al hijo en el nieto. ¿Por qué complicar la evidencia, que me da la realidad, con las teorías de los hombres? Si usted pudiera oír una semana entera a Alfredo no tendría necesidad de

acudir a la teosofía para explicarse mi fe en la reencarnación del padre en el hijo.

Yo. Hasta ahora sólo vi en él al niño.

ELLA. Tal vez se ría de mí, por dentro, señor. Hace mal. Hay seres a quienes Dios concedió el poder sobrenatural de penetrar, con un sexto sentido, los misterios de la vida y el destino de los hombres. Ven el porvenir, que para ellos es presente, porque el tiempo está en el seno inmóvil de la eternidad. La eternidad ignora el transcurso del tiempo. Yo sabía ya, desde su infancia, cuando nadie pensaba en la guerra, que mi hijo moriría en una batalla. Sé también, ahora, lo que viene detrás del instante que estamos viviendo. Por eso me alejo del presente, con todas mis fuerzas. Y me voy al mundo de los sueños donde el tiempo no pasa. Lo que está por suceder llega, irremisiblemente. Nuestros días están señalados de una manera inequívoca y fatal. La hora en que mi nieto ha de morir está cercana.

Yo. ; Señora !

ELLA. Es tan cierto, señor, como esta conversación.

Yo. ¿Cómo puede usted decir eso? Su espíritu siente, todavía, el horror de la tragedia que se llevó a su hijo.

ELLA. No. Cuando supe la noticia, sufrí por el dolor de sus heridas horribles. Nada más. Estuve esperando la noticia fatal desde el primer día de la guerra. Era la inmensa batalla de mi presentimiento.

Yo. Este niño es la divina recompensa que el destino da a su amor de madre. En él usted ve revivir a su hijo.

ELLA. Sí, en él revive. Para irse después, como él. Sé el

día preciso en que se irá. Su alma, señor, no es de este mundo.

Yo. Por grandes que sean, señora, las almas son de este mundo.

ELLA. La suya no. La suya está en su cuerpo por designio misterioso de Dios. No le pertenece. Es ajena. Desde que comenzó a hablar, sus labios dijeron palabras enormes para su cerebro. Resumían treinta años de la vida estupenda que realizó el alma de Poeta y Santo, que mi hijo llevaba en su cuerpo perecedero. Hay noches, en que lo pongo en mi regazo, para hacerlo dormir. Sus ojos se cierran. Sus manos buscan la mía. La acarician como si fuesen besos de seda que vinieran de una amorosa boca invisible. De repente habla. Dice cosas que sólo pueden caber en la voz de Dios, transubstanciada en un hombre. Es un himno. Viene de quién sabe donde, tal vez del seno de la eternidad. Fluye de la abundancia de la felicidad que mana un místico en éxtasis, al contacto de su ser con Dios. Me cuenta los secretos de la química inverosímil que brota de la tierra en el prodigio de la flor. Me desentraña los enigmas que cargan las almas en el azar de los acontecimientos. Me pone en presencia del universo invisible que rodea infinitamente la pobre realidad aparental. Nosotros la percibimos con los cinco sentidos del cuerpo y el minúsculo don de la intención puesta por Dios en los corazones, como una limosna, para que seámos ciegos del todo ante los enormes abismos de la verdad. Si yo pudiera, señor, apoderarme de sus palabras; vestirlas del acento sobrenatural que sus labios les prestan; escri-

birlas en un libro y darlas luego al mundo, la humanidad conocería, a través de la traducción espiritual de un niño de siete años, qué poeta sin igual fue el maravilloso hijo mío que se me fue, en una inmensa batalla, diez horas antes de nacer mi nieto.

Yo. ¿Por qué no lo tienta usted, señora?

ELLA. Imposible. Temo moverme, y que el encanto desaparezca. Mientras habla, el cuerpo se aliviana como si fuera espíritu puro. Retengo el aliento, que pueda rozarlo. Hago callar al corazón, para que no retumbe como un trueno, cuando estoy por dejarme llevar por el frenesí de mi admiración.

Yo. Debe ser usted muy feliz mientras vive en el portento.

ELLA. ¡Oh, sí! Soy dueña de la mayor riqueza espiritual existente. Me la transmite un hombre, que recogió la belleza de la vida como una abeja milagrosa. La vuelca, sobre mí, desde el más allá, en el vaso de pureza divina que es el espíritu intacto e inmaculado de un niño. Lo terrible de mi éxtasis es saber que mana de quien pronto debe morir, también, por exceso de alma.

Yo. (Callo de emoción. Una ala trágica roza mis sienes. Ha desaparecido de mi conciencia la realidad de hombres y cosas. No sé cuanto tiempo pasamos así, en un silencio inexpressablemente henchido de voces interiores. Dejé de ser yo mismo. Vivo en el sueño ajeno).

Nieto. (Que vuelve a nosotros). Me fuí lejos para estar solo y pensar en el país de este señor, abuelita. Debo haber estado allí alguna vez. Seguramente fue cuando me hice amigo de las hadas que me visitan. ¿Todas, todas, vienen de allá, señor?

Yo. Tal vez haya otro país en que nazcan hadas, queridito.

Nieto. Hace apenas un momento andaba una entre las flores, disfrazada de mariposa. Daba vueltas sobre mi cabeza, como si quisiera decirme un nombre en una lengua extraña. Esta noche, abuelita, soñaré un sueño muy hermoso. Mañana me repetirás las cosas que diré. Los países que están lejos son los únicos en que puede vivir un alma como la mía.

ELLA. Siempre me lo dijo tu padre, amor mío. Lo que no se ve por falta de sentido de lo invisible, es la única realidad del alma. Mi amorcito, señor, vive en una realidad que jamás se enturbia, que jamás se marchita, que jamás le muestra el contacto repugnante de la decrepitud. ¡Felices son los que se van de la vida en la plenitud del sueño intacto, viviendo divinamente desde el nacimiento! Yo también soy feliz. Tuve la gloria de verme envuelta por las alas de un sueño ajeno. Dios realizó el milagro de dejarme ver como brota, en el alma de mi nieto, el hontanar de la única realidad inexistente de lo invisible. Dios, en mis últimos años, gracias a mi hijo, me dió la dicha anticipada del reino celestial. ¿Tiene usted hijo, señor?

Yo. Si, señora, tres.

ELLA. ¿Están en París con usted?

Yo. No, señora. Uno solo está conmigo aquí. Dos quedaron en mi casa con la madre.

Nieto. ¡Oh! Estarán, ahora, con las hadas, en el esplendor del sol, en un claro del bosque, donde los árboles parecen más verdes porque el azul del cielo es de intensidad casi artificial, cantando, jugando, soñando. Leí, en un libro, que los países lejanos son tan her-

mosos que no pueden ser presentidos, siquiera, por los niños de París. Abuelita me dice que lo único digno de ser amado, es lo que está tan lejos que nunca se logra alcanzar. Yo todo lo alcanzo porque las hadas me lo traen. Hace un momento, la mariposa me trajo una imagen encantada de su país. Montañas muy altas, selvas infinitas, ciudades de colores, hombres felices que hermozeaban la vida, porque sus almas son nobles, puras, absortas de amor, por lo bueno y lo bello que Dios creó en la humanidad y las cosas.

ELLA. Muy bien.

NIETO. Usted es bueno, señor. Viene del país lejano. Si quiere contarme su historia, lo escucharé en silencio. Así oigo las voces misteriosas que hablan de noche, en mis sueños.

Yo. ¿Qué oye usted, querido niño, en la noche, cuando hablan las voces?

NIETO. No podría decirlo. Yo mismo lo ignoro. Abuelita me cuenta al otro día lo que yo digo, pero yo no puedo. Es como decir una música, un cuadro, una emoción. La palabra rompe el encanto de lo que es. Si oigo una música me alzo alto, muy alto, me llega lejos, muy lejos. Despierta ideas e imágenes que no sé si son mías. Durante el momento en que existe en mi alma, puesto por la potencia milagrosa de las notas, el éxtasis me engrandece tanto que me parece llevar un mundo en mis adentros. ¿Cómo puedo traducir en frases un estado en que yo dejo de ser yo? Igual sucede con las voces que me hablan en mis sueños. A veces leo páginas de versos, que abue-

lita me trae. Las letras están inmóviles en las hojas, formando palabras. En cierto instante, cosas que no son palabras ni letras, empiezan a moverse por detrás de mis ojos. De las páginas brotan perfumes, sonidos, colores, formas. Se entremezclan. Los colores se confunden en sonidos. Manchas azules, verdes, rojas, amarillas, blancas, se funden, se superponen, se combinan y suenan en el espíritu como notas de sinfonía. Es más música que la música, porque tiene la inmaterialidad de no nacer de la vibración visible de una cuerda o del aire en el tubo de una flauta. Los sonidos, a su vez, se glorifican en ideas profundas. El ritmo del verso, es melodía recóndita y profunda que no se parece a nada existente en el mundo, porque equivale a una realidad no perceptible para las manos, para los oídos, para los ojos. Tengo en mi interior un universo que vive intenso y perfecto como usted mismo. Nunca sé si vivo en este mundo de afuera, en que las cosas nos oponen resistencias, o en mi propio mundo de adentro, donde no existen el tiempo ni el espacio. Siempre se me confunden prodigiosamente en una sola realidad, que a ratos me desconcierta. Nadie que no sea mi abuelita, señor, nada conoce del encanto mágico que es vivir en el universo que ninguno ve.

Yo. (Después de un silencio largo del niño, en que no sé si yo también estoy soñando o pensando). ¿Cómo educó usted a su nieto señora? Habla como si no fuera él. Esto es como un sueño para mí.

ELLA (Sonriendo de dicha). ¿Vé usted? Es la influencia milagrosa del universo que ninguno ve. ¿No le parece

a usted estar escuchando, en este tesoro de boca, una voz que da a la vida una significación enorme?

Yo. No comprendo, ninguno comprenderá. Este niño dice cosas que no me atrevo a ahondar. Pueden ser terribles como una mala herencia, o divinas como un asombroso genio humano, que descubre en su alma un Universo. Lo que digo es maravilloso, simplemente maravilloso.

ELLA. Usted es la única persona a quién él confió uno de sus secretos.

NIETO. Usted es el único que me ha escuchado con ojos profundos, llenos de muda y seria interrogación. ¿Será porque viene del país de los sueños?

Yo. No. Soy yo quién vino al país del sueño. Lo llevas en tu alma.

ELLA. La vida es así. Cuando vamos en busca de la belleza, no siempre la encontramos. A veces viene sola a nosotros, y nos purifica para la eternidad.

Yo. ¿Cómo forjó usted este prodigio?

ELLA. Yo no lo forjé. Fué « él ». Es « él ». Usted oye de su boca la experiencia idealizada del alma que se fue el día en que el hijo nació. Yo no hice sino ayudarla a manifestarse en el cuerpo que crecía como una flor en su primavera. El arte mío consistió en dar al niño un purífico ambiente espiritual, para que no hubiera contraste entre la sabiduría del poeta muerto y la ingenuidad de este ser divino que Dios me confió en el milagro de una resurrección...

Yo. Es extraordinario. Es extraordinario.

ELLA. No. El milagro nunca es extraordinario. Una vez que se realiza, podemos vivir sin asombro en él. ¿Considera usted que el sueño sea milagroso, acaso?

YO. Tal vez.

ELLA. Sí, tal vez.

NIETO. Es el único sentido natural que tiene la vida.

ELLA. ¿Considera usted milagroso el sentimiento de la belleza?

YO. Sí. Por él nos alejamos del terrible dolor filosófico que es la vida.

ELLA. El mundo de los sueños y el sentimiento de la belleza y el sueño, son los únicos estados espirituales, vencedores de la vida. Hay mucho en el alma de bueno y mucho de malo. Los individuos se dejan llevar por el azar que forja los altibajos de los días. Cada uno trae un placer, que muere en desilusión. Cada uno se acaba a su modo, hurtándonos un girón del alma. Vivimos en comunión con los hombres, porque no hay un deseo, ni el más egoísta, que se satisfaga en la soledad. Nos hieren todas las zarzas del camino, todos los aguijones de la maldad, todas las melancolías de los que nos sacia. El bien se paga con ingratitud, la generosidad con envidia, la grandeza con odio. La vida está hecha de enormes mentiras.

NIETO. Hay también la verdad enorme, sobrehumana del ideal. Por él un hombre muere. Anoche lo decías, abuelita.

ELLA. Hay también la verdad enorme, sobrehumana, de la vida en plenitud. El ideal es la verdadera vida.

YO. Hay ideales ponzoñosos.

ELLA. No. No hay ideales ponzoñosos. Ni del odio, cuando es inmenso y abraza a la sociedad que la provoca, o a la misma humanidad. El odio al hombre, como especie, equivale al amor del hombre. Por exceso de

ideal, por esperar demasiado del hombre, cuando uno lo ve miserable, ruin, rastrero, enconado, perverso, cobarde, le escupe su odio a la cara. Quién odia a un hombre, odia. Quien odia al hombre, lo ama. El ideal es la verdad enorme de la vida, porque es lo único que la hace tolerable. Cualquier ideal purifica y humaniza.

Yo. Hay ideales bajos.

ELLA. Llamo ideal a lo que está más allá, o más arriba del hombre. La lujuria, la ambición, la vanidad, el orgullo, la avaricia, tienen su fin en el individuo. Por poderosos que sean no son un ideal. Ideal es necesidad de dar algo mejor a los hombres. El que crea, el que piensa en verdad, el que quiere elevar a sus semejantes, tiene un ideal, porque se da en don generoso de sí mismo. La vida está hecha de mentiras enormes cuando uno vive como « vida » individual. Entonces hasta el amor, todo es mentira. La solución lógica, la única solución, es el pesimismo o la amargura formidable del Eclesiastés. Cuando el hombre la vive, dándose en bondad, en amor, en belleza, en sueños, la verdad es más grande que las más enormes mentiras. Es hermoso saber que uno hace el bien sin contaminación de egoísmo ; que ama la humanidad sin esperanza de retribución ; que se eleva a las fuentes supremas de la creación artística para hacer del hombre un émulo de Dios ; que busca por la vía de la ciencia, la eterna ley del orden y las transformaciones de las cosas ; que envuelve su alma en una infinita ilusión de sueños, que son amor, belleza, bondad, fantasía, para vencer las miserias deprimentes

de la vida. Ésta es la educación que dí a este amorcito querido de mi nieto. ¿Conoce usted un sistema más sencillo, más perfecto, más humano?

Yo. Tiene usted razón. El hombre que fuera así, sería mucho más que un hombre. ¿No teme usted que su nieto esté un día desamparado, ante las mentiras enormes de la existencia, que él ignorará del todo?

ELLA. No. Cuando pudieran rozarlo, él ya no estará en este mundo. Se lo dije a usted.

Yo. ¡Señora! No diga estas cosas. Hacen mal, en la vida y en la muerte.

ELLA. Si quiere, callaré. ¿No ve como sonríen sus labios? Él sabe, como yo, que su destino es fatal.

Yo. Pero ...

ELLA. ¿Acaso tiene importancia la muerte? Nadie piensa en los millones de hombres que murieron, ¿Qué queda de lo grande, lo bajo, lo noble, lo ruín, lo trágico, lo ridículo, lo divino, lo bestial, lo informe, lo santo que vivieron? La tierra no guarda el polvo junto de cuatro generaciones. ¿Es más mi nieto que la gigantesca cosecha de la muerte? Se irá temprano. Para la especie humana es lo mismo que irse tarde. Lo demás no cuenta.

Yo. Pero aquí está todavía. Uno no puede razonar filosóficamente sobre la muerte, cuando tiene delante a un ser que vive en la plenitud divina de los siete años.

ELLA. Se equivoca usted. Yo sé que se vive después de la muerte, porque en este ser veo revivir al hijo que se me fue en la gran batalla de Francia.

Yo. Palabras, señora, palabras. Si llegara a ... No, no sigamos hablando de esto. Más hermoso es lo que usted me decía hace un momento.

NIETO. Más hermoso es no eludir ninguno de los abismos formidables de la verdad.

ELLA. Más hermoso es esforzarse, por saber, que obligarse a ignorar.

Yo. Pero ...

ELLA. ¿Por qué espantarse de su vecindad, si nadie puede prolongar la vida más allá de un límite miserable? La muerte viene siempre buena, mansa, fatal como un destino irremisible. Mi nieto se irá como usted, como yo, como todos. Dentro de dos años, de diez, de ochenta, ¿qué es la pequeñez de un número en la inmensidad del tiempo? Mejor es que se vaya después de vivir, a la sombra de los sueños, las horas más divinas de un ser humano.

Yo. ¿Las vivió, ya, acaso?

ELLA. Hice de su vida un poema prodigioso. Dí a su espíritu sueños y belleza como único horizonte. No conoció otra realidad que el universo invisible, envoltura de estas cosas sensibles que los hombres tienen, desgraciadamente, por única realidad. Todo en la naturaleza le habló con la voz suprema que murmura en voz baja, para los iniciados, el alma oculta de las formas. Vio lo que está más allá de nuestros ojos; oyó las palabras secretas que dice la vida, en cada ser, del amibo al genio, mientras se transforma en color, en perfume, en movimiento, en esencia. No fueron más hermosos los sueños de sus noches, que la realidad de cuento de hadas con que iluminó sus pocos días. Nació con la plenitud armoniosa del alma del padre encarnada en la pureza incólume de su cuerpo de niño. ¿Qué más necesito

para saber que Dios me concedió la gracia infinita del milagro?

Yo. Para lo que es la vida, y de la vida viene, la vida, señora, consiste en vivir armoniosamente en la visible realidad.

ELLA. ¿No es lo mismo que yo quise para mi nieto?

Yo. No, señora. Usted le dio solamente la vida que consiste en soñar. Bendita sea usted por haber rodeado de belleza y de amor, estos siete años prodigiosos. Hablar por la boca de un niño palabras que parecen ser, en verdad, ecos de un alma de hombre encarnada en una infancia en flor. Para usted, Alfredo es reencarnación de un alma. Créalo. Para mí, Alfredo, es el milagro del genio. Después de oírlo tengo la evidencia de que el destino me colocó, hoy, en presencia, de un prodigio. Este niño sueña y habla como un gran poeta de alma vastísima y pura.

ELLA. Es el alma de su padre. El misterio es sencillo.

Yo. ¿Por qué quiere usted tener el egoísmo enorme de convertir a su nieto en exclusiva realización de una idea? ¿No ve usted que no tiene más fundamento que su desesperación de madre ante la muerte del hijo? ¿Por qué no quiere usted creer, más bien, que este niño prodigioso es la suprema flor de poesía que su carne de mujer da a la humanidad, a través de la carne del poeta que murió por la patria? ¿Por qué cegarse con el orgullo inverosímil de hablar como un oráculo de Dios, profetizando la muerte de un hijo predilecto de Dios?

ELLA. Usted no puede comprender el misterio de mis palabras. Juzga la vida a la medida del hombre.

Yo. ¡ Oh ! ¿ Con qué medida debo juzgarla ?

NIETO. Con una medida más alta, cuyo secreto está en Dios.

ELLA. No tengo ni egoísmo, ni ceguedad, ni orgullo. Dije a usted, con palabras que ningún hombre oyó de mis labios, la verdad sencilla de una vida. Era natural que usted no la comprendiera. Es difícil conversar cuando se habla, desde distintos planos, de lo que es un alma. Usted me cree loca, o que mi cerebro vive exacerbado por el dolor. Es más o menos lo mismo. En su asombro ante estos dos seres estraños que el destino sentó a su lado, en un banco del Louvre, usted olvida los casos semejantes que existen en la historia.

Yo. ¡ Señora ! Dígame usted qué casos.

ELLA. ¿ Acaso es posible decirlos ? Cuando dentro de pocos meses muera mi nieto, nadie sabrá que su muerte es el cumplimiento de una ley ineludible. Será una unidad entre los millones de niños, cuyos nombres se escriben en una losa, y nada más. Lo mismo sucedió con otros que se fueron antes que él. Sólo usted, si un día pasa cerca de la tumba, y ve su nombre junto a una fecha, dirá que Alfredo llenó su misión en la tierra, muriendo en su hora.

Yo. Tal vez no lo diga. Pensaré entonces, únicamente, en la tragedia del genio muerto en la niñez.

ELLA. Sería, además, inútil, que usted dijera la verdad. Nadie creerá aunque usted lo jure, que una abuela profetizó ante usted, meses antes, que esta magnífica criatura pronto se iría de la vida.

Yo. Esta conversación es ya una cosa increíble.

ELLA. El azár, suponiendo que haya azar en un solo acto de

la vida, lo traje hoy al Louvre. Escuchó de mis labios palabras que me asombran todavía. Nunca creí que pudiera decirlas a nadie. Le hablé como a un viejo amigo, porque dijo a este tesoro que usted venía del país de los sueños. La frase, por arte de encantamiento, me dio la alegría de oír algo en boca ajena, aunque fuera un eco de mi alma. No se asombre usted de esta conversación. No me crea una mujer enloquecida de dolor por la muerte de un hijo.

Yo. Usted sufrió demasiado, señora, cuando supo la noticia el mismo día del nacimiento del nieto.

ELLA. Sí, al principio. Apenas duró dos meses. Una tarde vi en el fondo de estos ojos el alma resurrecta de mi hijo. Fue el pasmo inefable de la revelación.

Yo. Con todo, ha debido seguir sufriendo hasta hoy.

ELLA. Usted me envidiaría, señor, si usted supiera qué maravillosa es mi vida desde que conocí el misterio de la hora en que la muerte vendrá a llevarme a mi nieto. ¿Cree usted que su corazón es capaz de comprender los designios de Dios?

NIETO. Es hora de irnos, abuelita.

ELLA. Si, querido, nos vamos. No piense mal de mí, señor. Estoy viendo en sus ojos un doloroso sentimiento de piedad.

NIETO. No, abuelita. Un señor que viene del país de los sueños no piensa mal de las almas santificadas por los designios de Dios.

Yo. No, señora. Usted está viendo un profundo sentimiento de asombro. No creí nunca que un ser humano pudiera hablar, con palabras semejantes a las tuyas, de la vida que se sueña y de la muerte que

amenaza a un niño tocado por el signo misterioso del destino. Yo puedo mirar la vida solamente a la medida del hombre. En horas magníficas de recogimiento, cuando nos parece que estamos en contacto místico con la esencia sutil y secreta del universo, yo también pensé, a veces, que el enigma del espíritu no puede ser concebido desde el punto de vista de la medida del hombre. Hoy me ha dicho usted palabras que pueden tener la significación recóndita de la verdad, o ser, no más, la expresión de un dolor que enloquece.

ELLA. O un dolor que purifica y exalta.

Yo. ¿Para qué seguir? Usted está por irse. Antes debo decirle que siempre llevaré en el alma el recuerdo de este instante. Si yo pudiera prolongarlo lo haría. Es rara la vez que Dios nos concede el derecho angélico de poder oír, habladas o escritas, palabras que tal vez vengan del seno del Señor, que es el infinito, y es la eternidad.

ELLA. Vengo a menudo a este sitio, señor, cuando estoy sana. Como ve usted, los pájaros son mis amigos. Quizá me encuentre usted otra vez, si vuelvo.

Me dieron las manos y se fueron.

Los vi perderse por las grandes arcadas que llevan al viejo Louvre.

Ni siquiera pensé en seguirlos, para saber quiénes eran.

Me quedé solo. Pensando.

Todo el día anduve con la obsesión de los seres extraños y admirables que el azar de unas gotas de agua puso en mi camino.

Si yo fuera capaz de escribir lo que realmente oí, hace unas horas, de sus labios prodigiosos, en vez del vacío y pobre diálogo en que me he puesto a traducir el encanto de unos minutos de asombro y de pasmo, estas páginas serían de una absoluta belleza platónica y suprema.

Fue un poema digno de ser escuchado y reproducido por un alma infinitamente más grande y pura que la mía.

Veinte veces volví al Louvre, a esa misma hora, esperando.

La abuela y el nieto nunca más aparecieron, hasta mi última mañana de París.

París, 4 de julio de 1925.

SONETOS DE LA AUSENCIA

I

Esta ausencia de ti, que es tu presencia,
puebla mi soledad de tu ternura,
y se llena el camino de la pura
caricia de tu sombra que es tu esencia.

Este abrazo del viento en la inclemencia
es lo cierto de ti, lo que perdura ;
tu dulce eternidad, esta locura
de quemarme en la llama de tu ausencia.

Y es todo lo que tengo, cuanto deja
el desvelo de amor a mi ventura :
miel de nostalgia de encendida abeja.

Que en este torbellino que me aqueja
el tiempo en mi dolor te transfigura,
¡ y más te acerca cuánto más te aleja !

II

¿ Qué es lo que queda, dí, de lo que ha sido,
de aquello que por ser nunca fue nada,
de la llama de amor que, ya apagada,
alumbra en el recuerdo detenido ?

¡ Puedo decir que nada ha perecido,
si recuerdas aún la voz amada,
o el silencio, o la luz de una mirada
de quien en otro tiempo te ha querido !

La esencia no perece, lo presiento ;
lo que el tiempo se lleva es poca cosa ;
contra la eternidad no puede el viento.

Él nos roba la llama de la rosa,
pero no aquel divino arrobamiento
que vivimos los dos en cada cosa.

ANTONIO DE LA TORRE.

ACUERDOS

IV Congreso Argentino de Escritores. — En la sesión del 16 de octubre, se leyó la invitación formulada por el señor Presidente de la Sociedad Argentina de Escritores, don Carlos Alberto Erro, para que la Academia participara en el IV Congreso Argentino de Escritores que había de realizarse en Mendoza desde el 22 al 25 de octubre. A propuesta del señor Presidente, don José A. Oría, y teniendo en cuenta que dicha Sociedad representa a gran número de escritores argentinos, así como la laudable conducta que tuvo en años de prueba para la cultura nacional, se acordó enviar un representante. Fue elegido para ese cargo el señor académico don Fermín Estrella Gutiérrez.

El impuesto a los réditos y el trabajo del escritor. — En la sesión del 16 de octubre, la Academia Argentina de Letras resolvió dirigir el siguiente petitorio a las autoridades nacionales :

« La ley de impuestos a los réditos grava, como réditos de cuarta categoría, las sumas que los escritores y, en general, los trabajadores intelectuales, perciben en concepto de derechos de autor o de remuneraciones por su actividad literaria.

Si el autor publica sus propias obras la Dirección de Réditos lo considera comprendido en la tercera categoría, pues entiende que con ello el escritor realiza un acto de comercio. Sin embargo, todo el mundo sabe lo que ocurre en la realidad. Un escritor no edita sus obras para comerciar, sino por vocación, por el deseo de lograr fama y gloria literarias y porque no encuentra editor que quiera arriesgarse a correr con los gastos de la edición. Salvo rarísimas excepciones, la publicación de un libro por cuenta

propia significa para el autor un verdadero sacrificio. No sólo debe procurarse, a menudo con grandes privaciones, la suma necesaria para imprimirlo, sino que casi nunca la recupera, pues entrega la obra en comisión a un librero para que se la venda. No efectúa, pues, un acto comercial. A pesar de ello, la ley le causa un doble perjuicio: le reduce el mínimo no imponible a doce mil pesos, en lugar de los cuarenta y cinco mil de la cuarta categoría, y le obliga a llevar una contabilidad que le hace perder tiempo, dinero y trabajo.

El Estado, que no protege de ninguna manera a los escritores, podría ayudarlos, por lo menos indirectamente, exceptuándolos de pagar el impuesto a los réditos. A este respecto merece señalarse que, como lo recordaba hace pocos días la carta de un subscriptor, publicada en el diario *La Nación* del 9 de octubre, «con una clara conciencia de la cultura, el doctor Roberto M. Ortiz, cuando fué ministro de Hacienda, eximió a los escritores del impuesto a los réditos». Para ser justos, debe añadirse que esa resolución del doctor Ortiz se dictó a pedido de la Academia Argentina de Letras.

Como no es fácil establecer la extensión en que debe tomarse el concepto de escritor o de trabajador intelectual, pues *latu sensu* podrían incluirse en él muchos que realizan tareas técnicas, científicas y profesionales, convendría solicitar que se exceptúen del impuesto a los réditos las sumas que los autores perciben: a) por la publicación de libros, sea que la edición la haga el propio autor, sea que la haga otra persona o una casa comercial; b) por las colaboraciones literarias, publicadas con firma de autor, en diarios, periódicos y revistas; c) por representaciones teatrales; d) por transmisiones y adaptaciones de obras literarias en cinematografía, radiotelefonía y televisión; e) por el asesoramiento literario, escrito, en instituciones y empresas, oficiales o privadas; f) por los prólogos, las notas, el cuidado y la dirección de ediciones literarias.

El monto de lo que se recauda sobre estas remuneraciones como impuesto a los réditos es, para el Estado, una cantidad insignificante, para el escritor representaría una ayuda efectiva, no

obstante su pequeñez. Más que todo significaría un reconocimiento público del valor social que el escritor tiene en la formación de nuestra cultura. Por tal causa, la Academia Argentina de Letras solicita que se incluya esta excepción en las próximas modificaciones de la ley impositiva ».

Consulta acerca de la función sintáctica del artículo. — Consultada la Academia Argentina de Letras acerca de « si el artículo es o no complemento », en junta del 16 de octubre se acordó responder en la siguiente forma :

« El artículo no es un complemento, aunque así lo denominen algunas gramáticas. El complemento es la palabra o las palabras que completan el significado de algún elemento de la frase o de la oración : « el padre *de Antonio* llegó ayer » (complemento del sujeto), « Cervantes escribió *comedias y entremeses* » (complemento directo o de objeto), « *da a cada uno* lo suyo » (complemento indirecto), etc. Si se suprimieran los complementos, las oraciones respectivas quedarían incompletas. El artículo puede usarse o no sin que esto ocurra. En los siguientes versos de Fernando de Herrera :

Sus escogidos príncipes cubrieron
los abissos del mar, y decendieron
qual piedra en el profundo ; y tu ira luego
los tragó, como arista seca el fuego ¹,

es lo mismo, objetivamente, emplear el artículo con los sustantivos *piedra* y *arista* (« decendieron qual *la* piedra en lo profundo » ² o « qual *una* piedra en lo profundo ») que suprimirlo como hace el poeta.

¹ FERNANDO DE HERRERA, *Canción en alabanza de la Divina Magestad por la vitoria del señor don Juan*, ed. de Vicente García de Diego (*Clásicos Castellanos*, 1941), vv. 7-10. *Arista* tiene aquí la acepción de 'filamento o pajilla de algunos vegetales'.

² Compárese con : « ¡ Cayó como *la* piedra en la laguna/ Con rudo golpe en la insondable fossa ! » (GASPAR NÚÑEZ DE ARCE, *A la muerte de don Antonio Río Rosas*).

El artículo es un indicador, un auxiliar, una marca. Sirve para señalar la función del sustantivo y sus condiciones gramaticales, esto es, anuncia que la palabra a la cual acompaña es un sustantivo, que éste tiene en la oración el oficio de sujeto o de complemento y el género y el número que le corresponden. Secundariamente indica en algunos casos, determinación o indeterminación: por ejemplo, «dame el libro (que te pedí)» y «dame un libro (cualquiera)».

Consulta acerca de la expresión *contencioso-administrativo*. — Consultada la Corporación acerca de si el vocablo *contencioso-administrativo* debe escribirse con los dos términos componentes unidos o separados y si debe decirse «causas *contencioso-administrativas*» o «causas *contenciosas-administrativas*», en junta del 16 de octubre, se acordó responder en los siguientes términos:

«*Contencioso-administrativo* es un vocablo compuesto, formado por dos adjetivos que se unen sin sufrir modificaciones. En los compuestos de esta clase el primer elemento tiene siempre la forma singular masculina y permanece invariable. En el segundo elemento la desinencia varía, según el género y el número en que se emplea la palabra. Debe decirse, por lo tanto, *contencioso-administrativo* (masculino singular), *contencioso-administrativa* (femenino singular), *contencioso-administrativos* (masculino plural) y *contencioso-administrativas* (femenino plural), como en los siguientes pasajes: «Cuando el Estado obra como persona jurídica civil (art. 33 del Código civil) sus actos y sus hechos están sometidos, en caso de litigio, a los tribunales judiciales. La rescisión ilegal de un contrato de obra pública motivará un juicio *contencioso-administrativo*» (Rafael Bielsa, *Derecho Administrativo*, 5ª ed., V, 131); «Resulta, pues, que son impugnables ante los Tribunales de la jurisdicción *contencioso-administrativa* aquellos actos, providencias ó resoluciones administrativas que, procediendo de las facultades reglamentadas de la Administración, hieren un derecho que las leyes amparan» (Fermín Abella, *Tratado teórico-práctico de lo contencioso-administrativo y del procedimiento especial en los asuntos de hacienda*, 2ª ed.; Madrid, 1888; 67); «la dis-

posición constitucional se limita a establecer... la jurisdicción y competencia del más alto tribunal de la Provincia, es decir, a señalar el órgano que ha de sustanciar la acción a que se refiere, como garantía de imparcialidad y acierto en la tramitación de la acción *contencioso-administrativa* — que es el juicio *contencioso-administrativo* de plena jurisdicción —, pero ella no prohíbe ni limita, explícita ni implícitamente, al legislador común sus naturales facultades para establecer otras garantías » (Salvador M. Dana Montañó, *A manera de prólogo, en Código de Procedimientos de lo contencioso-administrativo para la Provincia de Buenos Aires*; Buenos Aires, *Roque Depalma Editor*, 1955; XI); « En cuanto a los recursos *contencioso administrativos* de plena jurisdicción, medio jurisdiccional defensivo de los derechos de los administrados, si bien es cierto tienen las formas y la estructura de los juicios civiles, no lo es menos que presentan modalidades propias, derivadas del carácter del acto administrativo, cuya legitimidad y autenticidad se presume y del interés público preponderante en las causas *contenciosoadministrativas* » (Benjamín Villegas Basavilbaso, *Derecho Administrativo*, I; Buenos Aires, *Tipográfica Editora Argentina*, 1949; 152).

En lo que respecta a la escritura, la Real Academia Española, en sus *Nuevas Normas de Prosodia y Ortografía*, determina: « Los compuestos de nueva formación en que entren dos adjetivos, el primero de los cuales conserva invariable la terminación masculina singular mientras el segundo concuerda en género y número con el nombre correspondiente, se escribirán uniendo con guión dichos adjetivos: *tratado teórico-práctico*; *lección teórico-práctica*; *cuerpos técnico-administrativos* » (pág. 22). Aunque añade: « se recomienda la observancia de esta norma, pero sin darle carácter preceptivo », es preferible atenerse a ella, dada la longitud de la palabra ».

Consulta acerca de la pronunciación de la ll. — Consultada la Academia Argentina de Letras acerca de la pronunciación correcta de la ll, en junta del 16 de octubre, acordó responder en la siguiente forma :

« En todas las ocasiones debe tratarse, en lo posible, de pronunciar correctamente la *ll*, y de no darle el sonido de la *y*, como ocurre en diversas regiones de España e Hispanoamérica.

Ambas consonantes son fricativas palatales sonoras, pero se diferencian en que la *ll* es lateral y la *y* es central. Cuando se las pronuncia, los órganos articulatorios no cierran completamente el canal vocal, se aproximan y forman una estrechez, por donde sale el aire constreñido, que produce un ruido de rozamiento, denominado en fonética fricación. En la *ll* la estrechez se forma a uno o a los dos lados de la boca, en la *y*, en la línea eje de la cavidad bucal. La causa de ello reside en la posición de la lengua, distinta según se trate de una u otra consonante. Para pronunciar la *ll* la punta de la lengua se aplica a los incisivos inferiores, la mitad anterior de ella se eleva en forma convexa y el dorso se junta con el cielo de la boca hasta la línea media del paladar, hacia los últimos molares se separa un poco de los dientes y deja, a los lados, una o dos aberturas estrechas por las cuales sale el aire espirado. Para pronunciar la *y* la mitad anterior de la lengua, en vez de adherirse por completo al cielo de la boca, toca el paladar a ambos lados y deja en el centro una abertura horizontalmente alargada.

La pronunciación de la *ll* como *y* constituye el *yeísmo*. Éste es diverso, según el modo de articular la *y*. En Buenos Aires, no se substituye la *ll* por una *y* castiza, sino por una variante anómala, que predomina en la zona litoral de la República Argentina. La *y* de Buenos Aires es una *y* rehilada: se pronuncia con una especie de temblor o zumbido, se forma principalmente sobre los alvéolos y no en el prepaladar, la posición del dorso de la lengua no es convexa sino plana, la sección dorsal que interviene en la articulación es menos interior, la corriente espiratoria, la tensión muscular, la fuerza de la fricación y la amplitud de las vibraciones laríngeas son mayores.

La *y* porteña presenta dos variantes, una sonora y otra sorda. No se han precisado aún la distribución y los límites de una y de otra. En general, la primera es más propia de la gente culta, la segunda de la pronunciación descuidada e inculta y se nota,

sobre todo, en las generaciones jóvenes. En los últimos tiempos la y sorda va imponiéndose en todos los sectores sociales, a pesar del pésimo efecto que produce en quien la oye. Es un motivo más, y de no poco peso, para insistir en la pronunciación correcta de la *ll*. Podrá parecer afectada a los que no están acostumbrados a ella, pero tiene evidentes ventajas: no se incurre en incorrecciones, se mantiene la tradición histórica del idioma y el valor fonético de las letras y, al hablar, no se confunden palabras de diferentes acepciones, como *mall* y *maya*, *olla* y *oya*, *pollo* y *poyo*, etc. La pérdida de la *ll*, «representaría, como dice Tomás Navarro Tomás, un lamentable perjuicio para la claridad de la expresión y para el caudal fonético de nuestro idioma» (*Compendio de Ortología Española*; Madrid, 1927; 83).

Consulta acerca del vocablo *Pierrot*. — Consultada la Academia Argentina de Letras acerca de «si la palabra *Pierrot*, utilizada a diario para designar un personaje de ciertas obras de teatro, a la vez que un determinado atuendo por él usado, puede considerarse incorporada al idioma nacional», en junta del 16 octubre, resolvió contestar en la siguiente forma:

«*Pierrot*, vocablo francés, diminutivo de *Pierre* ‘Pedro’, se ha incorporado al español, como nombre propio, para designar un personaje teatral, perteneciente a la comedia del arte o comedia improvisada, que se cultivó en Italia desde el siglo xvi. *Pierrot*, adaptación del *Pedrolino* italiano, fue popularizado en Francia por el mimo Juan Bautista Gaspar Deburau (1796-1846), en *Les Funambules*, un teatrillo de París situado en el barrio del Temple. En español se usa siempre como nombre propio, por ejemplo: «Yo la vestimenta de *Pierrot* tenía, / Y aunque me alegraba y aunque reía, / Moraba en mi alma la melancolía» (Rubén Darío, *El Faisán*, en *Prosas Profanas*, ed. de 1896, 53); «En el molino del Sr. Matías... trabajaba *Pierrot* desde niño en la molienda, contento con su suerte, despreocupado con lo porvenir» (Jacinto Benavente, *La blancura de Pierrot*, en *Teatro Fantástico*; Madrid, Imprenta de Fortanet, 1905; 63); «Colombina. — ¿Por qué me engañas? / ¿Cómo quieres que no me

esconda, / Arlequín, cuando sé tus mañas » / ¡ Señor!... ¡ Señor!...
 ! Que haya burlado / Con tanto arte, / A *Pierrot*, por este mal-
 vado! » (Ramón del Valle-Inclán, *La Marquesa Rosalinda*, ed. de
 1913, 69); « Sólo están en vela / la nieve, la Luna y *Pierrot*. /
 París duerme y sueña » (Manuel Machado, *La noche blanca*, en
 Manuel y Antonio Machado, *Obras Completas*, ed. de 1947, 25);
 « Y en amoroso indulto / Querrás (*in vino veritas*) / Que con
 gracias pretéritas / *Pierrot* te rinda culto » (Leopoldo Lugones,
Odeleta a Colombina, en *Lunario Sentimental*, 2ª ed., 108). No ha
 pasado a indicar un traje especial, aunque el personaje se carac-
 teriza exteriormente por determinada vestimenta. Cuando se
 dice « he visto un *Pierrot* », « pasó un *Pierrot* », quiere decirse
 « he visto, pasó (una persona vestida como) *Pierrot* o (disfrazada
 de) *Pierrot* ».

Consulta acerca de la palabra *Mikado*. — Consultada la Aca-
 demia Argentina de Letras acerca de: « 1) si la palabra *Mikado* es
 o no una palabra extranjera; 2) si figura en los diccionarios de
 la lengua española, indicando significado; 3) si puede ser escrita
 la palabra *Mikado*, como queda expresado o con *c* en lugar de *k*,
 sin que varíe el significado ni la pronunciación; 4) si las pala-
 bras *Kado* y *Alkado* pertenecen a la lengua castellana, figurando
 en los diccionarios, y, en caso afirmativo, significado de las mis-
 mas; 5) si la palabra *Mikado* es equivalente a *Dairi* en su con-
 tenido conceptual, según el *Diccionario Hispano-Americano*, T. 6,
 pág. 26; Tomo II, págs. 68/9; T. 12, pág. 63, encontrándose en
 todas estas referencias escrita con *k* », en junta del 16 de octu-
 bre, resolvió contestar en los siguientes términos:

« 1º. La palabra *Mikado* es una palabra extranjera, en cuanto
 a su origen, por provenir del japonés, pero se ha incorporado al
 español y, en consecuencia, pertenece a su vocabulario.

2º. Suele incluírsela en los diccionarios de la lengua espa-
 ñola, con el significado de 'nombre que se da al emperador del
 Japón'. Es de advertir, sin embargo, que los japoneses no acos-
 tumbran dar a su emperador el nombre de *Mikado*, aunque cono-
 cen la existencia de este vocablo. Lo designan con distintas expre-

siones, las más frecuentes de las cuales son las de *Tenno* 'rey del cielo' o *Tennoheika* 'Su Majestad el rey del cielo' o *Tenshisama* 'hijo del cielo', que se refieren al origen divino del emperador, descendiente, según la cosmogonía sintoísta, de Amaterasu-Omikami 'la grande y augusta Divinidad que brilla en el cielo', esto es, la Diosa-Sol, hija de la pareja primordial Izanagi e Izanami, y tatarabuela de Jimmu, el primer emperador ¹. *Mikado* no se emplea más que en poesía, en discursos de estilo elevado y, sobre todo, en relatos históricos. Se lo considera un vocablo clásico y no de uso corriente. A pesar de ello fue adoptado por los extranjeros que entraron en contacto con los japoneses y difundido en las lenguas europeas. En cuanto al verdadero sentido de *Mikado* los lingüistas no concuerdan en su interpretación: por lo común se le asigna el sentido de 'Sublime Puerta', de *mi* 'sublime' y *kado* 'puerta', y se la explica por antiguas creencias religiosas, relacionadas con las puertas y en especial, con los que los etnólogos llaman nombres personales interdictos o « tabuados » (*personal names tabooed*) ²: denominaciones que está prohibido mencionar y que deben mantenerse en secreto, pues si algún enemigo las conociera podría usarlas mágicamente en perjuicio de quienes las llevan. Esto ocurría, sobre todo, con los nombres de los seres sagrados, reyes o sacerdotes, a los cuales se designaba mediante metáforas o perífrasis. Los que así opinan ven en *Mikado* una alusión al palacio imperial. Otros lingüistas creen que es una palabra antiquísima con la cual se nombraba al emperador ya antes de la introducción de la escritura china en el Japón (siglos v a viii de la era cristiana) y, por fin, otros la consideran como una explicación del pictograma con que se la representó.

3°. *Mikado* puede escribirse con *c* o con *k* sin que varíen ni el significado ni la pronunciación. La Real Academia Española, en su *Diccionario*, sólo trae *Micado*. A causa de ello algunos trata-

¹ Cualquier otro emperador, no japonés, se designa con la palabra *kotei*.

² V. Sir JAMES GEORGE FRAZER, *The Golden Bough*, parte II, *Taboo and the Perils of the Soul*, 3ª ed., cap. VI, págs. 318-418.

distas³ consideran incorrecta la grafía *Mikado*. La proscripción no se justifica. Desde que los japoneses adoptaron para escribir su lengua los caracteres latinos, escriben el vocablo con *k*. Sólo en los últimos años uno que otro empieza a escribirlo con *c*, pero los propios compatriotas califican de *snob* al que así lo hace. En español, *Mikado* tiene en favor suyo excelentes autoridades, por ejemplo: « Diera un tesoro el *Mikado* / Por sentirse acariciado / Por princesa tan gentil » (Rubén Darío, *Para la misma*, en *Prosas Profanas*, ed. de 1896, 46); « Tus teogonías me han exaltado / Y amo ferviente tus glorias todas; / Yo soy el siervo de tu *Mikado* ! / Yo soy el bonzo de tus pagodas ! » (J. J. Tablada, *Japón*, en *El Florilegio*; París-México, *Librería de la Vda. de Ch. Bouret*, 1904; 121); « Estos antiguos esplendores, que con melancolía evocamos todos, tienen que ser para el *mikado* actual, una obsesión tristísima » (E. Gómez Carrillo, *Por Tierras Lejanas*; Valencia-Madrid, *F. Sempere y Compañía, Editores*; s. a.; 244); « Un nieto de Susano y Amatérasu fué el primer *Mikado* ó emperador del Japón que registra la Historia, llamado Jimmuteno » (Vicente Blasco Ibáñez, *La Vuelta al Mundo, de un Novelista*, I; Valencia, *Prometeo*, 1924; 189).

4°. *Kado* y *alkado* no pertenecen a la lengua española y no se encuentran en los buenos diccionarios de nuestro idioma.

5°. El *Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano*, en las voces *Dairí* y *Japón* (los números de los tomos y de las páginas varían según las ediciones) afirma que *Dairí* equivale a *Mikado*. En el artículo dedicado a *Dairí* dice: « Los *dairies*, conocidos por el nombre de *mikados*, fueron antiguamente los únicos soberanos del Japón ». El significado de ambas voces no es el mismo: *dairi*, en japonés, significa 'recinto del palacio'. Podría tratarse de una metáfora análoga a la de *Mikado*. Pero no hay duda de que los dos vocablos son sinónimos en cuanto designan al emperador: « De esta clase de monarcas [de los monarcas divinos], escribe Frazer, es o, mejor aún, era el espiritual emperador del Japón,

³ V., por ejemplo, ANDRÉS SANTAMARÍA, *Diccionario de Incorrecciones de Lenguaje*, 1ª ed., 176.

el *Mikado* o *Dairi*; él es la encarnación de la diosa Sol, deidad que rige el universo, hombres y dioses incluidos» (*La Rama Dorada*; México-Buenos Aires, *Fondo de Cultura Económica*, 1951; 199). El *Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano*, en los pasajes mencionados, escribe la palabra con *k*. La mayoría de los diccionarios enciclopédicos españoles aceptan las dos grafías ».

Consulta acerca del término *masivo*. — Consultada la Academia Argentina de Letras acerca del significado del término *masivo* y de si es correcto su uso, en junta del 16 de octubre, acordó responder en la siguiente forma :

« La palabra *masivo* no se encuentra en la mayoría de los diccionarios españoles porque no pertenece a nuestro idioma. Es un galicismo, una adaptación del adjetivo francés *massif*, en masculino, *massive*, en femenino. La Real Academia Española lo acepta solamente como término médico, aplicado a « la dosis de un medicamento cuando se acerca al límite máximo de tolerancia del organismo », y por extensión, a los venenos, las infecciones, etc.

En la República Argentina se abusa de este barbarismo. En realidad, puede prescindirse de él y expresar la misma idea con otros vocablos : *en masa*, *general*, *colectivo*, según los casos. « Ataque *masivo* », « aumento *masivo* de sueldos », « transporte *masivo* de pasajeros », equivalen a « ataque *en masa* », « aumento *general* de sueldos », « transporte *colectivo* de pasajeros ».

Representación de la Academia en el IV Congreso Nacional de Escritores. — En la sesión del 30 de octubre, la Academia Argentina de Letras aprobó la actuación del señor académico don Fermín Estrella Gutiérrez como representante de ella en el IV Congreso Nacional de Escritores, efectuado en Mendoza, y resolvió agradecerle las tareas que en tal carácter había cumplido. La Corporación acordó adherirse en especial a la recomendación aprobada por dicho congreso referente a la fundación del Museo del Escritor y autorizó al señor académico don Fermín Estrella Gutiérrez para que comunicara esa decisión a la Sociedad Argentina de Escritores.

Consulta acerca de los términos *Monopol* y *Manospol*. — Consultada la Academia Argentina de Letras acerca de « si los términos *Monopol* y *Manospol*, son, por sus características morfológicas y semánticas, voces de formación convencional, o por lo contrario, indicativas o nominativas de productos » y de « si *Monopol* equivale al nombre de un jabón que está formado principalmente por sulforricinato sódico, que no se precipita con las aguas duras y se emplea en la industria textil », en junta del 30 de octubre, acordó responder en los siguiente términos :

« Las palabras *Monopol* y *Manospol* no existen en nuestro idioma. Pertenecen a la clase de vocablos llamados de fantasía, que sirven de marca para indicar productos comerciales. Llama la atención el que se emplee en alemán el sustantivo *Monopol*, equivalente al español *monopolio*, y el que *Monopol* sea el nombre de una fábrica alemana y el de una marca registrada por esa fábrica en la clase 1, que comprende las « sustancias químicas usadas en la industria, fotografía, investigaciones científicas, en los trabajos agrícolas de horticultura, y sustancias anticorrosivas ». No debe, por lo tanto, desecharse la hipótesis de que la marca mencionada no sea más que el nombre alemán transportado a nuestra lengua.

El *Diccionario Enciclopédico U T. E. H. A.*, editado por la Unión Tipográfica Editorial Hispano Americana, define *monopol*, adjetivo y sustantivo, como « nombre comercial de un jabón que está formado principalmente por un sulforricinato sódico. No precipita con las aguas duras y se emplea en la industria textil » (reimpresión de 1953, tomo VII, pág. 702 b). No compete a la Academia Argentina de Letras pronunciarse sobre la exactitud de la definición transcrita : de acuerdo con su Estatuto la Institución debe limitarse al estudio de la palabra sin entrar en el del objeto por ella designado. Es frecuente el caso de que una marca pase a servir de nombre común al producto a que se aplica. De todas maneras, *Monopol* carece de sentido en nuestro idioma y no proporciona suficientes elementos de juicio que permitan explicar su formación.

Manospol, analizado lingüísticamente, está compuesto por

manos, plural de *mano*, y la primera sílaba de *polvo*. Puede interpretarse como 'polvo jabonoso para las manos'. En tal caso, se trataría de una formación análoga a la de otras marcas, por ejemplo, *ropapol* 'polvo jabonoso para la ropa'.

Monopol y *manospol*, siendo vocablos de fantasía, pueden acentuarse en cualquiera de las tres sílabas que los forman. Escritos sin acento, deben pronunciarse como agudos, es decir, con acento en la última sílaba ».

Consulta acerca de los términos *cachemira* y *cachemir*. — Consultada la Academia Argentina de Letras acerca de « si en castellano existe el uso de las palabras *Cachemira* y *Cachemir* y, en su caso, qué se entiende por ellas, y composición de dichas telas », en junta del 30 de octubre, resolvió contestar en la siguiente forma :

« *Cachemira* y *cachemir* se usan en español. Primeramente designaron una tela procedente de *Cachemira* (*Kašmir*), región situada en el noroeste de la India. Dicha tela adquirió extraordinaria fama porque con ella se hacían chales, muy estimados por su belleza y suavidad, que se pusieron de moda en Europa después de la campaña de Napoleón Bonaparte a Egipto (1798-1801). Para confeccionar esos chales se utilizaba en Cachemira lana de dos clases : una hecha con el vello de la cabra doméstica y otra hecha con el vello de la cabra y el carnero salvajes, del yac y del perro que habita en las altas mesetas del Tíbet. La lana, una vez limpia, se tejía a mano o con telar. La venta de los chales de Cachemira constituía un excelente negocio y esto sugirió a los industriales europeos la idea de imitarlos. Así se crearon diversas *cachemiras* (de la India, de Escocia, francesa, etc.), en las que se empleaban lanas finas de Australia, de Francia, de América, etc., algunas de ellas mezcladas con pelos de camello. Varios factores : el tiempo que se necesitaba para hacer un buen chal (cada taller de unos treinta obreros producía de uno a seis u ocho chales por año), el costo, la competencia, el maquinismo y, sobre todo, la introducción de los tejidos in-

chemira, de modo que con las palabras *cachemir* y *cachemira* se denominan más las imitaciones, de materias y procedencias distintas, que la tela originaria. Actualmente se está difundiendo, por lo menos en la República Argentina, la voz *cashmere* (nombre inglés de Cachemira) para designar algunas de esas imitaciones.

Los diccionarios de la lengua española suelen considerar sinónimas las palabras *cachemir* y *casimir*. En realidad, se trata de dos telas diferentes: el *casimir* es un paño fabricado primitivamente en *Kersey*, población inglesa en el sur de Suffolk. *Kersey-mere* 'tela pura de Kersey' se transformó, quizá por influencia de *cashmere*, en *cassimere* y éste, en el francés, *casimir*, por atracción de *Casimir*, nombre de un comerciante a quien se atribuyó el invento. El español lo tomó del francés. El *casimir* es una tela de muy buena calidad, fabricada con lana merina o con mezclas de lana y seda ó de lana y algodón ».

Consulta acerca del nombre *Rubens*. — Consultada la Academia Argentina de Letras acerca de si « el nombre *Rubens* no tiene traducción al castellano, y, en su caso, si es apellido o nombre », en junta del 30 de octubre, acordó responder en la siguiente forma: « *Rubens* no se usa como nombre de pila, sino como apellido. Es una forma flamenca, cuya *s* final indica un genitivo de filiación. Tiene el significado de 'hijo o descendiente de Rubén' ».

Consulta acerca de varios nombres de persona. — Consultada la Corporación por el señor Director del Registro Civil de la Provincia de La Pampa acerca del uso en español de varios nombres de personas, resolvió contestar, en junta del 30 de octubre, en los siguientes términos:

« Se usari en español: *Silvia*, *Noemi*, *Élida*, *Beatriz*, *Mireya*, *Rosa*, *Celeste*, *Graciela*, *Myrta* y *Mirta* (es preferible la segunda grafía) y *Leticia*.

No deben aceptarse: *Nancy*, *Amancay*, *Ethel*, *René* y *Renée*, *Mabel*, *Tamara*, *Liliana*, *Myriam* o *Miriam*, *Elisabeth*, *Velia* y

Vilma. En nuestra lengua se dice *Tamar*, no *Tamara*, y se escribe *Lilia Ana*, no *Liliana*. *Nancy*, diminutivo del nombre inglés *Anne*, equivale a *Anita*; *René*, a *Renato*; *Reneé*, a *Renata*; *Mabel*, a *Amable*; *Myriam* o *Miriam*, a *María*; *Elisabeth*, a *Isabel*; y *Vilma*, a *Guillermína*. *Amancay* no es nombre de persona. *Ethel* y *Velia* no están incorporados al español ».

Consulta acerca del verbo *mantener*. — Consultada la Corporación acerca del uso del verbo *mantener*, en junta del 30 de octubre, acordó responder en los siguientes términos: « Es impropio emplear el verbo *mantener* en expresiones como *mantuvo una entrevista*. *Se mantiene una conversación* cuando voluntariamente se la prosigue para que no decaiga o se interrumpa, pero cuando quiere decirse que se efectuó una entrevista debe usarse *tener* y no *mantener* ».

Candidato para el Premio Nobel de Literatura. — En la sesión del 20 de noviembre, la Academia Argentina de Letras resolvió reiterar a la Real Academia de Suecia el pedido formulado en 1952 de que se otorgue el Premio Nobel de Literatura al ilustre estudioso español don Ramón Menéndez Pidal. La resolución, tomada por unanimidad de los señores académicos presentes, se fundó en los méritos extraordinarios de la obra histórica y filológica de don Ramón Menéndez Pidal, aparte de los múltiples vínculos espirituales que lo unen con nuestro país y, en especial con la Academia Argentina de Letras, de la que es miembro correspondiente.

La casa de Rafael Obligado. — Ante la posibilidad de que sea demolida la casa situada en la calle Charcas, número 634, que perteneció a Rafael Obligado y donde éste escribió el *Santos Vega*, en junta del 11 de diciembre, la Corporación resolvió: 1° Sollicitar a la Comisión Nacional de Museos y de lugares y Monumento Históricos que intervenga para que la casa sea declarada monumento histórico. 2° Gestionar ante las autoridades que el edificio sea expropiado y destinado a fines culturales.

Representación de la Academia en el Fondo Nacional de las Artes.—

El señor Presidente del Fondo Nacional de las Artes, doctor Juan Carlos Pinasco, solicitó a la Academia Argentina de Letras que designe un representante ante dicho Fondo para integrar el jurado de literatura (prosa y poesía) que ha de entender en la concesión de anticipos a escritores para la edición de sus obras. En junta del 11 de diciembre, la Corporación designó para desempeñar tales funciones al señor académico don Enrique Banchs.

Solicitud de que se restablezca la Comisión Nacional de Cultura. —

En junta del 11 de diciembre, la Corporación acordó solicitar a las autoridades nacionales el restablecimiento de la Comisión Nacional de Cultura, considerando que el decreto por el que se la suprimió es jurídicamente objetable y que dicha Comisión realizaba una actividad muy valiosa en beneficio de la cultura nacional.

Elección de autoridades de la Academia. — En la sesión del 11 de diciembre, la Corporación procedió a elegir sus autoridades, pues las que en esa fecha regían la Institución terminarían su mandato el 14 de diciembre. Resultaron reelegidos para desempeñar los cargos de Presidente y de Secretario por un período completo, el señor académico don José A. Oría y el señor académico don Luis Alfonso, respectivamente.

NOTICIAS

Fallecimiento del señor académico correspondiente don Rudolf Jan Slabý. — El 2 de julio de 1957 falleció en Praga el miembro correspondiente de la Academia Argentina de Letras, don Rudolf Jan Slabý. En la junta del 16 de octubre la Corporación, al enterarse de este hecho, resolvió ponerse en pie en homenaje al mencionado señor miembro correspondiente y reproducir en este número del *Boletín* la crónica que acerca de él publicó la revista *Quaderni Ibero-Americani* ¹.

RUDOLF JAN SLABÝ

El 2 de julio de 1957 murió en Praga el profundo conocedor de España y la América Latina, popularizador de las culturas checa y eslovaca en el mundo ibérico y de la cultura ibérica en Checoslovaquia, profesor de español, lexicógrafo, traductor y periodista doctor Rodolfo Slabý. Su muerte tan inesperada representó una triste sorpresa para todos los que conocían su actividad constante e incansable.

El Doctor Rudolf Jan Slabý nació el 25 de enero de 1885 en Černožice cerca de Hradec Králové (Bohemia Oriental), estudió la filología moderna en la Universidad de Carlos de Praga, en la Universidad alemana praguense y en la Facultad de Filosofía de Berlín y en 1909 llegó a ser profesor de la Academia Comercial de Praga. En breve tiempo aprendió todos los principales idiomas eslavos y románicos, manifestando un interés muy especial por el español (y más tarde también por el catalán y portu-

¹ *Quaderni Ibero-Americani*, volumen III, número 22 (julio de 1958).

gués). Ya desde el año 1912 fué corresponsal de la prensa española, informándola sobre el mundo eslavo. En 1914 fué convidado a visitar a España y no pudiendo regresar a su patria durante la guerra mundial se estableció en Barcelona como profesor de idiomas y de música. Más tarde fundó en la misma ciudad catalana una escuela de idiomas y comercial. Acabados sus estudios en el Conservatorio barcelonés de Música actuó algunos años de músico en diversos teatros y orquestas, divulgando así también la música checa en España. Inmensa fué su actividad literaria de aquel entonces, abarcando más de cien tomos de traducciones de diversos autores mundiales (p. ej. varios escandinavos) y, especialmente, eslavos y checos (Němcová, Erben, Neruda, Zeyer, Čech, Vrchlický, Machar, Jirásek, Herrmann, Světa, Šlejhar, Kvapil, Sabina, y otros) al español. Al mismo tiempo, el doctor Slabý se dedicó a traducir obras literarias de autores españoles y catalanes al checo (Gómez de la Serna, Benavente, etc.). En aquel período entabló también relaciones amistosas con muchos escritores y artistas españoles y catalanes, entre otros con Ángel Guimerá, gran admirador de la cultura checa. Desde el año de 1921, el doctor Slabý enseñaba las gramáticas comparadas y las literaturas eslavas en la Universidad de Barcelona, siendo Profesor libre de esta Institución. En aquellos años fué convidado a colaborar en la *Enciclopedia Espasa* y escribió para esta magnífica obra de la cultura hispánica decenas y decenas de artículos sobre las culturas eslavas y, especialmente, checa y eslovaca. Además de las obras de la literatura amena, el doctor Slabý tradujo también textos de varias óperas rusas y checas (p. ej. el de « La Novia Vendida », del compositor checo Bedřich Smetana y el de la « Rusalca », de Antonín Dvořák). Traduciendo igualmente obras de carácter médico al español, posibilitó un mejor conocimiento de la ciencia médica checa en España. Actuando asimismo de periodista, colaboraba en la prensa española, escribiendo para diversos diarios y revistas artículos sobre varios aspectos de la vida cultural de las naciones eslavas. Varios ensayos del doctor Slabý aparecieron también en algunas obras de carácter enciclopédico. En reconocimiento de sus múltiples actividades la Real

Academia Española le eligió miembro correspondiente de esta Institución en el año 1932¹. Después de haber pasado doce años en España, el doctor Slabý regresó, en 1926, a Praga. Su capacidad de trabajo no cesó de ser admirable. En Praga, el doctor Slabý volvió a ser profesor de la Academia Comercial, enseñando allí el español hasta el año de 1948. Además de esto, terminó varios trabajos lexicográficos, por ejemplo un diccionario español-inglés e inglés-español, editado en 1929 en Barcelona, y dos años más tarde, un diccionario español-alemán y alemán-español, publicado también en la capital de Cataluña. En 1929 la Editorial de B. Tauchnitz en Leipzig publicó su *Diccionario General y Técnico de las Lenguas Española y Alemana*, obra muy elogiada por la Real Academia Española, y poco más tarde su célebre y fundamental *Wörterbuch der spanischen und deutschen Sprache* (*Diccionario de las Lenguas Española y Alemana*), siendo autor del segundo tomo (el tomo alemán-español) el director del Instituto Iberoamericano y profesor de Filología Románica en la Universidad Hanseática de Hamburgo, doctor Rodolfo Grossmann. El éxito de esta obra fué extraordinario, como lo demuestra su cuarta edición, publicada recientemente en la República Federal Alemana.

Mención aparte merece la actividad pedagógica del profesor Slabý, en la Academia Comercial (hasta 1948), en la Universidad Carolina de Praga (donde era lector del catalán antes de la segunda guerra mundial y en los tres años de la época de postguerra) y en la Cámara de Comercio Checoslovaca, en la cual enseñaba el español y portugués en los diez últimos años. Su edad bastante avanzada no le impidió traducir obras de literatura amena (p. ej. al argentino Gálvez, a Martínez Sierra, Benavente, Guimerá, los Quinteros) y folletos y revistas sobre Checoslovaquia destinados para el extranjero. Además de esto, el doctor Slabý es autor de dos manuales del español (*Español para Viajes*,

¹ Don Rodolfo J. Slabý fué elegido miembro correspondiente de la Academia Argentina de Letras el 20 de julio de 1933 (*Nota de la Ilustración*).

El Checo en España y la América Latina) y de un diccionario de bolsillo de los idiomas español y alemán, obrita muy útil en la cual el autor trabajó durante largos años con afán y cariño. Algunas de las otras obras de Slabý, preparadas en manuscrito, no han sido publicadas hasta ahora, por ejemplo su gran Diccionario checo-ruso-español-francés-alemán-inglés, de 12.000 voces.

La obra de Slabý es grande y merece nuestro profundo agradecimiento. Ella ha abierto nuevos horizontes culturales, tanto por medio de artículos, conferencias y traducciones, como por sus magníficos diccionarios, recopilados con el mayor cuidado, con toda su experiencia y todo su saber.

ZDNEK HAMPEJS.

Homenaje al señor académico don B. Fernández Moreno. — El 27 de agosto se realizó en Bárcena del Cicero (provincia de Santander, España) el acto de homenaje al señor académico don B. Fernández Moreno. Con relación a dicho homenaje, el señor académico don Francisco Luis Bernárdez envió al señor Presidente de la Academia Argentina de Letras, don José A. Oría, la siguiente carta :

EMBAJADA
DE LA
REPÚBLICA ARGENTINA

Madrid, 25 de octubre de 1958.

*Señor Presidente de la Academia Argentina de Letras,
Don José A. Oría.*

Buenos Aires.

Estimado Presidente y colega :

Con algún retraso informo a usted sobre el acto de homenaje a nuestro Fernández Moreno. Tuvo efecto el 27 de agosto en Bárcena de Cicero (provincia de Santander), con asistencia del señor Embajador de la República, Vicealmirante D. Samuel Toranzo Calderón, autoridades municipales de la localidad, profesores que a la sazón tomaban parte en el Curso de Verano de Santander, escritores, periodistas, etcétera. Yo no pude asistir

por razones particulares, pero estuve presente con un discurso ⁴ que hice para la ocasión y que leyó allí, ante la casa en que se puso la placa conmemorativa, mi compañero el secretario de esta Misión D. Arturo Ossorio Arana (hijo). Señalé en mi oración la circunstancia de hablar yo en representación de nuestra Academia, y destacué la condición hispanoargentina del estilo de Fernández Moreno, calificándolo además con una expresión que otras veces le asigné: la de «poeta para todos», en razón de los valores universales y de la sencillez y claridad de nuestro recordado compatriota. Esas palabras y las que a continuación pronunció José María de Cossío en nombre de la Academia Española fueron muy bien recibidas. La placa fué descubierta por el señor Embajador, y luego habló el catedrático de la Universidad de Santiago de Compostela y patriarca de las letras gallegas D. Ramón Otero Pedrayo, para exaltar la poesía del autor de *Aldea Española* y recordar su condición de hijo de montañeses, condición que por lo que atañe a la propiedad del lenguaje se advirtió siempre en la manera literaria de Fernández Moreno. Por la tarde se llevó a cabo un acto literario, en el que intervinieron el mismo Otero Pedrayo, con una conferencia, y el poeta y académico D. Gerardo Diego. Éste leyó un admirable estudio acerca del gran lírico argentino. La celebración, que coincidió con un nuevo aniversario del cartógrafo Juan de la Cosa, nacido en Santoña, pueblo inmediato al en que Fernández Moreno pasó varios años de su infancia, revistió brillantez y estuvo llena de emoción. A lo largo del programa desarrollado no escasearon las menciones elogiosas a la Argentina.

Como complemento de esta información debo comunicar al señor Presidente que en la fecha del homenaje apareció en Santander, incluido en la colección antológica de Grandes Escritores Montañeses, el libro *Aldea Española*, de Fernández Moreno. La obra consta, en esta edición, no sólo de los poemas que figuran en el príncipe, sino también de numerosas prosas de ambiente montañés, en las que nuestro compatriota reflejó con

⁴ El texto del discurso se publicará en el *Boletín*.

gracia y belleza sus recuerdos de aquellos hombres, de aquel paisaje y de aquellas cosas.

Los periódicos madrileños dieron cuenta del homenaje, pero no con la debida amplitud. No sé por qué: si hubo un autor argentino de clara prosapia española, tanto en lo físico como en lo espiritual, ése fue sin duda Fernández Moreno. Su línea tuvo siempre un marcado y castizo carácter castellano, que contrastó en todo instante con la que siguieron casi todos los escritores nacionales de su época, atentos generalmente a formas muy distintas de las peninsulares. No comprendo, pues, por qué se dió tan escasa difusión al homenaje de referencia desde los diarios de esta Corte. Los periódicos santanderinos, en cambio, publicaron las noticias respectivas con amplitud y cariño.

Sin otro particular por el momento, saludo al señor Presidente, y por su intermedio a todos nuestros colegas en ese docto cuerpo.

(Fdo.): *Francisco Luis Bernárdez.*

Informe del señor académico don Fermín Estrella Gutiérrez acerca del IV Congreso Argentino de Escritores. — En junta del 3o de octubre, el señor académico don Fermín Estrella Gutiérrez informó a la Corporación acerca de su actividad como representante de ella en el IV Congreso Argentino de Escritores. El mencionado académico expresó que en tal carácter tuvo las siguientes intervenciones: 1. Propuso un homenaje a Marcos Sastre, con motivo del centenario de la obra *El Tempe Argentino*, homenaje que fue rendido por el Congreso en su primera sesión. 2. Presidió una comisión coordinadora de las ocho comisiones parciales nombradas para el estudio de los distintos temas del Congreso. 3. Intervino en el debate suscitado al tratarse el proyecto de que la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares determinara que el ochenta por ciento de las obras que adquiriere con destino a las bibliotecas públicas fueran de autores argentinos, y se opuso a él por considerar que dicha medida, al limitar en forma tan desproporcionada las obras del acervo universal, podría dañar la cultura del país. 4. Actuó como presidente y miembro infor-

mante de la comisión que se ocupó de la retribución del trabajo del escritor; los dictámenes de dicha comisión fueron aprobados como declaraciones del Congreso y entre ellos figuran los siguientes: a) Toda labor intelectual debe ser remunerada, ya se trate de conferencias, colaboraciones en revistas y periódicos, jurados literarios, presentación de artistas en catálogos de exposiciones, etc. b) Debe establecerse un « contrato tipo » de ediciones con carácter obligatorio y que defienda al escritor. c) Debe modificarse la ley de propiedad intelectual a fin de que asegure eficazmente los derechos del escritor. 5. Presentó una moción, que fue aprobada, para que se constituya una junta inter-gremial mixta de escritores y editores. 6. Presentó el proyecto por el que se patrocina la creación del Museo del Escritor Argentino. 7. Pronunció un discurso en homenaje a Sarmiento en el banquete de escritores realizado en San Juan. 8. Obtuvo la adhesión del Congreso al proyecto de la Academia de solicitar a la autoridades nacionales que se exima a los escritores del pago del impuesto a los réditos por las remuneraciones obtenidas como trabajadores intelectuales.

Dijo también el señor académico don Fermín Estrella Gutiérrez que, en ocasión de su estancia en Cuyo, recibió la visita de un grupo de profesoras de Castellano y Literatura, quienes le expresaron que leen con mucho interés las publicaciones de la Academia acerca de problemas lingüísticos y que son de gran utilidad para ellas los dictámenes que la Corporación da a conocer periódicamente por medio de la prensa.

Reincorporación del señor académico don Manuel Mujica Láinez. — El señor Presidente de la Academia, don José A. Oría, en la sesión del 30 de octubre, dio la bienvenida al señor académico don Manuel Mujica Láinez, que se incorporó a la Compañía después de su viaje a Europa. El señor académico don Manuel Mujica Láinez agradeció las palabras del señor Presidente y dijo que, en cumplimiento de la misión que le había encomendado, presentó a la Real Academia Española el saludo de la Corporación argentina, cuando concurrió a la sesión en que aquélla lo recibió.

Dijo también que, con tal motivo, los señores académicos españoles pusieron de manifiesto la estima en que tienen a la Academia Argentina de Letras y que don Ramón Menéndez Pidal, Presidente de la Real Academia Española, afirmó que la Academia Argentina de Letras es « una de las que más trabajan ».

Convenio internacional sobre Academias de la Lengua. — El señor Director de la Academia Colombiana, R. P. Félix Restrepo, S. J., se ha dirigido al señor Presidente de la Academia Argentina de Letras, don José A. Oria, para comunicarle que se han aceptado las observaciones que le dirigió la Academia Argentina de Letras acerca de la redacción del Convenio Internacional y que se ha redactado un nuevo proyecto con algunas variantes en cuanto al procedimiento que se seguirá para la firma de dicho convenio. La carta del R. P. Félix Restrepo, S. J., añade que la Comisión Organizadora del Tercer Congreso de Academias de la Lengua encontró muy atinadas las opiniones de la Academia Argentina de Letras referentes al nombramiento de delegados de las Academias hispanoamericanas ante la Real Academia Española para que colaboren con esa Institución, y que dichos delegados sean nombrados sin esperar la firma del Convenio. Comunica también el R. P. Félix Restrepo, S. J., que se aplazó para el mes de julio de 1959, el Tercer Congreso de Academias de la Lengua.

Nuevas normas de prosodia y ortografía. — El señor Secretario, don Luis Alfonso, hizo conocer al Cuerpo académico, en la sesión del 30 de octubre, el contenido de una carta que, en respuesta a una consulta, le había enviado el señor Secretario Perpetuo de la Real Academia Española, don Julio Casares. En relación con las nuevas normas de prosodia y ortografía, dice el señor Secretario de la Real Academia Española que habiendo transcurrido más de un año desde la fecha en que se consultó a las Academias de la Lengua acerca de las nuevas normas y habiendo contestado sólo cinco de ellas, dichas normas están en vigencia, pero que el uso de éstas es potestativo hasta que se articulen en la *Gramática* de la Real Academia Española.

Separación del Instituto Nacional de Filología y Folklore. — Por decreto n° 9254, del 3 de noviembre de 1958, el Poder Ejecutivo Nacional separó el Instituto Nacional de Filología y Folklore de la Academia Argentina de Letras y resolvió que, en adelante, dicho Instituto dependerá de la Subsecretaría de Educación del Ministerio de Educación y Justicia.

La desvinculación del mencionado Instituto con respecto a la Academia Argentina de Letras había sido solicitada por ésta al Poder Ejecutivo, de acuerdo con lo resuelto por el Cuerpo académico en la sesión del 14 de agosto.

Sesión pública en homenaje al señor Presidente de la Academia Brasileña, don Elmano Cardim. — El 27 de noviembre, la Academia Argentina de Letras efectuó una sesión pública con el objeto de recibir solemnemente al señor Presidente de la Academia Brasileña de Letras, don Elmano Cardim. En el recibimiento del Palacio Errázuriz se había congregado una calificada concurrencia compuesta de miembros de la familia de los señores académicos, representantes de los Ministerios y Secretarías de Estados nacionales; el señor Embajador de España, S. E. don José María Alfaro Polanco; el señor Embajador de Brasil S. E. don A. Boulitreau Fragoso; el Ministro de la Corte Suprema, doctor Luis María Boffi Boggiero; el señor Presidente de la Academia Nacional de la Historia, doctor Ricardo Levene; el señor Presidente de la Academia Nacional de Ciencias Económicas, doctor Alfredo Labougle; el señor Presidente de la Academia Nacional de Derecho y Ciencias Sociales, doctor Clodomiro Zavalía; el señor Presidente de la Academia Nacional de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, doctor Abel Sánchez Díaz; el doctor Atilio Dell'Oro Maini; el doctor Jorge E. Coll; el doctor Miguel Ángel Cárcano; representantes de embajadas y de diversas instituciones culturales, y muchas personas especialmente invitadas.

El señor Presidente de la Academia Argentina de Letras, don José A. Oría, dió la bienvenida al señor Presidente de la Academia Brasileña, don Elmano Cardim, y luego cedió la palabra al

señor académico don Ricardo Sáenz-Hayes, quien tuvo a su cargo el discurso de recepción.

El señor Presidente de la Academia Brasileña de Letras, don Elmano Cardim, pronunció después un discurso que, como el del señor académico don Ricardo Sáenz-Hayes, se publicará en el próximo número del *Boletín*.

La palabra *memorando*. — En la junta del 11 de diciembre, el señor Secretario, don Luis Alfonso, hizo conocer a los señores académicos el contenido de una carta que le había dirigido don Juan Fonseca y Martínez, miembro de número de la Academia Cubana de la Lengua, en la que se informa que habiendo defendido en un artículo periodístico la forma *memorando*, como equivalente en español de la palabra latina *memorandum*, según lo aconseja la Academia Argentina de Letras en uno de sus acuerdos, la idea tuvo una inmediata acogida favorable en instituciones privadas y oficiales cubanas.

Designación de señor académico don José A. Oria como miembro correspondiente de la Real Academia Española. — A propuesta de los señores académicos don Federico García Sanchiz, don Wenceslao Fernández Flórez y don Juan Ignacio Luca de Tena, Marqués de Luca de Tena, la Real Academia Española, en junta celebrada el 27 de noviembre, nombró al señor académico don José A. Oria, mediante votación secreta y unánime, individuo de esa Corporación en la clase de Correspondiente hispanoamericano, en Buenos Aires.

Informado telegráficamente de la designación, el señor Presidente de la Academia Argentina de Letras, don José A. Oria, respondió con el siguiente telegrama :

« Buenos Aires, 28 de noviembre de 1958.

Señor Marqués José Ignacio Luca de Tena.

Agradezco hondamente emocionado mi designación como correspondiente de la ilustre Academia Española a propuesta de los grandes escritores por mí tan admirados y que Vd. encabeza en esta iniciativa tan cordial y generosa.

Salúdolo con mi más alto respeto rogándole haga presente este reconocimiento mío a la gloriosa Corporación académica y a su ilustre Presidente,

(Fdo.) *José A. Oría* ».

Fallecimiento del señor académico don Álvaro Melián Lafinur. — El 14 de diciembre falleció en Buenos Aires el señor académico de número don Álvaro Melián Lafinur. El acto del sepelio se realizó en el cementerio de la Recoleta, previa misa de cuerpo presente en la Basílica de Nuestra Señora del Pilar. Despidió los restos, en nombre de la Academia Argentina de Letras, el señor académico don Roberto F. Giusti ¹.

¹ El discurso del señor académico don Roberto F. Giusti se publicará en el próximo número del *Boletín*.

ÍNDICE DEL TOMO XXIII

(1958)

ALFONSO, LUIS, <i>Un lexicógrafo olvidado</i>	479
ARRIETA, RAFAEL ALBERTO, <i>Cuaderno de « San Cosme »</i>	505
BATTISTESSA, ÁNGEL J., <i>Acotación a un comentario crítico</i>	35
BERNÁNDEZ, FRANCISCO LUIS, <i>Paridad de Cervantes y don Quijote</i>	525
BORGES, JORGE LUIS, <i>La lluvia</i>	529
CAPDEVILA, ARTURO, <i>Canto del tiempo alquimista</i>	531
CASTAGNINO, RAÚL H., <i>Una olvidada novela porteña de 1860</i>	289
DUFFAU, EDUARDO HÉCTOR, <i>Dónde se publicaron primeramente las piezas que constituyeron Prosas Profanas y otros Poemas (1896)</i>	265
ESTRELLA GUTIÉRREZ, FERMÍN, <i>Recuerdos de un viaje por Alemania</i>	537
FERNÁNDEZ MORENO, CÉSAR, <i>Poesía tradicional y poesía de vanguardia. Esquema histórico</i>	355
FLORES, LUIS ALBERTO, <i>Vocabulario de regionalismos correntinos</i> ...	399
GIUSTI, ROBERTO F., <i>Reflexiones a propósito del « Fausto » de Del Campo</i>	559
HOUSSAY, BERNARDO ALBERTO, <i>Obstáculos y estímulo a la investigación científica</i>	571
LAGUARDA TRÍAS, ROLANDO A., <i>Historia de dos argentinismos: costa y litoral</i>	53
MAIORANA, MARÍA TERESA, <i>El Coloquio de los Centauros, de Rubén Darío</i>	185
MARASSO, ARTURO, <i>Poems</i>	591
MARTÍNEZ ZUVIRÍA, GUSTAVO, <i>Las malas palabras del cura Brochero</i>	599
MUJICA LÁINEZ, MANUEL, <i>Sonetos de Shakespeare</i>	608
ORÍA, JOSÉ A., <i>Toman debida venganza los romances de caballerías</i>	617
PAGANO, JOSÉ LEÓN, <i>Leopoldo Lugones, poeta civil</i>	629
RAGUCCI, S. D. B., RODOLFO M., <i>Evocación isabelina</i>	649

RAGUGGI, S. D. B., RODOLFO M., <i>Neologismos de mis lecturas. (Continuación)</i>	19, 165
RAMOS, JUAN P., <i>La reencarnación del poeta</i>	657
ROHDE, JORGE MAX, <i>Menéndez y Pelayo y don Juan Valera en su epistolario</i>	327
SIENZ-HAYES, RICARDO, <i>Discurso en el sepelio de don Mariano de Vedia y Mitre</i>	7
SILVA RIESTRA, JUAN, <i>Discurso en el sepelio de don Mariano de Vedia y Mitre</i>	15
TORRE, ANTONIO DE LA, <i>Sonetos de la ausencia</i>	677

Textos y Documentos :

LUGONES, LEOPOLDO, <i>Rubén Darío</i>	307
MONTERO BUSTAMANTE, RAÚL, <i>Carta al señor académico don Gustavo Martínez Zuviria</i>	451
<i>Nuevos capítulos folklóricos de Adán Quiroga. Introducción y notas ampliatorias, por Milciades Alejo Vignati</i>	71

Acuerdos :

<i>Candidato para el Premio Nobel de Literatura</i>	693
<i>Clasificación acentual de los monosílabos</i>	462
<i>Comisión asesora de ediciones académicas</i>	458
<i>Consulta acerca de la división silábica de inexorable</i>	460
<i>Consulta acerca de la expresión contencioso-administrativo</i>	682
<i>Consulta acerca de la función sintáctica del artículo</i>	681
<i>Consulta acerca de la palabra Mikado</i>	686
<i>Consulta acerca de la palabra Neuquen</i>	318
<i>Consulta acerca de la pronunciación de la ll</i>	683
<i>Consulta acerca de la pronunciación de la w</i>	459
<i>Consulta acerca del nombre Elizabeta</i>	467
<i>Consulta acerca del nombre Hebert</i>	455
<i>Consulta acerca del nombre propio Cynthia</i>	458
<i>Consulta acerca del nombre propio Douglas</i>	459
<i>Consulta acerca del nombre propio Irma</i>	459
<i>Consulta acerca del nombre Rubens</i>	692
<i>Consulta acerca de los nombres Selia y Selica</i>	318
<i>Consulta acerca de los términos cachemira y cachemir</i>	691
<i>Consulta acerca de los términos Monopol y Monospol</i>	690
<i>Consulta acerca de los términos silvicultura y selvicultura</i>	461

<i>Consulta acerca de los vocablos Perometal y Ferrometal</i>	320
<i>Consulta acerca del plural de ómnibus</i>	462
<i>Consulta acerca del significado del vocablo Horus</i>	467
<i>Consulta acerca del término egresado</i>	467
<i>Consulta acerca del término masivo</i>	689
<i>Consulta acerca del verbo mantener</i>	693
<i>Consulta acerca del vocablo Pierrot</i>	685
<i>Consulta acerca del vocablo sedalina</i>	320
<i>Consulta acerca de reglas de acentuación</i>	319
<i>Consulta acerca de varios nombres de persona</i>	692
<i>Consultas acerca de verbos mal'empleados</i>	473
<i>Designación de Director del Boletín</i>	456
<i>Elección de autoridades de la Academia</i>	694
<i>Elección de Presidente de la Academia</i>	317
<i>El impuesto a los réditos y el trabajo del escritor</i>	679
<i>Felicitación de la Corporación al señor académico don José León Pagano</i>	473
<i>Homenaje a los académicos fallecidos</i>	317
<i>Homenaje al señor académico don Raúl Montero Bustamante</i>	458
<i>Homenaje al señor académico don Raúl Montero Bustamante</i>	466
<i>Homenaje a Sarmiento</i>	460
<i>IV Congreso Argentino de Escritores</i>	679
<i>La casa de Rafael Obligado</i>	693
<i>Prémios recibidos por los señores académicos don Enrique Bañchs y don Roberto F. Giusti</i>	318
<i>Proyecto de Convenio Internacional</i>	455
<i>Renuncia del señor Director del Boletín</i>	456
<i>Renuncia del señor Director del Instituto Nacional de Filología y Folklore</i>	456
<i>Representación de la Academia en el Fondo Nacional de las Artes</i> ..	694
<i>Representación de la Academia en el IV Congreso Nacional de Escritores</i>	689
<i>Representantes en los concursos municipales</i>	317
<i>Separación del Instituto Nacional de Filología y Folklore</i>	457
<i>Sesión pública en homenaje a don Mariano de Vedia y Mitre</i>	317
<i>Sesión pública de homenaje a Juan Ramón Jiménez</i>	318
<i>Solicitud de que se restablezca la Comisión Nacional de Cultura</i>	694

Noticias :

<i>Convenio Internacional acerca de las Academias de la Lengua</i>	321
<i>Convenio Internacional sobre Academias de la Lengua</i>	702
<i>Cumpleaños del señor académico don Juan P. Ramos</i>	475
<i>Designación del señor académico don José A. Oría como miembro correspondiente de la Real Academia Española</i>	704
<i>Donación para la Biblioteca de las Obras Completas de Hugo Wast .</i>	324
<i>Fallecimiento del señor académico correspondiente don Carlos Vaz Ferreira</i>	162
<i>Fallecimiento del señor académico correspondiente don Juan Alfonso Carrizo</i>	161
<i>Fallecimiento del señor académico correspondiente don Raúl Montero Bustamante</i>	475
<i>Fallecimiento del señor académico correspondiente don Rudolf Jan Slaby</i>	695
<i>Fallecimiento del señor académico don Álvaro Melián Lafinur</i>	705
<i>Fallecimiento del señor Presidente de la Academia Argentina de Letras, don Mariano de Vedia y Mitre,</i>	161
<i>Homenaje al señor académico don B. Fernández Moreno</i>	698
<i>Informe del señor académico don Fermín Estrella Gutiérrez acerca del IV Congreso Argentino de Escritores</i>	700
<i>La palabra memorando</i>	704
<i>Nuevas normas de prosodia y ortografía</i>	702
<i>Reincorporación del señor académico don Manuel Mujica Láinez . . .</i>	701
<i>Representación de la Academia Argentina de Letras en dos jurados .</i>	162
<i>Sala de Académicos</i>	325
<i>Sala de revistas</i>	325
<i>Separación del Instituto Nacional de Filología y Folklore</i>	703
<i>Sesión pública en homenaje al señor Presidente de la Academia Brasileña, don Elmano Cardim</i>	703
<i>Visita del señor académico don Federico García Sanchiz</i>	324
<i>Visita del señor académico marqués don Juan Ignacio Luca de Tena .</i>	321
<i>Visita del señor Presidente de la Academia Brasileña de Letras . . .</i>	326

